

CIÓ

P02501
F38
v.2



1020026903



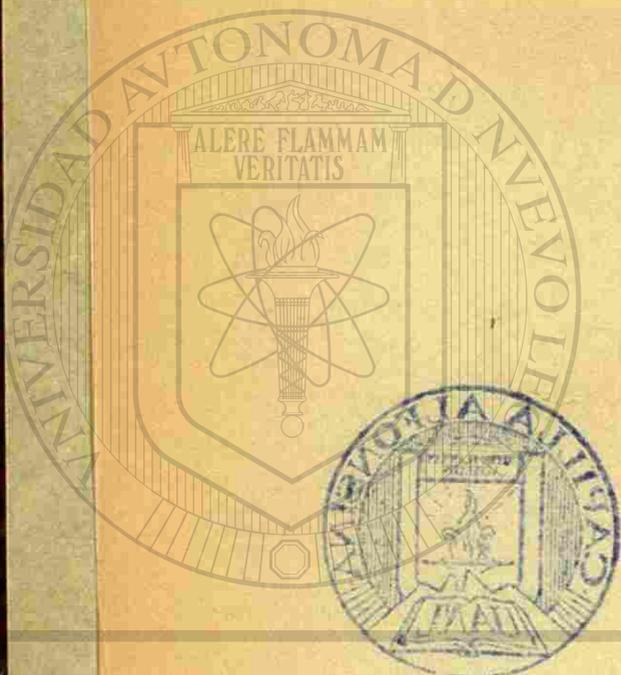
UANL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



RICARDO COVARRUBIAS
FONDO

LA CULPA DEL PADRE MOURET

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Núm. Clas _____
Núm. Autor _____
Núm. Adg. _____
Procedencia _____
Precio _____
Fecha _____
Clasificado _____

30822

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

U. A. N. L.

EMILIO ZOLA

LA CULPA

del Padre Mouret

Traducción de
EMILIO M.^a MARTÍNEZ

Tomo II

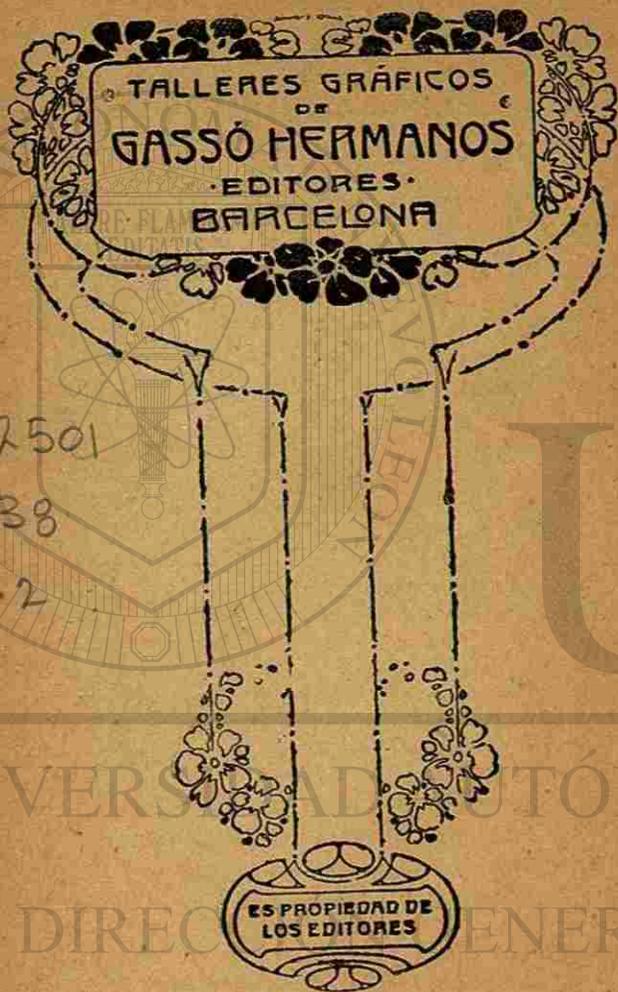
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
APDO. 1023 MONTERREY, MEXICO

GASSO HERMANOS, EDITORES
Santa Teresa, 14 y 6
BARCELONA

101193

30822

843
Z.



PQ 2501
F 38
v. 2

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

La culpa del Padre Mouret

XI

—¿Con que ya no salimos más?—preguntó Sergio unos días después.

Y viéndola encogerse de hombros cual si estuviese cansada, agregó como para burlarse de ella:

—¿Es decir que has renunciado a buscar tu árbol?

Y durante todo el día estuvieron hablando así, en tono de broma. El árbol no existía; era un cuento de nodriza. No obstante hablaban de él con ligero estremecimiento. Y al día siguiente resolvieron ir a dar un paseo por el fondo del parque, bajo las altas arboledas, que Sergio no conocía aún. La mañana de la partida, Albina no quiso llevarse nada; estaba pensativa, y hasta algo triste, con dulcísima sonrisa. Almorzaron y no bajaron sino hasta bastante tarde. El sol, ya ardoroso, les comunicaba cierta languidez, que les hacía andar lentamente el uno junto al otro, buscando las rendijitas de

sombra. Ni el jardín, ni el vergel, que hubieron de atravesar, les contuvieron. Cuando llegaron bajo la frescura de las grandes umbrías, todavía moderaron más el paso y penetraron en el dulce recogimiento de la selva, sin pronunciar una palabra, pero con profundos suspiros, como si hubieran experimentado un gran alivio al huir de la plena claridad. Después, cuando ya no tuvieron sino hojas a su alrededor, cuando claro alguno les dejó ver las asoleadas lontananzas del parque, miráronse sonrientes y vagamente inquietos.

—¡Qué bien se está aquí!—murmuró Sergio.

Albina movió la cabeza, sin poder contestar, tan apretada sentía la garganta. No iban cogidos por la cintura, como tenían por costumbre. Con los brazos pendientes y las manos abiertas, caminaban sin tocarse y con la cabeza un poco inclinada.

Pero Sergio se detuvo, al ver deslizarse las lágrimas por las mejillas de Albina y perderse en una sonrisa.

—¿Qué tienes?—exclamó Sergio.—¿Sufres acaso? ¿Te habrás herido?

—No, si me río, te lo aseguro—le contestó.—No sé, el olor de todos los árboles es lo que me hace llorar.

Le miró y prosiguió diciendo:

—Tú también lloras. Ya ves que esto es bueno.

—Sí—murmuró Sergio.—Todá esta sombra le sorprende a uno. Diríase ¿no te parece? que se penetra en algo de tan extraordinaria dulzura, que le hace a uno mal... Pero, habría que decírmelo, si tuvieses algún motivo de tristeza... Yo no te he contrariado. ¿Estarías tal vez incomodada conmigo?

Albina le juró que no. Sentíase, por el contrario, muy dichosa.

—Entonces ¿cómo es que no te diviertes? ¿Quieres que juguemos a quién corre más?

—¡Oh, no! A correr, no—contestó haciendo un mohín de muchacha mayor.

Y como Sergio le hablase de otros juegos, de

subir a los árboles para coger nidos, de ir en busca de fresas o de violetas, la joven acabó por decir con cierta impaciencia:

—Somos ya demasiado grandes. Es tonto el andar siempre jugando. ¿Acaso no te gusta más el andar de este modo, a mi lado, muy tranquilos?

Y andaba, en efecto, por modo tan agradable, que Sergio sentía el mayor placer del mundo al oír el ligero pisar de sus botinas sobre la dura tierra de la avenida. Jamás había fijado su atención en el contoneo de su cintura, en el viviente arrastre de su falda, que la seguía con rozamiento de culebra. Era una alegría que no se agotaría jamás, el verla así andar pausadamente a su lado, tales eran los nuevos encantos que descubría en la menor flexibilidad de sus miembros.

—Tienes razón—exclamó Sergio.—Esto es más divertido que todo. Así te acompañaría hasta el confín de la tierra, si lo quisieses.

No obstante, a algunos pasos de allí, le preguntó si estaba cansada. A seguida dió a entender que él, por su parte, se sentaría de la mejor gana.

—Podríamos sentarnos—balbuceó.

—No—contestó ella,—no quiero.

—Mira, nos tenderíamos como el otro día, en medio de los prados. Tendríamos calor y estaríamos a pedir de boca.

—¡No quiero, no quiero!

Habiase apartado de un salto, espantada con aquellos brazos de hombre que se tendían hacia ella. Sergio la llamó gran tonta y quiso volverla a coger. Mas al tocarla apenas con las yemas de los dedos, Albina lanzó un grito tan desesperado que se detuvo tembloroso.

—¿Te he hecho mal?

La joven no contestó en seguida, asombrada por su grito y sonriendo ya por su miedo.

—No, déjame, no me atormentes... ¿Qué sería lo que haríamos así que estuviésemos sentados? Por mi parte, prefiero andar.

Y agregó, con semblante grave que fingía ser chancero:

—Ya sabes que ando en busca de mi árbol.

Entonces él se echó a reír y le ofreció que buscaría con ella. Presentábase con gran dulzura, a fin de no asustarla más aún; pues bien veía que se encontraba temblorosa, por más que hubiese reanudado su andar lento al lado suyo. Lo que iban a hacer allí, cosa era prohibida y no les produciría ningún suceso feliz; y Sergio, al par que ella, sentíase pasto de delicioso terror, que le agitaba con un estremecimiento, a cada lejano suspiro de la selva. El olor de los árboles, la verdosa claridad que se desprendía de las altas ramas, el cuchicheador silencio de las malezas, henchidas de angustia, como si fuesen, al recodo del primer sendero, a entrar en una felicidad terrible.

Y hora tras hora, anduvieron al través de los árboles. Llevaban sus andares de paseo; apenas cruzaban algunas palabras, no se separaban ni un minuto y seguíanse al fondo de los huecos de verdura más oscurecidos. Empezaron por penetrar en los sotos, cuyos jóvenes troncos no tenían el grosor del brazo de un niño. Tenían que separarlos, abrirse paso entre los tiernos vástagos que les cerraban los ojos con el volador encaje de sus hojas. Tras de ellos sus huellas se borraban y el abierto sendero se volvía a cerrar; adelantábase al azar, perdidos, yendo de acá para allá, no dejando a su paso sino el balanceo de las altas ramas. Albina, cansada de no ver a los tres pasos, sintióse feliz, cuando pudo saltar fuera de aquel enorme ramaje, cuyo término buscaban largo rato hacía. Hallábanse en el centro de un claro de vereditas; de todos lados, entre los setos vivos, distribuíanse angostas avenidas, dando vueltas sobre sí mismas, cortándose, retorciéndose por modo caprichoso. Alzábanse sobre las puntas de los pies para mirar por encima de los setos; mas no sentían ninguna prisa, y de buena gana habrían permanecido allí, entre-

gándose a continuas vueltas y revueltas y disputando del placer de andar juntos sin llegar jamás, a no haber tenido delante de ellos la terrible línea de los altos arbolados. Entraron por último bajo éstos, religiosamente, con un tanto de sagrado terror, como se entra bajo la bóveda de una iglesia. Los troncos rectos, blanqueados por los líquenes, con el lívido gris de piedra vieja, ascendían desmesuradamente, alineando hasta lo infinito hondonadas de columnas. A lo lejos, abríanse naves, con sus partes laterales más sofocadas por el ramaje; naves extrañamente atrevidas, sostenidas por delgadísimos pilares, dentellados, adornados y con tal delicadeza labrados, que dejaban pasar por todas partes el azul del cielo. Un religioso silencio se desprendía de las gigantescas ojivas; una austera desnudez daba al suelo el desgaste de las losas, lo endurecía, sin una hierba, sembrado tan sólo con el rojizo polvo de las hojas muertas. Y escuchaban la sonoridad de sus pasos, penetrados de la grandiosa soledad de aquel templo.

Allí indudablemente debía de encontrarse el árbol tan buscado, cuya sombra proporcionaba la felicidad perfecta. Sentíanle junto a ellos, en el encanto que les producía, con la semiclaridad de las altas bóvedas. Los árboles les parecían seres de bondad, rebosantes de fuerza, de silencio, de inmovilidad feliz. Mirábanlos uno a uno, amábanles a todos y esperaban de su soberana tranquilidad alguna declaración que les hiciese crecer como ellos, en la jubilación de una vida poderosa. Los erablos, los fresnos, los ojaranzos, los cerezos silvestres, constituían un pueblo de colosos, una muchedumbre de orgullosa dulzura, de heroicos bonachones que vivían de la paz, puesto que la caída de uno de ellos habría bastado para aplastar y destruir todo un rincón del bosque. Los olmos tenían corpulencia enorme, miembros hinchados, repletos de savia, ocultos apenas con los ligeros ramilletes de sus pequeñas hojas. Los abedules, los alisos, con sus blancuras

de muchacho, arqueaban sus delgados talles, abandonaban al viento sus cabelleras de grandes diosas, metamorfoseadas ya en árboles. Los plátanos erguían sus torsos regulares, cuya tez lisa, tatuada de rojo, parecía dejar caer placas de pintura escamosa. Los alerces, a la manera de una banda salvaje, bajaban una pendiente, envueltos en sus ropajes de verdura tejida, perfumados con un bálsamo compuesto de resina y de incienso. Y las encinas eran reyes, encinas inmensas, recogidas en cuadro sobre sus rechonchos vientres, extendiendo brazos dominadores, que tomaban todo su espacio al sol; árboles titanes, heridos del rayo, derrumbados en actitudes de luchadores no vencidos, cuyos esparecidos miembros plantaban por sí solos un bosque entero.

—¿No era por ventura alguna de aquellas encinas gigantescas, o bien uno de aquellos hermosos plátanos, uno de aquellos olmos cuyos músculos crugían? Albina y Sergio penetraban cada vez más, sin saber ya a dónde, sumergidos en medio de aquella turba. Por un instante creyeron haber dado con lo que buscaban; hallábanse en medio de un cuadrado de nogales, bajo una sombra tan fría, que pusieron a tiritar. Mas allá, experimentaron otra emoción, al penetrar en un bosquecillo de castaños, cubierto de verde musgo, con prolongaciones de extravagantes ramas, sobrado extensas para construir sobre ellas pueblos suspendidos. Más lejos todavía, Albina descubrió un claro, en donde ambos corrieron jadeantes. En el centro de una alfombra de fina hierba, un algarrobo se ofrecía como un derrumbamiento de verdura, una Babel de hojarasca, cuyas ruinas se cubrían de vegetación extraordinaria. Piedras había que quedaban aprisionadas en la ladera, arrancadas del suelo por la ola creciente de la savia. Las altas ramas se encorvaban e iban a fijarse a lo lejos, rodeando el tronco de profundos arcos y de una multitud de nuevos troncos, sin tregua multiplicados. Y sobre la corteza,

agujereada toda con hendiduras sanguinolentas, las vainas de las algarrobas maduraban. Hasta el fruto del monstruo era un esfuerzo que le agujereaba la piel. Dieron con lentitud la vuelta a su alrededor, penetraron bajo las ramas extendidas, en donde parecían cruzarse las calles de una ciudad, y registraron con la mirada las grandes hendiduras de las raíces desnudas de corteza. Después emprendieron la vuelta, sin haber sentido allí la sobrehumana felicidad, en cuya busca iban.

—¿En dónde estamos?—preguntó Sergio.

Albina lo ignoraba. Nunca se había dirigido a aquel lado del parque. Encontrábanse entonces en un ramillete de citisos y de acacias, de cuyos racimos se desprendía una dulcísima fragancia, casi azucarada.

—¡Henos ya perdidos!—dijo Albina sonriendo.—Con seguridad, no conozco estos árboles.

—Pero—repuso él,—el jardín, sin embargo, tiene su límite. ¿No sabes en dónde está?

Albina hizo un prolongado gesto.

—No contestó.

Y permanecieron sin decir una palabra, no habiendo experimentado hasta entonces una sensación más agradable de la inmensidad del parque. Sentíanse embelesados, al hallarse solos, en medio de un dominio de tan gran extensión, que hasta habían de renunciar a enterarse de sus linderos.

—Pues bien, estamos perdidos—repitió Sergio alegremente. Es lo mejor, cuando no se sabe a dónde se va.

Se acercó a Albina, con toda humildad.

—¿No tienes miedo?—le preguntó.

—¡Oh, no! No estamos más que tú y yo en el jardín... ¿De quién quieres que tenga miedo? Las tapias son demasiado altas. Nosotros no las vemos, pero nos guardan ¿comprendes?

Sergio se encontraba muy junto a ella.

—No hace mucho rato tuviste miedo de mí—murmuró.

Pero ella le miraba al rostro, serena, sin un aleteo de sus párpados.

—Me hacías mal—le contestó.—Ahóra tu semblante indica la mayor bondad. ¿Por qué habría de tener miedo de ti?

—Entonces ¿me permitirás que te coja así? Volvemos bajo los árboles.

—Sí. Puedes estrecharme, pues eso me gusta. Y caminemos pasito a pasito ¿no te parece? para que no encontremos demasiado pronto el camino.

Habíale rodeado con el brazo la cintura. Así fué como volvieron a las altas arboledas, en donde la majestad de las bóvedas moderó todavía más su paseo de niños grandes que se despertaban al amor. Albina se dió por un tanto consolada, por lo que apoyó la cabeza sobre el hombro de Sergio. No obstante, ni uno ni otro hablaron de sentarse; no pensaban en semejante cosa, pues esto les habría hecho mala obra. ¿Qué gozo podría proporcionarles un descanso sentados en la hierba, comparado con la alegría que disfrutaban, andando siempre al ladito uno del otro? El árbol legendario relegado quedó al olvido. Ya no pensaban sino en acercar sus rostros, para sonreirse de más cerca aún. Y eran los árboles, los erablos, los olmos, las encinas, los que en su clara sombra, les infundían sus primeras palabras de ternura.

—¡Te amo!—decía Sergio con ligera voz que movía los cortos cabellos dorados de las sienas de Albina.

Quería dar con otra palabra, pero repetía:

—¡Te amo, te amo!

Albina escuchaba con inefable sonrisa. Iba aprendiendo aquella música.

—Te amo, te amo—suspiraba con mayor delicia, con su argentina voz de jovencita.

Después, alzando sus azules ojos, en los que una aurora de luz resplandecía, preguntó:

—¿Y cómo me amas?

Entonces Sergio se recogió en sí mismo. La ar-

boleda ofrecía una solemne dulzura, las profundas naves conservaban el estremecimiento de los ensordecidos pasos de la pareja.

—Te amo más que a todo—contestó.—Tú eres más hermosa que cuanto se me ofrece a la vista por la mañana al abrir la ventana. Cuando te miro, tú eres mi todo. Yo no querría tener más que a ti para sentirme del todo dichoso.

Albina bajaba los párpados y movía la cabeza como si la meciera.

—Te amo—continuaba Sergio.—No te conozco, no sé quién eres, de dónde vienes; no eres ni mi madre ni mi hermana; y te amo hasta el punto de darte todo mi corazón, sin conservar ni un átomo para el resto del mundo... Escúchame, amo tus mejillas como el raso sedosas, amo tu boca que exhala olor de rosas y claveles, amo tus ojos en los cuales me veo con mi amor, amo hasta tus pestañas, hasta tus delicadas venas que azulean la palidez de tus sienas... Todo es para decirte que te amo, que te amo, Albina.

—Sí, también yo te amo. Tienes una barba tan sedosa, que no me hace daño alguno cuando apoyo la frente sobre tu cuello. Eres alto, robusto, hermoso. Te amo, Sergio.

Y por un instante se mantuvieron silenciosos, embelesados. Parecía que una armonía de flauta les precedía, que sus palabras les llegaban de una orquesta suave oculta a sus miradas. Ya no se iban sino a menudos pasos, inclinados el uno hacia el otro, dando vueltas sin fin entre los gigantes troncros. A lo lejos, a lo largo de las columnas, veíanse rayos de sol poniente, semejantes a un desfile de niñas en traje blanco, entrando en la iglesia, para la celebración de una boda, al sonoro murmurar de los órganos.

—¿Y por qué me amas?—preguntó nuevamente Albina.

Sergio se sonrió y no contestó en seguida. Después dijo:

—Te amo porque has venido. Esto lo dice todo. Ahora nos encontramos juntos y nos amamos. Me parece que no viviría, si no te amara. Tú eres el aliento de mi vida.

Bajó la voz, hablando como en sueños:

—Esto no se sabe en seguida; brota en nosotros con nuestro corazón. Hay que crecer, ser fuerte...

¿No haces memoria de cómo nos amábamos? No lo decíamos. Se es niño, se es más que tonto. Luego el día menos pensado, resulta demasiado claro y se os escapa... ¡Bah! Nosotros no tenemos otra cosa en que pensar; nos amamos porque nuestra vida es amarnos.

Albina, con la cabeza echada atrás y con los párpados completamente cerrados, retenía el aliento. Saboreaba el silencio, tibio aún, de aquella caricia de palabras.

—¿Me amas? ¿Me amas?—balbuceaba sin abrir los ojos.

El joven se quedó mudo, sintiéndose muy desgraciado, por no encontrar ya nada que decirle para demostrarle que la amaba. Paseaba lentamente la mirada por su semblante de rosa, que se abandonaba como adormecido; los párpados tenían la delicadeza de la seda viviente; la boca ofrecía un pliegue adorable, húmeda con su sonrisa; la frente era una pureza sumergida en dorada línea en la raíz de sus cabellos. Y el habría querido dar todo su ser en la palabra que sentía en los labios, sin poderla pronunciar. Entonces se inclinó más todavía, pareciendo buscar en qué exquisito lugar de aquel rostro depositaría la palabra suprema. No dijo nada y sólo pudo exhalar un ligero suspiro. Besó los labios de Albina.

—Albina, te amo.

—Te amo, Sergio.

Y se detuvieron, estremecidos por aquel primer beso. Albina había abierto desmesuradamente los ojos y él permanecía con la boca ligeramente hacia adelante. Ambos, sin ruborizarse, se miraban. Al-

go de más poderoso que ellos, de soberano, les invadía; era como un encuentro por largo tiempo esperado, en el cual veíanse engrandecidos, hechos el uno para el otro y ligados para siempre jamás. Asombráronse por un instante, alzaron sus miradas hacia la religiosa bóveda de follaje, pareciendo interrogar el apacible pueblo de los árboles para encontrar el eco de aquel primer beso. Mas en presencia de la serena complacencia de la arboleda, experimentaron un regocijo de enamorados impunes, una alegría profunda, ruidosa, rebosante de la murmuradora manifestación de su ternura.

—¡Oh! háblame de los días en que me has amado. Dímelo todo. ¿Me amabas cuando dormías sobre mi mano? ¿Me amabas cuando me caí del ceceo, cuando te encontrabas abajo, tan pálido y con los brazos tendidos? ¿Me amabas en medio de las praderas, cuando me cogías por la cintura para hacerme saltar por encima de los arroyos?

—Cállate, déjame hablar. Siempre te he amado... Y tú ¿me amas, me amas?

Hasta la noche vivieron de la palabra amar, que, sin cesar, volvía con nueva dulzura. Buscábanla, la atraían a sus frases, la pronunciaban fuera de propósito, por el sólo placer de pronunciarla. Sergio no pensaba en depositar un segundo beso en los labios de Albina. Bastaba a su ignorancia conservar el aroma del primero. Habían dado por fin con el camino, sin que nada del mundo les hubiesen importado los senderos. Cuando salían de la selva, el crepúsculo había caído ya, y alzabase la luna, amarilla, entre los verdes negros.

Y fué aquél un regreso encantador, en medio del parque, con aquel discreto astro que les miraba por todos los claros de los grandes árboles. Albina aseguraba que la luna les seguía. La noche se ofrecía muy suave, cuajada de estrellas. A lo lejos los grandes árboles presentaban un gran mur-

murio que Sergio escuchaba, pensando: "Hablan de nosotros."

Cuando atravesaron el jardín, anduvieron en una fragancia extraordinariamente suave, en esa fragancia que exhalan las flores en la noche, más lánguida, más acariciadora, que es como la propia respiración de su sueño.

— Buenas noches, Sergio.

— Buenas noches, Albina.

Habíanse cogido las manos, en el pasillo del piso primero, sin entrar en la habitación, en donde tenían la costumbre de darse las buenas noches. No se besaron. Cuando Sergio se encontró solo, sentado en el borde de la cama, escuchó por largo rato a Albina, que se acostaba, allá arriba, sobre su cabeza. Sentíase fatigado, por una felicidad que le adormecía los miembros.

XII

Pero los siguientes días, Albina y Sergio permanecieron cortados uno delante del otro, evitando hacer la menor alusión a su paseo bajo los árboles, no habían cambiado un solo beso y no se habían dicho que se amaban. No era precisamente la vergüenza lo que les impedía hablar, sino un temor, un miedo de menoscabar su alegría. Y cuando dejaban de estar juntos, tan sólo vivían de sus seductores recuerdos; entregábanse a ellos, haciendo revivir las horas que habían pasado, con los brazos en la cintura, acariciándose el rostro con su aliento. Aquello acabó por comunicarles una ardiente fiebre. Mirábanse, doloridos los ojos, muy tristes y hablando de cosas que nada les interesaban. Luego, tras de prolongados silencios, Sergio preguntaba a Albina con acento de inquietud:

— ¿Sufres?

La joven movía la cabeza y contestaba:

— No, no. Tú eres el que no te sientes bien. Te arden las manos.

El parque les ocasionaba una sorda inquietud que no se podían explicar. A la vuelta de cada sendero había un peligro que les acechaba, que les cogería por el cuello para arrojarles al suelo y producirles mal. Nunca abrían la boca para hablarse de estas cosas; pero ante ciertas cobardes

murio que Sergio escuchaba, pensando: "Hablan de nosotros."

Cuando atravesaron el jardín, anduvieron en una fragancia extraordinariamente suave, en esa fragancia que exhalan las flores en la noche, más lánguida, más acariciadora, que es como la propia respiración de su sueño.

— Buenas noches, Sergio.

— Buenas noches, Albina.

Habíanse cogido las manos, en el pasillo del piso primero, sin entrar en la habitación, en donde tenían la costumbre de darse las buenas noches. No se besaron. Cuando Sergio se encontró solo, sentado en el borde de la cama, escuchó por largo rato a Albina, que se acostaba, allá arriba, sobre su cabeza. Sentíase fatigado, por una felicidad que le adormecía los miembros.

XII

Pero los siguientes días, Albina y Sergio permanecieron cortados uno delante del otro, evitando hacer la menor alusión a su paseo bajo los árboles, no habían cambiado un solo beso y no se habían dicho que se amaban. No era precisamente la vergüenza lo que les impedía hablar, sino un temor, un miedo de menoscabar su alegría. Y cuando dejaban de estar juntos, tan sólo vivían de sus seductores recuerdos; entregábanse a ellos, haciendo revivir las horas que habían pasado, con los brazos en la cintura, acariciándose el rostro con su aliento. Aquello acabó por comunicarles una ardiente fiebre. Mirábanse, doloridos los ojos, muy tristes y hablando de cosas que nada les interesaban. Luego, tras de prolongados silencios, Sergio preguntaba a Albina con acento de inquietud:

— ¿Sufres?

La joven movía la cabeza y contestaba:

— No, no. Tú eres el que no te sientes bien. Te arden las manos.

El parque les ocasionaba una sorda inquietud que no se podían explicar. A la vuelta de cada sendero había un peligro que les acechaba, que les cogería por el cuello para arrojarles al suelo y producirles mal. Nunca abrían la boca para hablarse de estas cosas; pero ante ciertas cobardes

miradas, confesábanse aquella agonía, que les trocaba casi en enemigos. En esto, una mañana Albina se atrevió a decir, después de larga vacilación:

—Haces mal en permanecer siempre encerrado. Caerás enfermo.

Sergio se rió un tanto contrariado.

—¡Bah!—murmuró,—lo hemos recorrido todo y nos sabemos de memoria el jardín entero.

Ella dijo que no con la cabeza; y a seguida repitió muy bajito:

—No, no... No conocemos los peñascos, ni hemos ido a los manantiales. Allí era en donde entraba en calor en el invierno. Hay rincones en donde las mismas piedras parecen vivir.

A la mañana siguiente, sin haber agregado una sola palabra, salieron. Subieron a la izquierda, detrás de la gruta en que dormía la mujer de mármol. Al poner sus plantas en las primeras piedras, Sergio dijo:

—Esto nos había dejado una preocupación. Hay que verlo todo; quizás quedaremos tranquilos después.

El día era sofocante, con un pesado calor de tormenta. No se habían atrevido a cogerse de la cintura, y andaban uno tras de otro, abrasados por el sol. Albina se aprovechó de un ensanche del sendero para dejarle pasar delante de ella; pues sentíase desasosegada por su aliento y sufría al sentirle a su espalda, tan próximo a sus faldas. En torno de ellos, los peñascos se alzaban en anchas hileras; pendientes suaves escalonaban los campos con inmensas losas, erizadas de ruda vegetación. Encontraron en un principio retamas de oro, grandes espacios en donde se daban el romero, la salvia, el espliego, todas las plantas balsámicas, y después los enebros y los romeros amargos, con olor tan penetrante, que les embriagaba. A ambos lados del camino los acebos formaban a veces setos, que se asemejaban a delicadas

obras de cerrajería, a verjas de bronce negro, de hierro forjado, de cobre bruñido, de ornamentos complicadísimos, muy floridos, con espinosos rosetones. Después les fué forzoso atravesar un pinar, para llegar a los manantiales; la escasa sombra pesábales sobre los hombros como plomo; las hojas secas crugían en el suelo, bajo sus pies, ligero polvo de resina, que acababa de abrasarles los labios.

—Tu jardín no se anda con bromas por este lado—dijo Sergio volviéndose a Albina.

Se sonrieron. Hallábanse a orilla de los manantiales, y sus lípidas aguas constituyeron un alivio para los dos. No se escondían sin embargo bajo ramajes, como acontece con las fuentes de las llanuras, que plantan en sus contornos espesos follajes, a fin de dormir perezosamente a la sombra. Nacían aquéllas en pleno sol, en un agujero de la roca, sin una brizna de hierba que verdease sus azuladas aguas. Parecían de plata, templadas todas por la gran luz. En su fondo el sol se veía sobre la arena, en una polvareda de claridad viviente que respiraba. Y salían del primer manantial y extendían los brazos de inmaculada blancura; saltaban y rebotaban, semejantes a juguetonas desnudeces de niño; y caían bruscamente en forma de cascada, cuya suave curva parecía derribar el torso de una mujer, de rubia carne.

—Mójate las manos—gritó Albina.—En el fondo el agua está helada.

Pudieron, en efecto, refrescarse las manos, lanzándose agua al rostro; y allí permanecieron en el vapor de lluvia que ascendía, convirtiéndose en arroyos. El sol aparecía como humedecido.

—¡Mira!—gritó nuevamente Albina.—Mira el jardín, las praderas, la selva.

Durante un momento, miraron el Paradou, extendido a sus pies.

—Ya ves—continuó,—que no se distingue el

menor trozo de pared. Todo el país es nuestro, hasta el límite del cielo.

Habíanse, por último, cogido de la cintura, sin darse de ello cuenta, en actitud de tranquilidad y confianza. Los manantiales calmaban su fiebre; mas al alejarse, Albina pareció entregarse a un recuerdo; llevóse a Sergio diciendo:

—Allá, bajo las rocas, vi una vez la pared. Hace mucho tiempo.

—Pero nada se ve—murmuró Sergio ligeramente pálido.

—Sí... Debe de estar detrás de la avenida de los castaños, junto a las malezas.

Y luego, sintiendo el brazo de Sergio que le oprimía más nerviosamente, agregó:

—Tal vez me equivoque... Sin embargo, me acuerdo que la encontré un día de repente delante de mí, al desembocar de la avenida. Atajábame el camino y era tan alta, que me causó miedo... Y, a algunos pasos de allí, me quedé muy sorprendida; la pared había reventado y presentaba un agujero enorme, por el cual se distinguía toda la comarca de al lado.

Sergio la miró demostrando inquieta súplica en los ojos, y ella se encogió de hombros para tranquilizarle.

—¡Oh! pero yo tapé el agujero. Ya te lo he dicho, no podemos estar más solos... Lo tapé sin perder momento. Llevaba mi cuchillo; corté zarzas y arrimé grandes piedras. Desafío a que pueda pasar un gorrion... Si lo quieres, iremos a ver un día de estos y así te tranquilizarás.

Sergio dijo que no con la cabeza. Luego se alejaron cogidos por la cintura, mas habíanse llenado de ansiedad. Sergio dirigía oblicuamente sus miradas al rostro de Albina, la cual se inquietaba, al verse mirada de aquel modo. Ambos habrían querido volver a bajar, evitarse la molestia de un paseo más prolongado. Y a su pesar, como cediendo a una fuerza que les impulsaba, dieron la vuel-

ta a un peñasco, y llegaron a una meseta, en donde nuevamente les esperaba la embriaguez del pleno sol. No era ya aquello la dichosa languidez de las plantas aromáticas, el almizcle del tomillo, el incienso de la alhucema. Ahora hallaban las hierbas mal olientes; el ajeno, de amarga embriaguez, la ruda oliendo a carne fétida, la valeriana, ardorosa, húmeda con su sudor afrodisíaco. Las mandrágoras, las cicutas, los eléboros, las belladonas, llevaban el vértigo a sus sienes, un amodorramiento que les hacía vacilar en brazos uno del otro y sentir náuseas.

—¿Quieres que te tome en brazos?—preguntó Sergio a Albina sintiéndola dejarse caer de su lado.

Y ya la estrechaba entre sus brazos; pero ella se desasíó y respiró con fuerza.

—No, que me sofocas—le contestó.—Déjame; no sé lo que tengo. La tierra se mueve bajo mis plantas... Mira, aquí es en donde tengo el mal.

Tomóle una mano y se la aplicó al pecho. Entonces él palideció por completo; sentíase más desfallecido que ella. Y a ambos les asomaban las lágrimas a los ojos, al verse así, sin encontrar remedio a su gran desgracia. ¿Iban quizás a morir de aquel mal desconocido?

—Ven a la sombra, ven a sentarte—dijo Sergio.—Esas plantas son las que nos matan, con sus olores.

Condújola apoyada tan sólo por las yemas de los dedos, pues poníase a temblar con sólo tocarle la muñeca. Sentóse en el tronco de un hermoso cedro, que extendía a más de diez metros los horizontales lechos de sus ramas. A su espalda desprendíanse las extrañas esencias de las coníferas; los cipreses de follaje húmedo suave y como espeso guipur; los abieses, rectos y graves, parecidos a viejas piedras sagradas, negras aun con la sangre de las víctimas; los taxos, cuyas sombrías hojas se ribeteaban de plata; todas las plantas de follaje persistente, de vegetación rechoncha, con obs-

curo verdor de cuero barnizado, salpicada de amarillo y de rojo, tan potente, que el sol se deslizaba sobre ella sin doblegarla. Una araucaria sobre todo, aparecía extraña, con sus grandes brazos regulares, que se asemejaban a una arquitectura de reptiles, ingertados los unos sobre los otros, erizando sus sobrepuestas hojas como escamas de serpiente encolerizada. Allí, bajo aquellas pesadas sombras, el calor brindaba con sueño voluptuoso. El aire dormía, sin un soplo, en una humedad de alcoba. Un perfume de amor oriental, el perfume de los pintados labios de la Sulamita, se exhalaba de las odoríferas maderas.

—¿No te sientas tú?—dijo Albina.

Y se apartó un poco para hacerle sitio; mas él retrocedió y se mantuvo en pie. Después, como ella le invitase de nuevo, se dejó caer de rodillas a algunos pasos de distancia y murmuró:

—No, tengo más fiebre que tú y te abrasaría... Escucha, si no tuviese miedo de hacerte mal, te cogería en mis brazos, tan fuerte, tan fuerte, que dejaríamos de sentir nuestros sufrimientos.

Arrastróse sobre las rodillas y se acercó un poco a ella.

—¡Oh! tenerte en mis brazos, tenerte en mi carne... Tan sólo pienso en eso. Durante la noche, me despierto, estrechando el vacío, estrechando tu sueño. Querría no cogerte al principio sino por la yema de tu dedo meñique; después te tendría toda entera, poco a poco, hasta que nada quedase de ti, hasta que hubieses llegado a ser mía, desde los pies hasta la última de las pestañas. Te guardaría siempre. Debe de resultar un bien delicioso el poseer por tal manera lo que se ama. Mi corazón se fundiría en el tuyo.

Acercóse más aún; habría tocado la orla de su vestido, si hubiese extendido las manos.

—Pero no sé, me siento lejos de ti... Hay alguna pared entre nosotros, que mis puños cerrados no podrían derrumbar. Y hoy, sin embargo,

soy fuerte; podría cogerte en mis brazos y echarte sobre mis hombros, llevarte como cosa que me pertenece. Y no es esto, no te tendría bastante. Cuando mis manos te cogen, tan sólo se apoderan de un nada de tu ser... ¿En dónde te ocultas por completo, para que pueda irte a buscar.

Había caído sobre los codos, prosternado, en actitud rendida de adoración. Y depositó un beso en la fimbria del vestido de Albina. Entonces, como si hubiese recibido aquel beso en la tez, alzóse erguida y se llevó las manos a las sienes, enloquecida, balbuciente.

—No, te lo suplico, continuemos andando.

No huía y se dejaba seguir por Sergio, lentamente, fuera de sí, con los pies tropezando contra las raíces, y con la cabeza entre las manos para ahogar el clamor que subía hasta ella. Y cuando salieron del bosquecillo, dieron algunos pasos sobre las gradas de roca, en donde se acurrucaba todo un ardiente pueblo de carnosas plantas. Era aquello como un arrastre, un surgimiento de animales sin nombre, entrevistados en una pesadilla, monstruos que participaban de la araña, de la oruga, de la cucaracha, extraordinariamente agrandados, con desnuda y verdosa piel, erizada con inmundo vello, arrastrando miembros enfermos, piernas abortadas, brazos rotos, unos hinchados como vientres obscenos, otros con las espaldas aumentadas con un pulular de gibosidades, otros desmadejados, en guñapos, como esqueletos de goznes destrozados. Las manciliarias amontonaban pústulas vivientes, un bullimiento de tortugas verdosas, atrozmente barbudas, de largas crines más duras que puntas de acero. Los equinocactus, mostrando más su piel, parecían nidos de jóvenes víboras atadas. Los equinopsis no eran sino una joroba, una excrecencia de pelo rojo, que hacía pensar en algún insecto gigante, arrollado en forma de bola. Los opuntia alzaban en árboles sus carnosas hojas, empolvadas de rojizas flores, semejantes

a enjambres de abejas microscópicas, a bolsas llenas de asquerosos insectos, y cuyas mallas reventaban. Las gasterias exhibían patas como de grandes segadores tumbados boca arriba, con los miembros negruzcos, punteados, estriados, adamascados. Los ciertos plantaban vegetaciones vergonzosas, políperos enormes, enfermedades de aquella tierra sobrado cálida, orgías de emponzoñada savia. Mas los aloes, sobre todo, descogían de tropel sus corazones de plantas desfallecidas; habíalos de todos los verdes, tiernos, potentes, amarillentos, grisáceos, negruzcos, salpicados de orín, verdes oscuros bordados de oro pálido; los había de todas las formas, con anchas hojas, recortadas como corazones, con hojas delgadas parecidas a las de cuchilla, unas dentelladas de espinas, otras orladas delicadamente; habíalas enormes llevando a un lado el alto tallo de sus flores, del que pendían collares de coral rosados; pequeños retoños en montón, sobre un vástago, como florecencias carnosas, dirigiendo a todas partes ágiles lenguas de culebra.

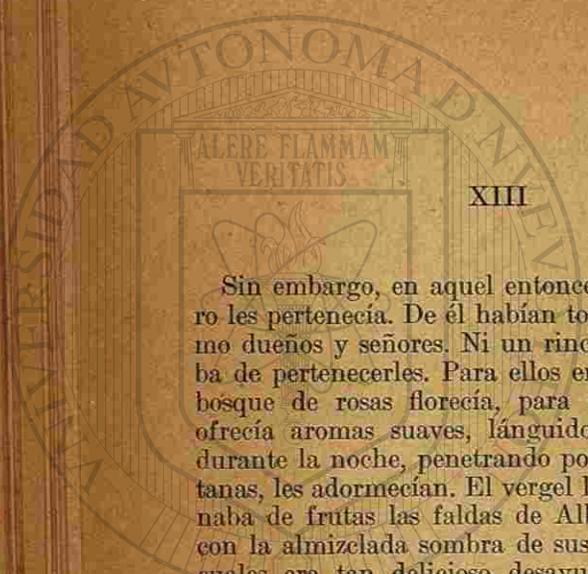
—Volvamos a la sombra—imploró Sergio.—Te sentarás como hace un instante y yo me pondré de rodillas y te hablaré.

Parecía que se desprendían del cielo anchas gotas de sudor. El astro triunfaba allí, apoderábase de la desnuda tierra y la oprimía contra su pecho. En el aturdimiento que producía el calor, Albina vaciló y se volvió hacia Sergio.

—Tómame—dijo con moribundo acento.

En el punto y hora en que se tocaron, cayeron al suelo, los labios contra los labios, sin lanzar el menor grito. Parecía caer y caer siempre, como si la roca se hubiese hundido debajo de ellos, indefinidamente. Sus manos errantes buscaban sus rostros, sus cuellos y bajaban a lo largo de sus vestidos. Mas fué aquella una aproximación tan preñada de angustia, que se levantaron casi en seguida, exasperados, sin poder ir más lejos en la satisfacción de sus deseos. Y huyeron, cada uno por dife-

rente senda. Sergio corrió hasta el pabellón, arrojóse en la cama, ardiéndole la cabeza, con el corazón desesperado. Albina no volvió hasta la noche, después de haber derramado cuantas lágrimas tenía, en un rincón del jardín. Era la primera vez que no volvían juntos, cansados con la alegría de los largos paseos. Durante tres días estuvieron como reñidos. Sentíanse horriblemente desgraciados.



XIII

Sin embargo, en aquel entonces, el parque entero les pertenecía. De él habían tomado posesión como dueños y señores. Ni un rincón de tierra dejaba de pertenecerles. Para ellos era para quienes el bosque de rosas florecía, para quienes el jardín ofrecía aromas suaves, lánguidos, cuyos efluvios, durante la noche, penetrando por las abiertas ventanas, les adormecían. El vergel les alimentaba, llenaba de frutas las faldas de Albina, refrescábalas con la almizelada sombra de sus ramajes, bajo los cuales era tan delicioso desayunarse, después de la salida del sol.

En las praderas contaban con hierbas y aguas; las hierbas que extendían indefinidamente su reino, desarrollando sin cesar ante ellos alfombras de seda; las aguas que constituían el mejor de sus goces, con su límpida pureza y con la corriente de frescura en que se complacían bañar su juventud. Poseían la selva, desde las enormes encinas que diez hombres no habrían bastado a abrazar, hasta los delgados abedules que un niño habría tronchado con ligero esfuerzo; la selva con todos sus árboles, con toda su sombra, sus avenidas, sus florestas, sus rincones de verdura, desconocidos hasta por las mismas aves; la selva de que disponían a su talante, como de gigantesca tienda, para abrigar, a la hora del medio día, su ternura nacida en la mañana. Reinaban por

do quiera, hasta sobre las peñas, sobre los manantiales, sobre el terrible suelo de las plantas monstruosas, que se habían estremecido bajo el peso de sus cuerpos, y que amaban y preferían a los demás muelles lechos del jardín, por el extraño escalofrío de que allí habían disfrutado. Así, pues, ahora, en frente, a la izquierda, a la derecha, eran dueños y señores, habían conquistado su dominio, caminaban en medio de una naturaleza amiga, que les conocía, les saludaba al pasar con una sonrisa, ofreciéndose a sus placeres, como sirviente sumisa. Y gozaban a más del cielo, del anchuroso manto azul extendido sobre sus cabezas; las paredes no le ponían un límite, antes bien, pertenecía a sus miradas, penetraba en su dicha de vivir, durante el día con su triunfante sol, y por la noche con su ardiente lluvia de estrellas. Embelésabales a cada minuto del día, cambiando como viviente carne, más blanco por la mañana que una niña al levantarse, dorado al medio día con anhelos de fecundidad, desfallecido por la noche con la laxitud de sus ternuras. Nunca presentaba la misma faz; por la noche, sobre todo, les maravillaba a la hora de despedirse. El sol, deslizándose en el horizonte, encontraba siempre nuevas sonrisas. A veces desaparecía en medio de una paz serena, sin una sola nube, sumergido poco a poco, en un baño de oro. Otras veces estallaba en rayos de púrpura, hendiendo su vaporoso ropaje, y huyendo en hondas de llamas, que obstruían el cielo con caudas de gigantescometas, cuyas cabezas incendiaban las cimas de los elevados árboles. Después, sobre las playas de arena roja, sobre los extensos bancos de sonrosado coral, se realizaba una puesta de astro melancólica, extinguiendo sus rayos uno a uno; a bien un discreto acostarse, tras de alguna inmensa nube, envuelto como en un cortinaje de alcoba de seda gris, no dejando ver sino una rojez de senectud; o bien, un desaparecer apasionado, trastornadas blancuras, sangrientas poco

a poco bajo el abrasado disco que las corroía, acabando por rodar con él tras del horizonte, en medio de un caos de retorcidos miembros que se derrumbaban en la claridad.

Tan sólo las plantas no habían hecho su sumisión. Albina y Sergio andaban majestuosamente entre la muchedumbre de animales que les rendían obediencia. Cuando atravesaban el jardín, los revoloteos de mariposas se alzaban para el solaz de sus miradas, oreábanles con sus batientes alas, yendo en pos de ellos como el estremecimiento viviente del sol, como las flores que revolotean sacudiendo su perfume. En el vergel, encontrábanse en lo alto de los árboles con los golosos pajarillos, los gorriones, los pinzones, las oropéndolas, las alondras, por sus picotazos; era aquello una batahola de escolares en asueto, una alegría turbulenta de tunantuelos, desvergonzadas turbas que iban a robar cerezas a sus pies, mientras almorzaban, a horeajadas sobre las ramas. Albina se divertía más aun en las praderas, cogiendo verdes ramillas, acurrucadas en los tallos de junco, con sus ojos de oro y su dulzura de animalejos contemplativos; mientras que con ayuda de una paja seca, Sergio hacía salir los grillos de sus agujeros, acariciaba los vientres de las cigarras para hacerlas cantar, y recogía insectos azules, sonrosados, amarillos, que paseaba en seguida sobre sus mangas, semejantes a botones de záfiro, de rubíes y de topacio; a más hallábase allí la misteriosa vida de los ríos, los peces de sombrío dorso, deslizándose en la corriente del agua, las anguilas adivinadas por la ligera agitación de las hierbas, la morralla, esparciéndose al menor ruido como humareda de negruzca arena, las moscas subidas en grandes chapines, rizando la extensa sábana con anchos redondeles plateados, todo aquel hormiguelo silencioso que les detenía a lo largo de las orillas, les daban a menudo deseos de plantarse, con las piernas al aire, en medio de la co-

riente, para sentir el deslizamiento sin fin de aquellos millones de existencias. Otros días, los días de tierna languidez, bajo los árboles de la selva, a la rumorosa sombra, era a donde iban a escuchar las serenatas de sus músicos, las cristalinas flautas de los ruiseñores, la argentina trompeta de los abejarucos, el acompañamiento lejano de los cucús; maravillábales el brusco vuelo de los faisanes, cuyas colas ofrecían como un rayo de sol en medio de las ramas; deteníanse, sonrientes, dejando pasar de allí a algunos pasos, una alegre manada de cabritillos, o de parejas de graves ciervos que detenían su carrera para mirarlos. También otros días, cuando el cielo abrasaba, subíanse a los peñascos y se complacían viendo enjambres de langostas que sus pies hacían levantar de los eriales de tomillo, con el chisporroteo de un brasero; las culebras desenroscadas al borde de los tostados matojos, los lagartos tendidos sobre las calentadas piedras, les seguían con amigable actitud; los sonrosados flamencos, que mojaban sus patas en el agua de los manantiales, no alzaban el vuelo a su aproximación, antes tranquilizaban con su gravedad confianzuda a las pollas de agua adormecidas en medio del estanque.

Aquella vida del parque, Albina y Sergio no la sentían tomar creces en torno suyo hasta después del día en que ellos también habíanse sentido vivir en un beso. Ahora les ensordecía a cada instante, hablábales una lengua que no entendían, y dirigíales sollicitaciones, a las que no sabían cómo ceder. Era aquella vida, todas aquellas voces y aquellos calores de animales, todos aquellos olores y aquellas sombras de plantas, lo que les turbaba hasta el punto de enfadarles al uno contra el otro. Y sin embargo, tan sólo encontraban en el parque una familiaridad afectuosa. Cada hierba, cada animalejo se convertían en amigos suyos. El Paradou era por sí solo una grande caricia. Antes de su llegada, por espacio de más de

más de cien años, el sol tan sólo había reinado allí libremente, como señor, uniendo su esplendor a cada rama. El jardín entonces, a nadie conocía sino a él. Veíale llegar todas las mañanas, lanzar por encima de la pared de cerca sus oblicuos rayos, asentarse a plomo al medio día sobre la desfallecida tierra, y alejarse por la tarde, por el extremo opuesto, con un beso de despedida rasando los follajes. Con todo, el jardín no se había avergonzado al acoger a Albina y a Sergio, como por tanto tiempo había acogido al sol, como buenos muchachos, con los cuales nadie se aburre. Los animales, los árboles, las aguas, las piedras, permanecían revistiendo una seductora extravagancia, hablando a voz en cuello, viviendo en completa desnudez, sin el menor secreto, ostentando el inocente descaro, la bella ternura de los primeros días del mundo. Aquel rincón de la naturaleza se reía discretamente de los temores de Albina y de Sergio, presentábase más cariñoso, desarrollaba bajo sus plantas sus más blandos lechos de césped, aproximando los arbustos para proporcionarles angostos senderos. Si todavía no les había lanzado en brazos el uno del otro, era porque se complacía en pasear sus deseos, en regocijarse con sus torpes besos, repercutiendo bajo las umbrías como gritos de pájaros enfurecidos. Pero ellos, sufriendo en presencia de la gran voluptuosidad que les rodeaba, maldecían el jardín. La tarde en que Albina tanto había llorado, a consecuencia de su paseo en los peñascos, había gritado al Paradou, al sentirle tan vivo y tan ardiente en torno suyo:

—Si tú eres nuestro amigo ¿por qué nos desconsueltas por tal modo?

XIV

Desde el siguiente día, Sergio se atrincheró en su cuarto. El olor del jardín le exasperaba. Corrió las cortinas de indiana para no ver más el parque, para impedirle que penetrara hasta allí. Quizás encontraría la paz de la infancia, lejos de aquellas enramadas, cuya sombra era como un roce en su piel. Después, en sus largas horas de conversación, Albina y él no volvieron a hablar de las rocas, ni de las aguas, ni de los árboles, ni del cielo. El Paradou ya no existía; trataban de olvidarlo. Y a pesar de todo, lo sentían allí, omnipotente, enorme, tras las delgadas cortinas; fragancias de hierba penetraban por las hendiduras de las maderas; prolongadas voces hacían retemblar los vidrios; toda la vida del exterior se reía, cuchicheaba, emboscada bajo las ventanas. Entonces palideciendo, levantaban la voz y buscaban alguna distracción que les permitiese no oír.

—¿No has visto?—dijo Sergio una mañana, en uno de aquellos instantes de turbación;—hay allí, encima de la puerta, una mujer pintada que se te parece.

Y se reía ruidosamente. Y volvieron a examinar las pinturas; arrastraron de nuevo la mesa a lo largo de las paredes, tratando de ocuparse en algo.

más de cien años, el sol tan sólo había reinado allí libremente, como señor, uniendo su esplendor a cada rama. El jardín entonces, a nadie conocía sino a él. Veíale llegar todas las mañanas, lanzar por encima de la pared de cerca sus oblicuos rayos, asentarse a plomo al medio día sobre la desfallecida tierra, y alejarse por la tarde, por el extremo opuesto, con un beso de despedida rasando los follajes. Con todo, el jardín no se había avergonzado al acoger a Albina y a Sergio, como por tanto tiempo había acogido al sol, como buenos muchachos, con los cuales nadie se aburre. Los animales, los árboles, las aguas, las piedras, permanecían revistiendo una seductora extravagancia, hablando a voz en cuello, viviendo en completa desnudez, sin el menor secreto, ostentando el inocente descaro, la bella ternura de los primeros días del mundo. Aquel rincón de la naturaleza se reía discretamente de los temores de Albina y de Sergio, presentábase más cariñoso, desarrollaba bajo sus plantas sus más blandos lechos de césped, aproximando los arbustos para proporcionarles angostos senderos. Si todavía no les había lanzado en brazos el uno del otro, era porque se complacía en pasear sus deseos, en regocijarse con sus torpes besos, repercutiendo bajo las umbrías como gritos de pájaros enfurecidos. Pero ellos, sufriendo en presencia de la gran voluptuosidad que les rodeaba, maldecían el jardín. La tarde en que Albina tanto había llorado, a consecuencia de su paseo en los peñascos, había gritado al Paradou, al sentirle tan vivo y tan ardiente en torno suyo:

—Si tú eres nuestro amigo ¿por qué nos desconsueltas por tal modo?

XIV

Desde el siguiente día, Sergio se atrincheró en su cuarto. El olor del jardín le exasperaba. Corrió las cortinas de indiana para no ver más el parque, para impedirle que penetrara hasta allí. Quizás encontraría la paz de la infancia, lejos de aquellas enramadas, cuya sombra era como un roce en su piel. Después, en sus largas horas de conversación, Albina y él no volvieron a hablar de las rocas, ni de las aguas, ni de los árboles, ni del cielo. El Paradou ya no existía; trataban de olvidarlo. Y a pesar de todo, lo sentían allí, omnipotente, enorme, tras las delgadas cortinas; fragancias de hierba penetraban por las hendiduras de las maderas; prolongadas voces hacían retemblar los vidrios; toda la vida del exterior se reía, cuchicheaba, emboscada bajo las ventanas. Entonces palideciendo, levantaban la voz y buscaban alguna distracción que les permitiese no oír.

—¿No has visto?—dijo Sergio una mañana, en uno de aquellos instantes de turbación;—hay allí, encima de la puerta, una mujer pintada que se te parece.

Y se reía ruidosamente. Y volvieron a examinar las pinturas; arrastraron de nuevo la mesa a lo largo de las paredes, tratando de ocuparse en algo.

—¡Oh! no—murmuró Albina,— es mucho más gruesa que yo. A más, no se puede saber; ¡tan extrañamente está tendida, con la cabeza para abajo!

Se callaron. De la descolorida pintura, corroida por el tiempo, se percibía una escena en que no habían reparado aún. Era como una resurrección de carnes tiernas resaltando del color gris de la pared, una imagen rediviva, cuyos detalles parecían ofrecerse uno a uno, en el calor del estío. La mujer tendida, se revolvía entre los brazos de un fauno con pies de macho cabrío. Distinguíanse con claridad los brazos echados atrás, el torso abandonado, el redondo talle de aquella robusta joven desnuda, sorprendida sobre haces de flores, segadas por Amorcillos, quienes, con la hoz en la mano, agregaban sin cesar al lecho nuevos puñados de rosas. Percibíase asimismo el esfuerzo del fauno, y su pecho jadeante que se abatía. Después en el otro extremo, no se veían más que los pies de la mujer, echados al aire y como volando cual dos sonrosadas palomas.

—No—repitió Albina,—no se me parece... Es fea.

Sergio nada dijo. Miraba a la mujer, miraba a Albina, como queriendo comparar. La joven remangó una de sus mangas hasta el hombro, para demostrar que tenía el brazo más blanco. Y se callaron por segunda vez, volviendo a la pintura y teniendo en los labios preguntas que no se querían hacer. Los grandes ojos azules de Albina se posaron un instante en los ojos grises de Sergio, en los que resplandecía una llama.

—¿Acaso has vuelto a pintar toda la habitación?—exclamó saltando de la mesa.—Diríase que toda aquella gente se despierta.

Echáronse a reír, pero con risa inquieta, con miradas lanzadas a los Amorcillos que pilleaban y a las grandes desnudeces que ostentaban cuerpos casi enteros. Quisieron volerlo a ver todo, por

fanfarronería, admirándose de cada cuadro y llamándose para señalarse miembros de personajes que, con seguridad, no se encontraban allí el mes anterior. Eran flexibles torsos inclinados sobre nerviosos brazos, piernas que se dibujaban hasta las caderas, mujeres que aparecían entre los abrazos de hombres, cuyas manos extendidas no estrechaban ya más que el vacío. Los Amorcillos de yeso de la alcoba parecían también tumbarse con una desvergüenza más libre aún. Y Albina no hablaba ya de muchachos que jugaban y Sergio no aventuraba hipótesis en alta voz. Poníanse serios y se detenían más de la cuenta ante las escenas, deseando que la pintura recobrase de repente todo su esplendor, languidecientes y turbados todavía ante aquellos últimos velos que ocultaban las crueldades de los cuadros. Aquellos aparecidos de la voluptuosidad acababan de enseñarles la ciencia de amar.

Pero Albina se espantó y huyó del lado de Sergio, cuyo aliento, cada vez más cálido, sentía sobre su cuello. Y fué a sentarse a un extremo del canapé, diciendo en voz queda:

—Sea como sea, me causan miedo. Los hombres parecen bandidos, y las mujeres presentan los moribundos ojos de las personas a quienes se mata.

Sergio fué a sentarse a algunos pasos de ella, en un sillón, y púsose a hablar de otra cosa. Ambos se sentían muy fatigados, como si hubiesen hecho larga caminata. Y sentían un malestar, al creer que las pinturas ponían en ellos los ojos. Los racimos de Amorcillos legaban hasta fuera del artesonado, con alboroto de amorosas carnes, una desbandada de pilletes desecados, lanzándoles sus flores y amenazándoles con atarles juntos, con ayuda de guirnaldas azules, con las que estrechamente encadenaban a dos amantes, en un rincón del techo. Las parejas se animaban, desarrollando

la historia de aquella gran mujer desnuda amada por un fauno, que podían reconstruir, desde el acecho del fauno tras una enramada de rosas, hasta el abandono de la joven en medio de las deshojadas flores. Por ventura iban todos a bajar? ¿No eran ellos los que suspiraban y cuyo aliento henchía la habitación con el olor de una antigua voluptuosidad?

—Se ahoga uno aquí ¿no te parece?—dijo Albina.—Por más que he querido ventilar la habitación, ésta siempre huele a viejo.

—La otra noche—contó Sergio,—me sentí despertado por un olor tan fuerte, que te llamé, en la creencia de que acababas de entrar en la habitación. Habríasele tenido por la tibieza de tus cabellos, cuando en ellos te pones tallos de heliotropo... Los primeros días aquello llegaba de lejos como el recuerdo de un olor. Pero ahora no me es posible dormir, el olor toma incremento hasta el punto de sentirme sofocado. La noche sobre todo, la alcoba resulta tan bochornosa, que acabaré por acostarme en el canapé.

Albina se llevó un dedo a los labios murmurando.

—Es la muerta, ya sabes, aquella que vivió aquí.

Y se dirigieron a olfatear la alcoba, como bromeando, aunque muy serios en el fondo. Con seguridad la alcoba no había exhalado jamás un aroma que turbase tanto los sentidos. Las paredes parecían aun estremecidas con el rozamiento de almizclado ropaje. El pavimento había conservado la embalsamada dulzura de un par de chinelas de raso caídas delante del lecho. Y, sobre el mismo lecho, contra la madera del travesero, Sergio pretendía encontrar la huella de una manita, que había dejado allí su persistente perfume de violeta. De todos los muebles se alzaba en aquella hora el fragante fantasma de la muerta.

—Mira, he aquí el sillón en donde ella debía de

sentarse—exclamó Albina.—Se adivinan sus hombros en el respaldo.

Y ella se sentó a su vez y dijo a Sergio que se arrodillase para besarle la mano.

—¿Te acuerdas de aquel día en que te recibí, diciéndote: “Buenos días, mi querido señor...” Mas aquello no era todo, ¿verdad que no? El le besó las manos, cuando hubieron cerrado la puerta... Hélas aquí mis manos, tuyas son.

Entonces intentaron dar de nuevo principio a sus antiguos juegos, para ahuyentar de la memoria el Paradou, cuyas crecientes risas oían, para no volver a ver las pinturas, para no volverse a echar en brazos de las languideces de la alcoba. Albina hacía graciosas muecas, se echaba para atrás y se reía de la cara de bobo que Sergio ponía a sus pies.

—Gran zopenco, cógeme por la cintura, dime cosas amables, ya que te tienes por mi amante... ¿Acaso no sabes quererme?

Pero en cuanto la tenía en sus brazos y la levantaba con toda su fuerza, ella forcejeaba y huía de él, enfadada a más no poder.

—No, déjame, ¡no lo quiero!... Se muere en esta habitación.

Desde aquel día cobraron miedo a la alcoba, de igual manera que se lo tenían al jardín. Su último asilo convertíase en un lugar temible, en donde no podían hallarse juntos, sin vigilarse con furtiva mirada. Albina casi no entraba allí ya; quedábase sobre el umbral, con la puerta de par en par a su espalda, como para proporcionarse una inmediata fuga. Sergio vivía solo, en ansiedad dolorosa, ahogándose más y más, tendiéndose en el canapé y tratando de huir de los suspiros del parque, de los olores de los viejos muebles. Por la noche las desnudeces de las pinturas le producían locos ensueños, de los cuales, al despertar tan sólo conservaba una inquietud nerviosa. Túvose otra vez por enfermo; su salud sentía una postrera ne-

cesidad para restablecerse por completo, la necesidad de una plenitud suprema, de una entera satisfacción que no sabía a dónde ir a buscar. Entonces pasó los días silencioso, con los ojos doloridos, no despertándose con un ligero estremecimiento sino en las horas en que Albina le venía a ver. Permanecían en presencia uno del otro, mirándose con gravedad, pronunciando tan raras como dulcísimas palabras, que les affligían. Los ojos de Albina ofrecíanse aun más lacerados que los de Sergio y parecían implorar.

Después, al cabo de una semana, Albina no permaneció allí más que algunos minutos. Parecía huir de él. Llegaba, muy preocupada, manteniéndose en pie, como teniendo prisa de alejarse. Cuando Sergio la interrogaba, echándole en cara el no ser ya su amiga, volvía la cabeza, para no tener que contestar. Nunca quería enterarle del modo como empleaba las mañanas que pasaba lejos de él. Movía a un lado y a otro la cabeza, como contrariada y hablaba de su pereza. Si la instaba más aún, se retiraba de un salto y le dirigía por la noche un simple adiós a través de la puerta. Bien conocía él, sin embargo, que la desventurada debía de llorar con frecuencia. Observaba en su rostro las fases de una esperanza siempre engañadora, la constante rebeldía de un deseo encarnizado en satisfacerse. Cierta día aparecía con tristeza mortal, con el rostro descorazonado, con el andar lento que parecía titubear al intentar por más tiempo la alegría de vivir. Otros días aparecía con contenidas risas, con el rostro radiante con un pensamiento de triunfo, del que no quería hablar aún, con los pies inquietos, sin poder detenerse en un sitio y teniendo prisa de echar a correr, a una última certidumbre. Y al día siguiente, volvía a sus desolaciones, para ponerse a esperar el otro día. Pero lo que pronto se le hizo imposible ocultar, fué una inmensa fatiga, una laxitud que le destrozaba los miembros. Hasta en los instantes de confianza, se

doblegaba y se deslizaba al sueño, con los ojos abiertos.

Sergio había cesado de hacerle preguntas, comprendiendo que no quería contestar. Ahora, tan luego como entraba, mirábala con ansiedad, temiendo que llegaría una noche en que no tendría ya fuerzas para llegar hasta él. ¿En dónde podría fatigarse por tal modo? ¿Qué lucha de cada hora hacía tan desolada y tan feliz? Una mañana, un ligero andar que oyó bajo sus ventanas, le hizo estremecerse. No podía ser ningún cervatillo que se aventurase así. Demasiado conocía aquel rítmico paso, del que ni las hierbas tenían que sufrir. Albina corría sin él por el Paradou. Del Paradou era de donde le traía desfallecimientos, esperanzas, todo aquel combate, toda aquella falta de vigor de que se sentía morir. Sergio recelaba lo que podría ir a buscar sola, en el fondo de los follajes, sin pronunciar una palabra, con la testarudez muda de mujer que ha jurado encontrar. Desde entonces escuchó sus pasos; no osaba descorrer la cortina, seguirla a lo lejos al través del ramaje; mas experimentaba una singular emoción, casi dolorosa, por saber si iba a la derecha o a la izquierda, si se internaba en el jardín y hasta a dónde llevaba sus correrías. En medio de la bulliciosa vida del parque, de la rumorosa voz de los árboles, del murmullo de las aguas, de la continua canción de los seres vivientes, distinguía el ruido de sus botinas, con tanta claridad, que habría podido decir si andaba sobre las arenas de los ríos o por la desmenuzada tierra del bosque, o sobre las losas de los desnudos peñascos. Hasta llegó a conocer, a su regreso, las alegrías o las tristezas de Albina en el nervioso chocar de sus talones. En cuanto subía la escalera, se retiraba de la ventana y no le confesaba que la había acompañado por todas partes. Pero ella debía de haber adivinado su complicidad, ya que en adelante le refería sus pesquisas, con sólo una mirada.

—Quédate, no salgas más—le dijo un día con manos suplicantes, un día en que la veía perdido casi el aliento desde el día anterior.—Me desesperas.

Y huyó de allí enfurecida. Sergio empezaba a sufrir más y más en presencia de aquel jardín, tan sonoro por los pasos de Albina. El rumor de las botinas era una voz más que le llamaba, una voz dominante, cuya resonancia crecía en su interior. Tapóse los oídos, no queriendo oír más, y el paso a lo lejos, conservaba un eco, en el palpitante de su corazón. Después, a la noche, cuando volvía, todo el parque era quien entraba en pos de ella, con los recuerdos de sus pasos, con el lento despertar de sus caricias, en medio de la cómplice naturaleza. Parecíale más crecida, más grave, como madurada por sus correrías solitarias. Nada quedaba en ella de la niña juguetona por tal manera que a veces, al mirarla, daba diente con diente, al contemplarla tan deseable.

Un día, allá a las doce, Sergio oyó a Albina, volver a escape. Habíase prohibido el escucharla así que hubo partido. Por regla general, no volvía sino muy tarde; y quedó sorprendido al oír los saltos que debía de dar, corriendo en derechura y destrozando las ramas que atajaban las sendas. Abajo, al pie de las ventanas, se reía. Así que se halló en la escalera, jadeaba con tanta fuerza, que le pareció sentir el calor de su aliento sobre su rostro. Y abrió la puerta de par en par, gritando:

—¡Ya lo he encontrado!

Habíase sentado y repetía dulcemente con sofo cada voz:

—¡Lo he encontrado! ¡Lo he encontrado!

Pero Sergio le llevó la mano a los labios, desatinado, balbuciente:

—Te lo suplico, nada me digas. No quiero saber nada. Si llegases a hablar, me matarías.

Entonces Albina se calló, con la mirada ardiente y apretando los labios, para que las palabras no

brotasen a su pesar. Y permaneció en la estancia hasta la noche, buscando la mirada de Sergio, confiándole un tanto de lo que sabía, cuando conseguía dar con ella. Su rostro aparecía como iluminado. Era tan seductor el perfume que de ella se desprendía, ofreciéndose tan exuberante de vida, que la respiraba, que entraba en él tanto por el oído como por la vista. Todos sus sentidos la absorbían. Y se defendía desesperadamente contra aquella lenta posesión de su ser.

Al día siguiente, cuando bajó, se instaló también en la habitación de Sergio.

—¿No sales?—le preguntó, sintiéndose vencido si se quedaba allí.

Albina contestó que no y que no volvería a salir. A medida que se abandonaba, sentíala más fuerte, más triunfante. Pronto podría cogerle por el dedo meñique y llevarle a aquel lecho de hierba, cuya dulzura su silencio refería tan en alta voz. El día aquel no llegó a hablar todavía, se satisfizo con atraerle a sus pies, sentado sobre un almohadón. Tan sólo el día siguiente se aventuró a decir.

—¿Por qué vives aquí encerrado? ¡Se está tan bien bajo los árboles!

Sergio se levantó, tendiendo los brazos, suplicante. Pero ella se reía.

—No, no iremos ya que tú no quieres... Esta estancia es la que exhala un olor particular. Mejor estaríamos en el jardín, más a nuestra entera libertad, más resguardados.

Sergio había vuelto a echarse a sus pies, sin decir una palabra, con los párpados caídos, con estremecimientos que le pasaban por el rostro.

—No iremos—repuso la joven,—no te incomodes. Pero ¿es que no prefieres las hierbas del parque a todas estas pinturas? Tú bien que te acuerdas de cuanto hemos visto juntos... Estas pinturas son las que nos entristecen. Son muy molestas, siempre mirándonos.

Y como Sergio se dejase ir poco a poco del lado

de ella, Albina le pasó un brazo por el cuello, echóle la cabeza sobre sus rodillas y murmuró en voz más queda.

—Así es como se estaría bien en un rinconcito que yo conozco. Nada allí nos inquietaría. El aire libre cura la calentura.

Se calló, conociendo que se estremecía; temía que una palabra demasiado viva le volviese a sus terrores. Lentamente, le iba conquistando con sólo pasear por su rostro la celeste caricia de su mirada. Había alzado los párpados, y reposaba del todo entregado a ella, sin estremecimientos nerviosos.

—¡Ah! ¡Si supieses!—susurró dulcemente a sus oídos.

Cobró ánimos, al ver que Sergio no cesaba de sonreír.

—Es una mentira; no hay tal prohibición—continuó.—¡Tú eres hombre y no debes tener miedo! Si fuésemos allí y algún peligro me amenazase, me defenderías, ¿no es así? Sabrías muy bien llevarme a cuestras. Pero cuando estoy a tu lado, me siento muy tranquila... Mira qué brazos más fuertes tienes. ¿Por ventura, puede temerse algo, cuando se cuenta con brazos tan fuertes como los tuyos?

Y con una mano le acariciaba los cabellos, el cuello, los hombros.

—No, no está prohibido—continuó.—Es historia muy a propósito para los animales. Los que la esparcieron, en tiempos pasados, tuvieron interés en que no se les molestase en el paraje más delicioso del jardín... Vive seguro de que, en cuanto te halles sentado en aquella alfombra de hierba, te sentirás completamente feliz. Y tan sólo entonces lo conoceremos todo, seremos los verdaderos amos... Escucha, vente conmigo.

Se negó con la cabeza, pero sin cólera, como aquel a quien semejante juego divertía. Después, al cabo de un instante de silencio, entristecido por verla enfurruñada y deseando que continuase aca-

riciándole, desplegó por último los labios y preguntó:

—¿En dónde está eso?

No contestó en seguida. Parecía mirar en lontananza.

—Está allá lejos—murmuró.—No te lo puedo indicar. Hay que seguir por la gran avenida, luego se vuelve a la izquierda, y luego a la izquierda también. Hemos debido de pasar veinte veces a su vera... Ya podrías buscar, que no darías con ello, si yo no te llevase cogido de la mano. Yo iría en derechura, aun cuando me sea imposible enseñarte el camino.

—¿Y quién te ha llevado?

—No lo sé... Esta mañana las plantas parecían dispuestas a llevarme del lado aquel. Las ramas largas me azotaban por detrás, las hierbas disponían pendientes, y las sendas se descubrían por sí mismas. Tengo para mí que los animales tomaban parte también, pues he visto un ciervo que galopaba delante de mí, como para invitarme a seguirle, mientras que una bandada de aves me advertía con su fuerte piar, que me inclinaba a tomar un camino equivocado.

—¿Y tan hermoso es?

De nuevo dejó de contestar. Un profundo éxtasis anegaba sus ojos. Y cuando pudo hablar.

—Tan hermoso, como no lo sabría explicar. Sentíame penetrada de tal encanto, que tan sólo pude darme cuenta de una alegría sin nombre, que se desprendía de las enramadas y que dormía sobre las hierbas. Y volví a todo correr, para llevarte conmigo, para no disfrutar sin ti la dicha de sentarme bajo aquella sombra.

Volvió a cogerle el cuello entre los brazos, para suplicarle ardientemente, muy cerquita, con los labios casi junto a sus labios.

—¡Oh, vendrás!—balbuceó.—Piensa en que viviría desolada, si no vinieses... Es un anhelo el que tengo, una lejana necesidad, que ha crecido de

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALEJANDRO DE VES"
Apto. 1625 MOURET, HEKIN

30822

día en día y que ahora me hace padecer. Tú no puedes querer que yo padezca... Y aun cuando debieses morir, aunque esta sombra hubiese de matarnos a los dos ¿llegarías a vacilar? ¿Sentirías la menor pena? Quedaríamos acostados juntos, al pie del árbol; dormiríamos para siempre, el uno junto al otro. Sería de lo más hermoso, ¿no te parece así?

—Sí, sí—tartamudeó Sergio, vencido por la locura de aquella pasión tan vibrante de deseo..

—Pero no moriremos—continuó Albina, alzando la voz y con risa de mujer victoriosa;—viviremos para amarnos... Es un árbol de vida, un árbol bajo el cual seremos más fuertes, más sanos, más perfectos. Verás, todo nos resultará a pedir de boca. Podrás cogermé, así como lo soñabas, tan estrechamente, que ni un pedacito de mi cuerpo quede fuera de ti. Para entonces me imagino algo de celestial que bajará hasta nosotros... ¿Lo quieres?

Sergio palidecía y agitaba los párpados, como si una claridad excesiva le molestase.

—¿Lo quieres? ¿Lo quieres?—repetía, más ardiente, incorporada casi.

Sergio se puso en pie y la siguió, vacilante al principio, y adherido después a su cintura, sin poder separarse de ella. Iba a donde ella iba, arrastrado en el cálido y corriente aire de su cabellera. Y como él fuese un poco detrás, ella medio se volvía; su rostro resplandecía de amor, su boca y sus ojos eran una tentación que le llamaban, con tal imperio, que habríala acompañado por do quiera, como un perro fiel.

XV

Bajaron y anduvieron por en medio del jardín, sin que Sergio dejara de sonreír. No distinguía las enramadas sino en los claros espejos de los ojos de Albina. El jardín, al verles, había demostrado como una prolongada risa, un murmullo de satisfacción volando de hoja en hoja hasta el extremo de las avenidas más profundas. Hacía días que debía de esperarles, cogidos por tal modo de la cintura, reconciliados con los árboles, buscando sobre los lechos de hierba su amor perdido. Un "¡silencio!" solemne corrió bajo las ramas. El cielo de las dos de la tarde ofrecía un amodorramiento de brasero. Había plantas que erguían sus tallos para mirarles pasar.

—¿Las oyes?—preguntaba Albina a media voz.
—Se callan cuando nos acercamos. Mas, allá lejos nos esperan y se confían una a otra el camino que nos deben de indicar... Ya te dije que no habíamos de inquietarnos por los senderos. Los árboles son los que me señalan la ruta, con sus extendidas ramas.

En efecto, el parque entero parecía impelerles con dulzura. A sus espaldas se erizaba una barrera de matorrales como para impedirles volver atrás; mientras que delante de ellos la alfombra de céspedes se desarrollaba, con tanta quietud, que ni si-

día en día y que ahora me hace padecer. Tú no puedes querer que yo padezca... Y aun cuando debieses morir, aunque esta sombra hubiese de matarnos a los dos ¿llegarías a vacilar? ¿Sentirías la menor pena? Quedaríamos acostados juntos, al pie del árbol; dormiríamos para siempre, el uno junto al otro. Sería de lo más hermoso, ¿no te parece así?

—Sí, sí—tartamudeó Sergio, vencido por la locura de aquella pasión tan vibrante de deseo..

—Pero no moriremos—continuó Albina, alzando la voz y con risa de mujer victoriosa;—viviremos para amarnos... Es un árbol de vida, un árbol bajo el cual seremos más fuertes, más sanos, más perfectos. Verás, todo nos resultará a pedir de boca. Podrás cogermé, así como lo soñabas, tan estrechamente, que ni un pedacito de mi cuerpo quede fuera de ti. Para entonces me imagino algo de celestial que bajará hasta nosotros... ¿Lo quieres?

Sergio palidecía y agitaba los párpados, como si una claridad excesiva le molestase.

—¿Lo quieres? ¿Lo quieres?—repetía, más ardiente, incorporada casi.

Sergio se puso en pie y la siguió, vacilante al principio, y adherido después a su cintura, sin poder separarse de ella. Iba a donde ella iba, arrastrado en el cálido y corriente aire de su cabellera. Y como él fuese un poco detrás, ella medio se volvía; su rostro resplandecía de amor, su boca y sus ojos eran una tentación que le llamaban, con tal imperio, que habríala acompañado por do quiera, como un perro fiel.

XV

Bajaron y anduvieron por en medio del jardín, sin que Sergio dejara de sonreír. No distinguía las enramadas sino en los claros espejos de los ojos de Albina. El jardín, al verles, había demostrado como una prolongada risa, un murmullo de satisfacción volando de hoja en hoja hasta el extremo de las avenidas más profundas. Hacía días que debía de esperarles, cogidos por tal modo de la cintura, reconciliados con los árboles, buscando sobre los lechos de hierba su amor perdido. Un "¡silencio!" solemne corrió bajo las ramas. El cielo de las dos de la tarde ofrecía un amodorramiento de brasero. Había plantas que erguían sus tallos para mirarlos pasar.

—¿Las oyes?—preguntaba Albina a media voz.
—Se callan cuando nos acercamos. Mas, allá lejos nos esperan y se confían una a otra el camino que nos deben de indicar... Ya te dije que no habíamos de inquietarnos por los senderos. Los árboles son los que me señalan la ruta, con sus extendidas ramas.

En efecto, el parque entero parecía impelerles con dulzura. A sus espaldas se erizaba una barrera de matorrales como para impedirles volver atrás; mientras que delante de ellos la alfombra de céspedes se desarrollaba, con tanta quietud, que ni si-

quiera miraban ya a sus pies, abandonándose a las suaves cuestas de los terrenos.

—Y las aves nos acompañan—prosiguió Albina. Ahora son abejarrucos. ¿No los ves? Se deslizan a lo largo de los setos y se detienen a cada recodo para cuidar de que no nos extraviemos. ¡Ah! si entendiésemos su canto, sabríamos que nos invitan para que nos apresuremos.

Y acto seguido, agregaba:

—Todos los animales del parque están con nosotros. ¿No los sientes? Hay un gran batir de alas que nos sigue: son los pájaros en los árboles, los insectos en las hierbas, los corzos y los ciervos en los sotos, y hasta los peces, cuyas aletas agitan las silenciosas aguas; no te vuelvas, que se asustarían; pero estoy segura de que tenemos un magnífico acompañamiento.

Entretanto continuaban andando con sosegado paso. Albina hablaba tan sólo para encantar a Sergio con la música de su voz y éste obedecía a la menor presión de la mano de la joven. Uno y otro ignoraban por dónde iban, en la seguridad de que caminaban en derechura a donde querían ir. Y, a medida que avanzaban, el jardín se presentaba más discreto, contenía el suspiro de sus umbrías, el parloteo de sus aguas, la ardiente vida de sus animales. Notábase allí tan sólo un gran silencio estremecido, una espectación religiosa.

Entonces Albina y Sergio alzaron instintivamente la cabeza. Frontero a ellos se hallaba una hojarasca colosal. Y, como titubeasen, un gamo, que les miraba con sus bellos y dulces ojos, se metió de un brinco en el soto.

—Allí es—dijo Albina.

Acercóse la primera, con la cabeza vuelta de nuevo y atrayéndose a Sergio; luego desaparecieron tras del estremecimiento de las hojas removidas y todo quedó tranquilo. Penetraban en una paz deliciosa.

Hallábase, en el centro, un árbol sumergido en

tan espesa sombra, que no se podía distinguir la clase a que pertenecía. Tenía una alzada gigantesca; un tronco que respiraba como un pecho y ramas que extendía a lo lejos, semejantes a miembros protectores. Parecía bueno, robusto, poderoso, fecundo; era el decano del jardín, el padre de la selva, el orgullo de las plantas, el amigo del sol que se levantaba y se ponía diariamente en su copa. De su verde bóveda bajaba toda la alegría de la creación: aromas de flores, cantos de aves, gotas de luz, frescos despertares de aurora, tibiezas adormecidas de crepúsculo. Era tal la fuerza de su savia, que desbordaba de su corteza; bañábase con un vaho de fecundación; hacía de él la virilidad misma de la tierra. Y él solo bastaba para el encanto de aquel claro. Los demás árboles, alzaban en torno suyo el impenetrable muro que le aislaba en el fondo de un tabernáculo de silencio y de semi-claridad; no existía allí más que un verdor, sin un rincón del cielo, sin un reflejo de horizonte; veíase tan sólo una rotonda, revestida por doquier con la tierna seda de las hojas, tapizada en el suelo con el satinado terciopelo de los musgos. Entrábase allí en el cristal de una fuente, en medio de una limpidez verdosa, sábana de plata adormecida bajo un reflejo de cañaverales. Colores, perfumes, sonoridades, escalofríos, todo permanecía indeciso, transparente, sin nombre, desfallecido de una felicidad que llegaba hasta el desvanecimiento de las cosas. Una languidez de alcoba, una claridad de noche de estío, yendo a morir sobre los desnudos hombros de una amante, un baluceo de amor apenas distinto, cayendo bruscamente en un grande y mudo espasmo, arrastrando en la inmovilidad ramas que no agitaba ni un soplo. Soledad nupcial, poblada por completo de seres abrazados, estancia vacía, en la que se sentía en alguna parte, detrás de las cortinas corridas, en un ardiente ayuntamiento, la naturaleza saciada en brazos del sol. A veces los flancos del árbol crugían; envará-

banse sus miembros como los de una parturienta; el sudor de vida que se desprendía de su corteza, llovía más abundante sobre los céspedes de alrededor, exhalando la noticia de un deseo, impregnando el ambiente de abandono, palideciendo el claro con un goce. El árbol entonces palidecía con su sombra, con sus alfombras de hierba, con su cinturón de espeso bosque. No era ya aquello sino una voluptuosidad.

Albina y Sergio permanecían embelesados. Desde el momento en que el árbol les hubo acogido bajo la dulzura de su ramaje, sintiéronse curados de la intolerable ansiedad que habían sufrido. Ya no sentían aquel miedo que les hacía huir el uno del otro, aquellas luchas ardientes, desesperadas, en las cuales se laceraban, sin saber contra qué enemigo resistían tan furiosamente. Por el contrario, una confianza absoluta, una serenidad suprema les henchía; abandonábanse uno a otro, deslizándose blandamente al placer de hallarse juntos, muy lejos, en el fondo de un retiro milagrosamente oculto. Sin sospechar todavía qué era lo que el jardín exigía de ellos, dejábanle libre para que dispusiese de su ternura; esperaban, sin turbación, a que el árbol les hablase; llevábales a una ceguedad tal de amor, que el claro desaparecía, inmenso, soberano, dejando tan sólo un esparcimiento de aromas.

Habíanse detenido, con un ligero suspiro, sobrecogidos por la almizelada frescura.

—La atmósfera tiene el sabor de una fruta—murmuró Albina.

Sergio, a su vez, dijo en voz queda:

—La hierba parece tan viva, que se me figura andar sobre un pedazo de tu vestido.

Bajaban la voz movidos por un sentimiento religioso. No tuvieron siquiera la curiosidad de mirar al aire para ver el árbol. Demasiado sentían su majestad sobre sus hombros. Albina, con una mirada, preguntaba si había exagerado el encanto

que sentía por los verdores; y Sergio contestaba con dos tersas lágrimas que se deslizaban por sus mejillas. Su alegría de hallarse al fin allí era indecible.

—Ven—dijo la joven a su oído, con voz más ligera que un soplo.

Y fué la primera en ir a acostarse al mismo pie del árbol. Tendíale las manos con una sonrisa, mientras que él, en pie, sonreía también, dándole las suyas. Cuando las tuvo, lo atrajo lentamente hacia ella. Sergio cayó a su lado y la estrechó en seguida contra su pecho. Aquel abrazo les produjo un gran bienestar.

—¡Ah! ¿Te acuerdas—le dijo,—de aquella pared que parecía separarnos? Ahora te siento junto a mí, nada hay entre nosotros... ¿ahora no padeces?

—No—contestó la joven.—Se está aquí bien.

Y guardaron silencio sin desprenderse. Una emoción deliciosa, sin sacudidas, suave como una superficie de leche derramada, se apoderaba de ellos. Acto seguido, Sergio deslizó las manos a lo largo del cuerpo de Albina. Y repetía:

—Tu rostro me pertenece, tus ojos, tu boca, tus mejillas... Tus brazos son míos, desde las uñas hasta los hombros.

Besábale los pies, le besaba las rodillas. Bañábala con una lluvia de besos, que caían en anchas gotas, tibias como las gotas de un aguacero de estío, en todas partes, azotándole el cuello, los senos, las caderas, los costados; era una toma de posesión sin arranques, continua, conquistando las más pequeñas venas azules bajo la sonrosada piel.

—Te tomo para qué te me des—repuso.—Quiero darme a ti por entero, para siempre; pues, muy bien ahora lo conozco, tú eres mi dueña, mi soberana, la que yo debo adorar de rodillas. Estoy aquí tan sólo para obedecerte, para permanecer a tus plantas, acechando tu voluntad, protegiéndote con mis brazos extendidos, apartando con mi aliento

las voladoras hojas que pudiesen turbar tu paz... ¡Oh! Permíteme que desaparezca, que me absorba en tu sér, que sea el agua que bebes, el pan que comes. Tú eres el objeto de mi vida. Desde el punto y hora en que me desperté en medio de este jardín, he ido a ti, para ti he crecido. Siempre, como objeto, como recompensa, he visto tu gracia. Pasabas al sol, con tu cabellera de oro; eras una promesa anunciándome que me harías conocer un día la necesidad de esta creación, de esta tierra, de estos árboles, de estas aguas, de este cielo, con cuyo supremo nombre no acierto aún. Te pertenezco, soy tu esclavo y te escucharé puestas mis labios sobre tus pies.

Decía todo aquello, inclinado a tierra, adorando a la mujer. Albina, rebotante de orgullo, dejábase adorar. Tendía los dedos, los senos, los labios, a devotos besos de Sergio. Sentíase reina, al contemplarle tan fuerte y tan humilde ante ella. Le había vencido, tenía a merced suya, podía con sólo una palabra disponer de él. Y lo que la convertía en omnipotente era el oír en torno de ellos al jardín regocijarse con su triunfo, ayudándola con lento y creciente clamor.

Sergio ya no hacía sino balbucear. Sus besos se extraviaban. Y proseguía murmurando:

—¡Ah! yo quería saber... Quería cogerte, guardarte en mi poder, morir quizás, o echarnos a volar, no puedo decir...

Ambos turbados, permanecieron mudos, perdiendo la respiración, con la cabeza dándoles vueltas. Albina tuvo la fuerza de levantar un dedo, como para invitar a Sergio a que escuchase.

Era el jardín el que había querido la falta. Durante semanas, habíase prestado al lento aprendizaje de su ternura. Después, en el postrero día, acababa de conducirles a la alcoba de enramadas. Ahora él era el tentador, todas cuyas voces enseñaban el amor. Del jardín llegaban aromas de flores desfallecidas, un prolongado cuchicheo, que refería

las bodas de las rosas, las voluptuosidades de las violetas; y nunca las sollicitaciones de los heliotropos habían manifestado más sensual ardor. Del vergel eran hálitos de maduros frutos los que llevaba el viento, un olor penetrante de fecundidad, la vainilla de los albaricoques, el almizcle de las naranjas. Las praderas elevaban una voz más profunda, compuesta de los suspiros de millones de hierbas que besaba el sol, inmensa queja de una muchedumbre en celo, que enternecían las frescas caricias de los ríos, las desnudeces de las corrientes aguas, en cuyas márgenes los sauces soñaban sus deseos en alta voz. La selva exhalaba la gigante pasión de las encinas, los cantos de órgano de las altas arboledas, una música solemne, acompañando el himeneo de los fresnos, de los álamos blancos, de los ojaranzos, de los plátanos, al fondo de los santuarios de follaje; mientras que las malezas, los jóvenes tallares, veíanse henchidos de un jugueteo adorable, de una batahola de amantes persiguiéndose, lanzándose al borde de los fosos, robándose el placer, en medio de un gran rozamiento de ramas. Y en aquel acoplamiento del parque entero, los más rudos abrazos oíanse a lo lejos, en los peñascos, allí en donde el calor hacía estallar las piedras henchidas de pasión, en donde las plantas espinosas amaban por modo trágico, sin que los vecinos manantiales fuesen parte para aliviarlas, inflamados también ellos por el astro que bajaba a su lecho.

—¿Qué dicen?—murmuró Sergio, desatinado.
—¿Qué quieren de nosotros al suplicarnos así?

Albina, sin hablar, lo estrechó contra ella. Las voces habían llegado a ser más inteligibles. Los animales del jardín, a su vez, les gritaban que se amasen. Las cigarras cantaban de ternura hasta morir. Las mariposas esparcían besos, al batir de sus alas. Los gorriones demostraban caprichos de

sultanes vivamente paseados en medio de un serrallo. En las claras aguas había millones y millones de peces depositando su desove al sol, llamadas ardientes y melancólicas de ranas, toda una pasión misteriosa, monstruosamente saciada en la amarillenta insipidez de los cañaverales. En el fondo de los bosques, los ruiseñores lanzaban sus cristalinas risas de voluptuosidad, bramaban los ciervos, embriagados de concupiscencia tal, que espiraban de cansancio al lado de las hembras, casi con el vientre abierto. Y sobre las lajas de las rocas a la orilla de los raquíuticos matojos, veíanse culebras, ligadas de dos en dos, silbando con dulzura; mientras que los grandes lagartos empollaban sus huevos, con la espina dorsal vibrante con ligero ronquido de éxtasis. De los rincones más retirados, de las extensiones asoleadas, de los parajes de sombra, ascendía un olor animal, cálido por el celo de todo el universo. Toda aquella vida pululante presentaba un estremecimiento de concepción. En cada hoja concebía un insecto; en cada mata de hierba nacía una familia; moscas, volantes, adheridas unas a otras, no esperaban afianzarse para quedar fecundadas. Las partículas de vida invisibles que pueblan la materia, los átomos también de la materia, amaban, se apareaban, daban al suelo un balanceo voluptuoso, haciendo del parque una gran fornicación.

Entonces Albina y Sergio comprendieron. El no dijo nada y la atrajo a sus brazos cada vez más estrechamente. La fatalidad de la generación les rodeaba; cedieron a las exigencias del jardín. El árbol fué el que confió al oído de Albina lo que las madres murmuran a las desposadas la noche de sus bodas.

Entregóse Albina y Sergio la poseyó.

Y el jardín entero se confundió con la pareja en un postrimer grito de pasión. Los troncos se plegaron como a impulsos de formidable viento; las hierbas dejaron escapar gemidos de embriaguez;

las flores, desmayadas, con los labios abiertos, exhalaron su alma, y hasta el cielo, abrasado en una puesta de astro, tuvo nubes inmóviles, nubes desmayadas, de las que se desprendía un hechizo sobrehumano. Y era todo una victoria para los animales, para las plantas, para las cosas, que habían querido la entrada de aquellos dos niños en la eternidad de la vida. El parque aplaudía por modo formidable.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

En la posesión de Albina, acababa Sergio de encontrar por fin su sexo de hombre, la energía de sus músculos, el valor de su corazón, la última salud que hasta entonces había faltado a su larga adolescencia. Ahora sentíase completo. Tenía sentidos más claros y una inteligencia de mayor amplitud. Era como si, de improviso, se hubiese despertado león, con la realeza de la llanura, con la vista del cielo libre. Cuando se levantó, sus pies se asentaron fijamente en el suelo, desarrollóse el cuerpo, orgulloso de sus miembros. Tomó las manos de Albina, a quien, a su vez, puso en pie. Vacilaba un poco y tuvo que sostenerla.

—No temas—dijo.—Tú eres aquella a quien yo amo.

Ahora ella era la sirvienta. Inclínaba la cabeza sobre su hombro, mirándole con ademán de agradecimiento llena de inquietud. ¿No le guardaría rencor por haberle llevado allí? ¿No le echaría un día en cara aquella hora de adoración, en la que se había llamado esclavo suyo?

—¿No estás enfadado?—le preguntó con humildad?

Sergio se sonrió, anudándole los cabellos y acariciándola con los dedos, como a un niño.

La joven prosiguió:

—¡Oh! ya verás, me volveré muy pequeñita. Ni siquiera sabrás que me encuentro a tu lado. Pero tú me dejarás de esta manera en tus brazos, ¿verdad? pues necesito que me enseñes a andar... Paréceme que ahora ya no sé andar.

Después se puso muy seria.

—Es preciso que me quieras siempre; seré obediente, trabajaré para complacerte, te lo abandonaré todo, hasta mis más secretas voluntades.

Sergio sintió como un acrecentamiento de poder, al verla tan risueña y tan cariñosa. La preguntó:

—¿Por qué tiembles? ¿Qué es lo que te puedo reprochar?

XVI

Cuando Albina y Sergio se despertaron del estupor de su felicidad, se sonrieron. Volvían de un país de luz. Bajaban de muy alto. Entonces se estrecharon las manos, para darse las gracias. Reconociéronse y se dijeron:

—Te amo, Albina.

—Sergio, te amo.

Y nunca la frase "te amo" había tenido para ellos un sentido tan soberano. Lo significaba todo, todo lo explicaba. Durante un tiempo que no les fué dado medir, permanecieron allí, en delicioso descanso, estrechándose siempre. Experimentaban una perfección absoluta de su sér. El júbilo de la creación les embarazaba, igualábales a las potencias madres del mundo, hacía de ellos las fuerzas mismas de la tierra. Y todavía había en ellos, en su felicidad, la certidumbre de una ley cumplida, la serenidad del objeto, encontrado lógicamente, paso a paso.

Sergio decía, volviendo a estrecharla en sus fuertes brazos:

—Ya ves, estoy curado, me has dado toda tu salud.

Albina contestaba, abandonándose:

—Tómame toda entera, toma mi vida.

Una plenitud de vida subíales hasta los labios.

Albina no contestó y miró casi con tristeza al árbol, los verdes, las hierbas que habían hallado.

—¡Ah, niña grande!—repuso Sergio con una sonrisa.—¿Temes acaso que te guardé rencor por el dón que me has concedido? ¡Bah! eso no puede ser una falta. Nos hemos amado como debíamos amarnos... Querría besar las huellas que tus pasos han dejado, cuando me has traído aquí, así como beso tus labios que me han tentado, lo mismo que beso tu seno que acaba de dar cima a la cura comenzada ¿no te acuerdas? con tus frescas manitas.

Albina movió la cabeza. Y apartando los ojos para evitar el ver más el árbol:

—Llévame de aquí—le dijo en voz baja.

Sergio se la llevó a paso lento. Por su parte, dirigió por última vez al árbol una larga mirada, como para darle gracias. La sombra se hacía cada vez más oscura en aquel claro; un estremecimiento de mujer sorprendida al acostarse, se desprendía de la verde enramada. Cuando al salir de los follajes, volvieron a ver el sol, cuyo resplandor llenaba todavía un lado del horizonte, se tranquilizaron, Sergio sobre todo, que encontraba en cada ser, en cada planta, un sentido nuevo. En torno suyo todo se inclinaba, todo llevaba un homenaje a su amor. El jardín era ya tan sólo una dependencia de la hermosura de Albina, y parecía haber tomado mayores proporciones, haberse embellecido más aún en el beso de sus señores.

Pero la alegría de Albina permanecía llena de inquietud. Interrumpía sus risas para prestar atento oído, en bruscos estremecimientos.

—¿Qué tienes?—le preguntó Sergio.

—Nada—le respondía con furtivas miradas a su espalda.

No sabían en qué perdido rincón del parque se encontraban. Con frecuencia les divertía el ignorar a dónde su capricho les impulsaba; mas en esta ocasión sentíanse acometidos de una turbación, de un embarazo singular. Poco a poco fueron acele-

rando el paso y se hundieron cada vez más en un laberinto de matorrales.

—¿No has oído?—dijo medrosamente Albina, quien se paró falta de aliento.

Y como él escuchase, pastó a su vez de la ansiedad que ella no podía ya ocultar:

—Las arboledas están cuajadas de voces—continuó.—Tomaríaselas por gentes que se burlan. Oye, ¿no es una carcajada lo que viene de aquel árbol? Y allá abajo, ¿no se desprendió de aquellas hierbas un murmurio, cuando las rocé con mi vestido?

—No, no—respondió él, queriendo tranquilizarla;—el jardín nos ama. Si hablara, no sería para asustarte. ¿No tienes presentes todas aquellas cariñosas palabras susurradas en las hojas?... Eres nerviosa y tienes fantasías...

Pero ella movió la cabeza, murmurando:

—Ya sé que el jardín es amigo nuestro... Entonces, es que alguien ha entrado. Te aseguro que oigo a alguien. Tiemblo demasiado. ¡Ah! te lo ruego, llévame de aquí, ocúltame.

Volvieron a ponerse en marcha, vigilando las arboledas, creyendo ver aparecer rostros detrás de cada tronco. Albina juraba que se oían pasos a lo lejos, que venían en su busca.

—¡Ocúltémonos, ocúltémonos!—repetía en tono suplicante.

Y poníase encendida como la grana. Era un pudor naciente, una vergüenza que le acometía como un mal, que manchaba el candor de su tez, a donde hasta entonces ni la menor alteración de la sangre había subido. Sergio tuvo miedo al verla tan encarnada, confusas las mejillas y aun los ojos arrasados de lágrimas. Quería amonestarla, tranquilizarla con una caricia; pero ella se apartó y le indicó, con desesperado gesto que ya no estaban solos. Miraba, enrojecía cada vez más, con su ropa desprendida, mostrando su desnudez, sus brazos, su cuello, su seno. Sobre sus hombros los desordenados mechones de sus cabellos, producían un es-

tremecimiento. Trató de recogerse el moño, y luego tuvo miedo de descubrir su nuca. Ahora el roce de una rama, el ligero choque con el ala de un insecto, el menor hálito de la brisa, hacíanla estremecer, como con el deshonesto contacto de una mano invisible.

—Tranquilízate—rogábale Sergio.—No hay nadie. Estás hecha una amapola de fiebre. Descansaremos un instante, te lo suplico.

Albina no tenía fiebre; quería volver a casa sin pérdida de momento, para que nadie pudiese reírse al mirarla. Y apresurando el paso cada vez más, cogía hojas, a lo largo de los setos, con las que cubría su desnudez. Sujetóse a los cabellos una rama de moral; arrollóse a los brazos guirnalda de campanillas, y se las ató en las muñecas; púsose en el cuello un collar, compuesto de ramos de sahuquillo tan largos, que le cubrían el pecho con un velo de hojas.

—Que ¿vas al baile?—le preguntó Sergio, tratando de hacerle reír.

Pero ella le arrojó las hojas que continuaba cogiendo, y le dijo en voz queda, como alarmada:

—¿No ves que estamos desnudos?

Tuvo vergüenza a su vez y ciñó las hojas alrededor de su estropeado traje.

Entre tanto no les era posible salir de las malezas. De repente, al extremo de una senda, se encontraron de manos a boca con un obstáculo, consistente en una masa gris, alta, severa. Era la cerca del Paradou.

—¡Ven, ven!—gritó Albina.

Quería arrastrarle; mas aún no habían dado veinte pasos cuando se tropezaron con la pared. Entonces siguieron a su orilla corriendo, sobrecogidos de pánico. Presentábase sombría, sin una hendidura al exterior. Después, al borde de un prado, pareció súbitamente desmoronarse. Una brecha abría, con vista al vecino valle, una ventana de luz. Aquel debía de ser el agujero de que Albina

había hablado un día, el agujero aquel que decía haber tapado con zarzas y piedras; las zarzas se arrastraban por esparcidos trozos como cuerdas cortadas, las piedras habían sido lanzadas a lo lejos, y la brecha parecía haber sido agrandada por una mano furiosa.

El la apartaba lentamente. Luego, mientras le abrazaba las rodillas, pasábase las manos por el rostro, como para ahuyentar de sus ojos y de su frente un resto de sueño. Aquel era, pues, el mundo desconocido, el extraño país en el cual no había pensado sin un sordo pavor. ¿En dónde había visto aquella tierra? ¿De qué ensueño se despertaba, para que sintiese subir de su interior tan torcedora angustia que poco a poco iba tomando cuerpo en su pecho, hasta sofocarlo? El pueblo se animaba con la vuelta de los campos. Los hombres regresaban con la chaqueta echada a la espalda, con andar de animales fatigados; las mujeres, en el dintel de las casas, aparecían con ademanes de llamamiento; mientras que los muchachos, por bandadas, perseguían las gallinas a pedradas. En el cementerio, dos galopines, un muchacho y una chucuela, se deslizaban a gatas, a lo largo de la baja tapia, para no ser vistos. Bandadas de gorriones se retiraban bajo las tejas de la iglesia. Una falda de cotonia azul acababa de aparecer en la escalinata del presbiterio, tan amplia, que tapaba la puerta.

—¡Ah, qué desgracia! — balbuceaba Albina. — ¡Está mirando, está mirando!... Escúchame. Hace un instante jurabas obedecerme. Te lo suplico, vuélvete, mira al jardín... ¿No has sido dichoso en el jardín? El es quien me ha dado a ti. ¡Y qué de días felices nos reserva, qué bienandanza sin límites, ahora que nos es conocida toda la dicha de la sombra!... Al paso de que la muerte entrará por ese agujero, si no te pones en salvo, si no me llevas contigo. Mira, son los demás, es todo ese mundo el que va a meterse entre nosotros. Estábamos tan solos, tan perdidos, tan guardados por los árboles... El jardín es nuestro amor. Mira el jardín, te lo ruego de rodillas.

Pero Sergio se hallaba agitado por un gran estremecimiento. Hacía memoria: el pasado resucitaba. A lo lejos, oía con claridad vivir el pueblo. Aquellos labriegos, aquellas mujeres, aquellos niños eran

—¡Ah! ¡Ya lo presentía!—dijo Albina con un grito de suprema desesperación.—Ruégote que me lleves, Sergio. Por favor, ¡no mires!

Sergio, a pesar suyo, miraba enclavado en el umbral de la brecha. Abajo, en el fondo de la llanura, el sol poniente iluminaba con una sábana de oro el pueblo de los Artaud, semejante a una visión surgiendo del crepúsculo, cuyos campos contiguos veíanse ya bañados. Distinguíanse con claridad las casuchas levantadas sin orden ni concierto a lo largo del camino, los corralillos llenos de estiércol, los estrechos jardines plantados de legumbres. Más arriba el gran ciprés del cementerio alzaba su silueta sombría. Y las rojas tejas de la iglesia parecían un brasero sobre el cual la campana del todo negra, ofrecía como un rostro de dibujo esbozado; mientras que el viejo presbiterio, a su lado, abría sus puertas y ventanas al aire de la tarde.

—Por compasión—repetía Albina sollozando,—no mires, Sergio... Ten presente que me has prometido amarme toda la vida. ¡Ah! ¿Y ahora me amarás siempre? Mira, déjame cerrarte los ojos con mis manos. Ya sabes que mis manos son las que te han curado... No puedes rechazarme..

el alcalde Bambousse, volviendo de su campo de las Olivettes, haciendo cálculos sobre la próxima vendimia; eran los Brichet, el hombre arrastrando los pies, la mujer gimoteando de miseria; era la Rosalía, tras de una pared, haciéndose besar por el gran Fortunato. Conocía también a los dos galopines, en el cementerio, aquel picarón de Vicente y aquella sinvergonzona de Catalina, en actitud de atisbar los grandes saltamontes, en medio de las tumbas; hasta tenían en su compañía a Voriau, el perro negro, que les ayudaba, olfateando entre las hierbas secas, soplando en cada juntura de las viejas losas. Bajo las tejas de la iglesia, los gorriones volvían a bajar, tan bien, que al seguirlos con la vista, acordábase de su gran alboroto, debajo del púlpito, sobre la escalinata del estrado, en donde nunca faltaba pan para ellos. Y, en el umbral del presbiterio, la Teuse, con vestido de colonia azul, parecía haberse puesto aún más gruesa; volvía la cabeza, sonriendo a Deseada, que volvía del corral, con sus grandes carcajadas, en compañía de todo un rebaño. Después desaparecieron ambas. Entonces Sergio, desatinado, extendió los brazos.

—¡Es demasiado tarde!—murmuró Albina, cayendo en medio de los restos de las zarzas cortadas.—Nunca me amarás lo bastante.

Púsose a sollozar. Sergio, con el mayor interés, escuchaba, procurando recoger los menores murmullos lejanos, en la espera de que una voz le despertase por completo. La campana había tenido un ligero movimiento. Y, con tanta lentitud, en el adormecido aire de la noche, llegaron hasta el Paradou las tres campanadas del *Ave María*. Eran sonidos argentinos llamamientos dulcísimos, regulares. La campana, a la sazón, parecía vivir.

—¡Dios mío!—exclamó Sergio cayendo de rodillas y como derribado por los tenues soplos de la campana.

Prosternábase y sentía las tres campanadas del

Angelus pasarle por la cerviz y repercutirle hasta en el corazón. La campana revestía tonos más altos. Volvía, implacable, durante unos minutos que le parecieron durar años. Evocaba toda su pasada vida, su piadosa infancia, sus goces del seminario, sus primeras misas en el ardoroso valle de los Artaud, en donde soñaba la soledad de los santos. Siempre le había hablado por igual manera. Encontraba hasta las menores inflexiones de aquella voz de la iglesia, que incesantemente se había elevado a sus oídos, semejante a la voz de madre grave y dulce. ¿Por que no la había escuchado? En otro tiempo prometíale la llegada de María. ¿Era María la que le había llevado al fondo de las dichas frondas, a donde la voz de la campana no llegaba? Nunca habría olvidado, si la campana no hubiese cesado de tocar. Y, como se encorvase más aún, la caricia de la barba sobre sus enlazadas manos, le causó miedo. No conocía en él aquel pelo largo, aquel pelo sedoso que le daba belleza de irracional. Retorcióse la barba y llevó ambas manos a sus cabellos, buscando la desnudez de la tonsura; mas los cabellos le habían crecido poderosamente, la tonsura quedaba anegada bajo una oleada viril de grandes bucles echados atrás desde la frente hasta el cuello. Todo su rostro, antes rasurado, presentaba como un erizamiento salvaje.

—¡Ah! tenías razón,—dijo lanzando una mirada de desesperación a Albina;—hemos pecado y somos merecedores de un castigo terrible... Yo te tranquilizaba, no oía las amenazas que llegaban hasta ti a través de las ramas.

Albina intentó volverle a coger en sus brazos, murmurando:

—Levántate, huyamos juntos... Tal vez tiempo es todavía de amarnos.

—No, carezco ya de fuerzas, el menor grano de arena me haría caer... Escucha. Yo me espanto a mí mismo. No sé qué clase de hombre hay dentro de mí. Me he matado y tengo las manos llenas con

mi sangre. Si me llevases contigo, no tendrías ya de mis ojos sino lágrimas.

Albina le besó los ojos, que lloraban y continuó con arrebató:

—¡No importa! ¿Me amas?

Sergio, aterrizado, no pudo responder. Un andar pesado, tras de la pared, hacía rodar los gujarros. Era como la lenta aproximación de un gruñido de cólera. Albina no se había equivocado, alguien se hallaba allí, turbando la paz de las arboledas con celoso aliento. Entonces ambos quisieron ocultarse tras unos brezales, sobrecogidos del más punzante bochorno. Pero ya en pie sobre el umbral de la brecha, el Hermano Archangias les veía.

El Hermano permaneció un instante, con los puños apretados, sin hablar. Miraba a la pareja, a Albina refugiada en el hombro de Sergio, con el asco del hombre que encuentra una inmundicia al borde de una zanja.

—Ya lo sospechaba—masculló entre dientes.—Habían debido esconderle aquí.

Dió algunos pasos y exclamó:

—Os veo, sé que estáis desnudos... ¡Qué abominación! ¿Es usted por ventura, un bruto para corretear por los bosques con esa hembra? Le ha llevado a usted lejos, le ha arrastrado a la podredumbre y he aquí que anda usted cubierto de cerdas como un macho cabrío... Desgaje usted una rama para deslómala.

Albina, con ardiente acento, decía en voz muy queda.

—¿Me amas, me amas?

Sergio, con la cabeza baja, se callaba, sin rechazarla aún.

—Felizmente le he encontrado a usted—prosiguió el Hermano Archangias.—Había descubierto este agujero... Ha desobecido usted a Dios, ha matado usted la paz de su espíritu. Siempre la tentación le morderá a usted con sus dientes de fuego,

y para en adelante ya no contará usted con su ignorancia para combatirla... Esta miserable es la que le ha tentado a usted, ¿verdad? ¿No ve usted la cola de la serpiente enroscarse en las trenzas de sus cabellos? Hombros tiene cuya sola vista produce náuseas... Déjela usted, no la toque, pues ella es el comenzar del infierno... En nombre de Dios, salga usted de este jardín.

—¿Me amas? ¿Me amas?—repetía Albina.

Pero Sergio se había apartado de ella, como abrazado en realidad por sus desnudos brazos, por sus desnudos hombros.

—¡En nombre de Dios! ¡En nombre de Dios!—gritaba el Hermano con voz de trueno.

Sergio, sin poderse vencer, se encaminaba hacia la brecha. Cuando el Hermano Archangias, con ademán brutal, le hubo arrastrado fuera del Paradou, Albina, caída al suelo, con las manos tendidas como una loca hacia su amor que se alejaba, levantóse con la garganta destrozada por los sollozos. Escapóse y desapareció a todo correr por entre los árboles, cuyos troncos azotaba con sus desordenados cabellos.

LIBRO SEGUNDO

I

Después del *Pater*, el padre Mouret, habiéndose inclinado ante el altar, se dirigió del lado de la Epístola. Después bajó y fué a hacer la señal de la cruz sobre el gran Fortunato y sobre Rosalía, arrodillados el uno al lado del otro, al borde del estrado.

—*Ego conjungo vos in matrimonium, in nomine, Patris, et Filii, et Spiritus sancti.*

—*Amen*—contestó Vicente, que ayudaba la misa, contemplando el semblante de su hermano mayor, curiosamente y con el rabillo del ojo.

Fortunato y Rosalía bajaban la barba, un tanto emocionados, aunque se hubiesen empujado con el codo al arrodillarse, para hacerse reír. En esto Vicente había ido por la caldereta y el hisopo. Fortunato metió el anillo en la caldereta, una formidable tumbaga de plata del todo lisa. Cuando el sacerdote la hubo bendecido, con sus aspersiones en forma de cruz, devolviola a Fortunato, quien la pasó al anular de Rosalía, cuya mano permanecía verdosa con las manchas de hierba que el jabón no había podido borrar.

—*In nomine Patris, et Filii, et Spiritus sancti*

—murmuró nuevamente el padre Mouret, dándoles una postrera bendición.

—*Amen*—respondió Vicente.

Era muy de mañana, y el sol no entraba todavía por las anchas ventanas de la iglesia. Fuera, en las ramas del serbal, cuya hojarasca parecía haber hundido los vidrios, veíase el bullicioso despertar de los gorriones. La Teuse, que no había tenido tiempo para hacer la limpieza de la casa de Dios, sacudía los altares, se empinaba sobre su pierna sana para limpiar los pies del Cristo pintarrajeado de ocre y de laca, alineaba las sillas lo más apañadamente posible, inclinándose, santiguándose, dándose golpes de pecho, siguiendo la misa, todo sin perder ni una sola sacudida con el plumerero. Sola, al pie del púlpito, a unos pasos de los esposos, la tía Bricchet asistía al casamiento; rezaba por modo exagerado; permanecía de rodillas, con tan fuerte balbuceo, que la nave parecía llena de enjambres de moscas. Y en el otro extremo, al lado del confesonario, Catalina tenía en sus brazos un niño en mantillas; habiéndose puesto el niño a llorar, tuvo que volverse de espaldas al altar, haciéndole brincar, distrayéndole con la cuerda de la campana que le llegaba justamente a la nariz.

—*Dominus vobiscum*—dijo el sacerdote, volviéndose, con las manos extendidas.

—*Et cum spiritu suo*—contestó Vicente.

En aquel instante entraron tres muchachonas. Empujábanse, para ver, sin atreverse no obstante a adelantarse demasiado. Eran las amigas de la Rosalía, quienes, al ir a los campos, acababan de escaparse, curiosas por oír lo que el señor cura diría a los desposados. Llevaban grandes tijeras pendientes de la cintura. Concluyeron por esconderse detrás del baptisterio, pellizcándose, retorciéndose con descoyuntamientos de grandes tunantas, y sofocando risas con los puños cerrados.

—Pues bien—dijo a media voz la Roja, soberbia muchacha que tenía los cabellos y la tez color de cobre.—No se pegarán a la salida.

—¡Mira! el tío Bambousse tiene razón—dijo Lisa, pequeñita, muy morena, con ojos que echaban chispas;—cuando se tienen viñas, se cuida de ellas... Ya que el señor cura ha querido de todos modos casar a Rosalía, bien puede casarla él solo.

La otra, Babet, jorobada y huesuda, lo echaba a broma.

—Nunca falta la tía Brichet—dijo—Esta es devota por toda la familia... ¡Eh! ¿No oyen ustedes cómo ronca? Esto va a ganarle el jornal. Ya sabe lo que se hace.

—Está tocando el órgano—repuso la Roja.

Y rompieron a carcajadas las tres. La Teuse, desde lejos, las amenazó con el plumero. En el altar, el padre Mouret comulgaba. Cuando se dirigió del lado de la Epístola para que Vicente le vertiera, sobre el pulgar y el índice, el vino y el agua de la ablución, Lisa dijo en voz, más queda:

—Pronto quedará terminado. En seguida les hablará.

—De este modo—hizo notar la Roja,—el gran Fortunato podrá ir todavía a su campo, y la Rosalía no habrá perdido su jornal de vendimia. Resulta muy cómodo el casarse por la mañana temprano... ¡Qué cara de estúpido tiene el gran Fortunato!

—¡Pardiez!—murmuró Babet,—ese muchacho debe de aburrirse, manteniéndose tanto rato hincado de rodillas. A buen seguro que no le había sucedido semejante cosa desde su primera comunión.

Mas de repente se vieron distraídas por el rorrio a quien Catalina trataba de alegrar. Quería la cuerda de la campana, y tendía las manos, verde de cólera, atrahogándose de puro gritar.

—¡Eh! Allí tienen el crío—dijo la Roja.

El rapaz lloraba con más fuerza aún y forcejeaba como un energúmeno.

—Ponle boca abajo y dále de mamar—apuntó Babet a Catalina.

Esta, con una sinvergüenza de picarona de diez años, alzó la cabeza y se echó a reír.

—La cosa no me divierte mucho que digamos—dijo sacudiendo al infante.—¿Quieres callarte, marranejo? Mi hermana me lo ha plantado sobre las rodillas.

—Lo creo muy bien—replicó malignamente Babet.—Estoy en que no podía dejárselo al señor cura para que se lo guardase.

Esta vez la Roja por poco no cae de espaldas al soltar la carcajada. Dejóse caer contra la pared, con los puños en las caderas y riendo para reventar. Lisa se había echado sobre ella, regocijándose mejor con tirarle grandes pellizcos en los hombros y en los riñones. Babet soltaba una risa de corcovada, que pasaba por sus apretados labios con chirrido de sierra.

—A no ser por el crío—continuó,—el señor cura perdía su agua bendita... El tío Bambousse estaba decidido a casar a Rosalía con el hijo de Laurent, del barrio de las Higueras.

—Sí—dijo la Roja entre dos risas.—¿Sabéis lo qué hacía el tío Bambousse...? Pues tiraba terrones de tierra a la espalda de Rosalía para evitar que la criatura viniese al mundo.

—Sea como sea, está robusto que es una bendición. Los mogotes le han aprovechado.

Al oír esto, las tres se mordían, en un acceso de risa loca, cuando la Teuse se acercó cojeando furiosamente. Había ido a coger la escoba detrás del altar. Las tres grandullonas cobraron miedo, retrocedieron y se mantuvieron formales.

—¡Picaronazas!—refunfuñó la Teuse.—¡Y volveis aquí para soltar vuestras indecencias!.. Tú, la Roja, tú no tienes pizca de vergüenza! Tu sitio estaría allí, de rodillas delante del altar, como la Rosalía... Si llegáis a moveros, os echo afuera ¿lo entendéis?

Las cobrizas mejillas de la Roja se colorearon ligeramente, mientras que Babet le miraba el talle maliciosamente.

—Y tú—prosignió la Teuse volviéndose hacia Catalina.—¿quieres dejar tranquilo a ese muñeco? Le pellizas para hacerle gritar. ¡No digas que no! Dámelo.

Tomólo, lo meció un instante y lo puso en una silla, en donde se durmió con paz de querubín. La iglesia volvió a su sosiego triste, interrumpido tan sólo por la algazara de los gorriones, en el serbal. En el altar, Vicente había vuelto a llevar el misal a la derecha, y el padre Mouret acababa de liar el corporal y guardarlo en la bolsa. Ahora rezaba las últimas oraciones, con severo recogimiento, que no habían podido turbar ni el llanto del muchacho ni las risas de las grandullonas. Parecía no oír nada, atento tan sólo a las plegarias que dirigía al cielo por la felicidad de la pareja cuya unión había bendecido. Aquella mañana el cielo se mantenía gris, con un polvillo caluroso que cubría el sol. Por los vidrios rotos, apenas entraba como un rojizo vaho, que anunciaba un día de tempestad. A lo largo de las paredes, los grabados torpemente iluminados del camino de la cruz, ostentaban la sombría rudeza de sus manchas amarillas, azules y coloradas. En el fondo de la nave, las secas maderas de la tribuna, erugían; mientras que las hierbas de la escalinata, que habían crecido en gran manera, dejaban pasar bajo la gran puerta largas pajas ya agostadas, pobladas de diminutas langostas oscuras. El reloj, en su caja de madera, tuvo un arranque de mecánica tísica, como para aclararse la voz, y dió sordamente el golpe de las seis y media.

—*Ite, missa est*—dijo el sacerdote, volviéndose hacia la iglesia.

—*Deo gratias*—respondió Vicente.

Luego, después de haber besado el altar, el padre Mouret se volvió de nuevo, murmurando sobre el cuello inclinado de los esposos, la plegaria final:

—*Deus Abraham, Deus Isaac, et Deus Jacob vobiscum sit.*

Su voz se perdía en monótona dulzura.

—Oid, ahora va a hablarles—apuntó Babet a sus dos amigos.

—Está muy pálido—hizo notar Lisa.—No se asemeja al señor Caffin, cuya gruesa cara parecía reír siempre... Mi hermanita Rosa me ha contado que no se atreve a decirle nada, cuando confiesa.

—No importa—murmuró la Roja,—no es por cierto un hombre feo. La enfermedad le ha envejecido un poco, pero le sienta muy bien. Tiene los ojos más grandes, con dos arruguitas en los extremos de la boca que le dán el aspecto de hombre. Antes de su calentura, era demasiado niño.

—Mas yo tengo para mí que oculta alguna pena—repuso Babet.—Diríase que se está minando. Su rostro parece muerto, pero sus ojos brillan. Vosotras no le véis, cuando baja lentamente los párpados, como para apagar la luz de sus ojos.

La Teuse agitó la escoba.

—¡Chist!—silbó con tanta energía, que no parecía sino que un huracán se había colado en la iglesia.

El padre Mouret se había recogido. Empezó a decir en voz casi baja:

—Mi querido hermano, mi hermana querida, quedáis unidos en Jesús. La institución del matrimonio es el símbolo de la unión sagrada de Jesús y de su Iglesia. Es un lazo que nada puede desatar, que Dios quiere que sea eterno, para que el hombre no separe jamás lo que el cielo ha unido. Al hacer los huesos de vuestros huesos, Dios os ha enseñado que tenéis el deber de andar el uno al lado del otro, como pareja fiel, conforme a las vías preparadas por su omnipotencia. Y debéis amaros en el mismo amor de Dios. La menor acritud entre vosotros, sería una desobediencia al Creador, que os ha sacado de un solo cuerpo. Permaneced unidos para siempre, a semejanza de la Iglesia que Jesús

ha desposado, dándonos a todos su carne y su sangre.

El gran Fortunato y la Rosalía, con la nariz con curiosidad al aire, prestaban atención:

—¿Qué dice?—preguntó Lisa, que no oía muy bien.

—¡Pardiez! dice lo que se dice siempre—contestó la Roja.—Tiene la lengua muy bien puesta, como todos los curas.

Entretanto, el padre Mouret continuaba hablando, con la mirada vaga, contemplando, por encima de la cabeza de los esposos, un perdido rincón de la iglesia. Y poco a poco, su voz se dulcificaba y llevaba un enternecimiento a aquellas palabras, que en otros tiempos había aprendido, con ayuda de un manual destinado a los jóvenes sacerdotes. Habíase vuelto ligeramente del lado de la Rosalía, y decía, agregando frases conmovedoras, cuando la memoria le faltaba:

—Hermana querida, sea usted siempre sumisa a su marido, como la Iglesia está sometida a Jesús. Tenga usted presente que todo lo debe dejar para seguirle, como sirviente fiel. Abandonará usted a su padre y a su madre, se ligará usted a su esposo, le obedecerá, a fin de obedecer a Dios mismo. Y su yugo, será un yugo de amor y de paz. Sea usted su descanso, su felicidad, el perfume de sus buenas obras, la salud de sus horas de desfallecimiento. Que le encuentre a usted siempre a su lado, como una gracia. Que no haga más que extender una mano para encontrar la de usted. Por tal modo caminarán ustedes ambos, sin extraviarse jamás, y encontrarán la dicha en el cumplimiento de las leyes divinas. ¡Oh, querida hermana mía, mi hija querida, su humildad llena está de frutos suaves; nacer hará en usted las virtudes domésticas, las alegrías del hogar, las prosperidades de las familias piadosas! Tenga usted para su esposo las ternuras de Raquel, la sabiduría de Rebeca, la constante fidelidad de Sara. Persuádase usted de que

una vida pura lleva a todos los bienes. Pida usted a Dios cada mañana fuerzas para vivir como mujer que respeta sus deberes; pues el castigo sería terrible, perdería usted su amor. ¡Oh! vivir sin amor, arrancar la carne de su carne, no pertenecer ya a aquel que es la mitad de nuestra vida, agonizar lejos de lo que se ha amado! Tenderíais vuestras alegrías, y sólo encontraríais el bochorno en el fondo de vuestro corazón. Compréndame usted, hija mía, en usted, en la sumisión, en la pureza, en el amor, es en donde el Señor ha puesto la fuerza de vuestro amor.

En aquel momento, oyóse reír al otro extremo de la iglesia. El chiquitín acababa de despertarse en la silla en donde lo había tendido la Teuse. Mas no era malévolo, ¡refase solito, habiendo descompuesto sus mantillas y dejado pasar sus sonrosados piecillos, que agitaba en el aire. Y sus piecillos eran precisamente los que le hacían reír.

Rosalía, a quien la alocución del sacerdote aburría, volvió vivamente la cabeza y sonrió al muchacho. Mas cuando le vió perneando sobre la silla, tuvo miedo y lanzó una mirada terrible a Catalina.

—Ya puedes mirarme — rezongó ésta. — No lo vuelvo a tomar. ¡Para que chille más aún!

Y se fué, bajo la tribuna, a atisbar un hormiguero en la destrozada juntura de una baldosa.

—El señor Caffin no charlaba tanto—dijo la Roja.—Cuando casó a la hermosa Mietta, tan sólo le dió un par de golpecitos en la mejilla, recomendándole la cordura.

—Mi querido hermano—repuso el padre Mouret, medió volviéndose hacia el gran Fortunato.—Dios es quien en el día de hoy le concede una compañera, pues no ha querido que el hombre viva solitario. Pero si ha dispuesto que sea su servidora, exige que sea usted un amo lleno de dulzura y de cariño. Usted la amará, porque es la propia carne de usted, su sangre y sus huesos. Usted la protegerá, porque el Señor no le ha dado sus fuertes brazos sino para tenderlos sobre su cabeza, en los

momentos de peligro. Recuerde usted que le ha sido confiada; ella es la sumisión y la debilidad, de que no podría usted abusar sin cometer un crimen. ¡Oh, querido hermano mío! ¡Qué dichosa arrogancia debe de ser la suya! En adelante ya no vivirá usted en el egoísmo de la soledad. A todas horas tendrá usted un hermoso deber que cumplir. Nada hay mejor que amar, a no ser la protección de aquellos a quienes se ama. Su corazón se dilatará y sus fuerzas de hombre vendrán a centuplicarse. ¡Oh! convertirse en sostén, recibir un amor en custodia, ver a una criatura aniquilarse en usted, diciendo: "Tómame, haz de mí lo que te plazca, confío en tu lealtad!" ¡Y se condenaría usted si llegase a desampararla! Sería el más cobarde abandono que Dios tendría que castigar. Desde el punto y hora en que se ha dado a usted, es de usted para siempre. Antes llévesela en los brazos y no la deje en tierra hasta que en ella se encuentre segura. Déjelo usted todo, querido hermano mío...

El padre Mouret, con la voz profundamente alterada, no dejó oír ya sino un murmullo indistinto. Había bajado completamente los párpados, su rostro aparecía del todo pálido, y hablaba con tan dolorosa emoción, que hasta el gran Fortunato lloraba, sin comprender.

—Aún no está restablecido—dijo Lisa.—Hace mal en fatigarse... ¡Mira, Fortunato llora!

—Los hombres son más tiernos que las mujeres—murmuró Babet.

—Sea como sea, ha hablado muy bien—arguyó la Roja.—A esos curas se les ocurre buscar un montón de cosas en que nadie piensa.

—¡Chist!—gritó la Teuse, quien se aprestaba ya a apagar las velas.

Pero el padre Mouret balbuceaba, tratando de dar con las frases finales.

—Por todo esto, mi querido hermano, mi hermana querida, debéis vivir en la fe católica, la

única que puede asegurar la paz del hogar vuestro. Vuestras familias, con seguridad, os han enseñado a amar a Dios, a rogarle mañana y noche, a contar tan sólo con los dones de su misericordia...

Y no dió fin. Volvióse para tomar el cáliz del altar y entró en la sacristía, con la cabeza inclinada, precedido por Vicente, quien en un tris estuvo que no dejase caer las vinajeras y el manutergo, por tratar de ver lo que hacía Catalina, en lo hondo de la iglesia.

—¡Oh, la muy descorazonada!—dijo Rosalía, quien dejó allí plantado a su marido, para ir a tomar al rapaz en sus brazos.

El niño se reía. Su madre le besó y le arregló las mantillas, sin dejar de amenazar con el puño a Catalina.

—Si se hubiese caído, te habría alumbrado un buen par de bofetones.

El gran Fortunato se acercaba zarandeándose. Las tres muchachas se habían adelantado, pellizcándose los labios.

—Miradlo ¡qué orgulloso está ahora—susurró Babet al oído de las otras dos.—Ese pordiosero se ha ganado los escudos del tío Bambousse sobre el heno, detrás del molino... Todas las noches, le veía yo irse allá con Rosalía, andando a gatas, a lo largo de la tapia.

Y se mofaban de lo lindo. El gran Fortunato, de pie ante ellas, se reía de la mejor gana. Pellizcó a la Roja y se dejó tratar de borrico por Lisa. Era un mancebo robusto, que se reía del mundo entero. El cura le había fastidiado.

—¡Eh, señora madre!—llamó con su estentórea voz.

Pero la vieja Bricchet mendigaba a la puerta de la sacristía. Allí se mantenía, lloriqueando, hecha un pergamino, delante de la Teuse, la que le deslizaba un par de huevos en los bolsillos del delantal. A Fortunato no le dió ni pizca de vergüenza, y guiñó los ojos, diciendo:

—¡No es poco taimada la madre!... ¡Caramba! Ya que el cura quiere gente en la iglesia...

Entre tanto Rosalía se había sosegado. Antes de irse, preguntó a Fortunato si había rogado al señor cura que fuese a bendecir la alcoba, con arreglo a la costumbre del país. Entonces Fortunato corrió a la sacristía, atravesando la nave a talonazos, cual si hubiese atravesado un campo. Y volvió a presentarse, gritando que el cura iría. La Teuse, escandalizada por el barullo de aquella gente, que creía ballarse en un camino real, dió unas ligeras palmadas y les empujaba hacia la puerta.

—Se acabó—decía,—retiráos, id a trabajar.

Y ya creía que todos estaban fuera, cuando divisó a Catalina a la que Vicente había llegado a unirse. Ambos, llenos de ansiedad, se inclinaban sobre el agujero de hormigas. Catalina, con una larga paja, hurgaba el agujero, con fuerza tal, que una oleada de espantadas hormigas se extendía sobre la baldosa. Y Vicente decía que era preciso llegar hasta el fondo, para encontrar a la reina.

—¡Ah, bandidos!—gritó la Teuse.—¿Qué es lo que estáis haciendo ahí? ¿Queréis dejar a los pobres animales tranquilos?... Ese es el nido de hormigas de la señorita Deseada. ¡Contenta se pondría si llegase a veros!

Los muchachos apretaron a correr.

II

El padre Mouret, puesto de sotana y con la cabeza descubierta, había vuelto para arrodillarse al pie del altar. En la claridad gris que entraba por las ventanas, la tonsura le agujereaba los cabellos con una mancha pálida, muy extensa, y el ligero estremecimiento que le inclinaba la cerviz, parecía provenir del frío que debía de percibir allí. Rogaba ardientemente, juntas las manos, tan absorto en el fondo de sus plegarias, que no oía el pesado andar de la Teuse, que se movía a su alrededor, sin resolverse a interrumpirle. Parecía sufrir, al verle tan extenuado y con las rodillas quebrantadas. Por un instante, se le figuró que lloraba. Entonces pasó detrás del altar, con el objeto de espiarle. Desde su regreso, no quería volverle a dejar solo en la iglesia, por haberle encontrado una noche en el suelo, perdido el conocimiento, apretados los dientes, heladas las mejillas, cual si estuviese muerto.

—Venga usted, pues, señorita—dijo a Deseada, que asomaba la cabeza por la puerta de la sacristía.—Todavía está allí, para hacerse mal... Usted ya sabe que a nadie atiende sino a usted.

Deseada se sonreía.

—¡Pardiez! hay que almorzar—murmuró.—Tengo mucha hambre.

Y se acercó al sacerdote, de puntillas. Así que estuvo cerca, le cogió por el cuello y le besó.

—Buenos días, hermano mío—le dijo.—¿Es que quieres matarme hoy de hambre?

Y presentó un semblante tan dolorido, que volvió a besarle en ambas mejillas. Salía de una agonia. Después, cuando la hubo conocido, trató de apartarla con dulzura; mas ella tenía cogida una de sus manos y no la soltaba. Gracias que le permitiera que se santiguara. Se lo llevaba consigo.

—Ya que tengo hambre, ven, pues. Tú también la tienes.

La Teuse había preparado el almuerzo, en el fondo del jardinillo, bajo dos grandes morrales, cuyas ramas extendidas, presentaban una bóveda de follaje. El sol, vencedor al fin de las tempestuosas humedades de la mañana, calentaba los cuadros de hortalizas, en tanto que el moral proyectaba un ancho lienzo de sombra sobre la mesa coja, en que se hallaban servidas dos tazas de teche, acompañadas de gruesas rebanadas.

—Ya ves que esto es hermoso—dijo Deseada entusiasmada por comer al aire libre.

Cortaba enormes pedazos de pan, que mordía con soberbio apetito. Como la Teuse permaneciese en pie delante de ellos:

—Qué, ¿tú no comes?

—En seguida—contestó la vieja criada.—Mi sopa está cociéndose.

Y tras de un corto silencio, asombrada por las dentelladas de aquella niña grande, repuso, dirigiéndose al sacerdote:

—Cuando menos esto da gusto... ¿No le abre el apetito, señor cura? Tiene usted que hacer un esfuerzo.

El padre Mouret se sonreía, mirando a su hermana.

—¡Oh, está muy buena!—murmuró.—Cada día se pone más gruesa.

—¡Toma! eso es porque como—exclamó.—Si tú

comieses, reventarías de grueso... ¿Acaso te sientes todavía enfermo? Parece que estás muy triste... No, quiero que aquello vuelva a empezar, ¿lo entiendes? Me he aburrido demasiado, mientras que se te llevó fuera para curarte.

—Tiene razón—dijo la Teuse.—Carece usted de sentido común, señor cura; no es para vivir el alimentarse con dos o tres migajas cada día, como un pajarito. ¡Pardiez! así no criará usted ya sangre. Eso es lo que tiene a usted tan pálido... ¿No le da a usted vergüenza quedarse más flaco que un clavo, cuando nosotras estamos tan gruesas, nosotras que no somos más que mujeres? Tal vez se crea que no dejamos a usted nada en los platos.

Y ambas, que reventaban de salud, le reñían cariñosamente. Tenía los ojos muy grandes, muy claros, tras de los cuales se veía como un vacío. Siempre se sonreía.

—No estoy enfermo—contestó.—Casi me he tomado toda la leche.

Se había tomado dos sorbitos, sin tocar a las rebanadas de pan con manteca.

—Los animales—dijo Deseada,—se portan mejor que las personas.

—Muy bien, esa es una gran satisfacción para nosotras—exclamó la Teuse riendo.

Mas aquella inocente de veinte años no tenía la menor malicia.

—Seguramente—prosiguió,—a las gallinas no les duele la cabeza, ¿verdad? A los conejos se les pone tan gordos como se quiere. Y en cuanto a mi marranillo, no podrás decir que en su vida tenga al semblante triste.

En seguida, volviéndose hacia su hermano, dijo entusiasmada:

—Le he puesto por nombre Mateo, porque se parece a ese gordinflón que trae el correo; ha engordado tanto que da gloria verlo... No eres nada amable negándote siempre a verle. No te negarás uno de estos días a que te lo enseñe, ¿eh?

Y en tanto que se mostraba cariñosa, había ido tomando las tostadas de su hermano, las que mordía con delicia. Había ya dado fin a una y se proponía a emprenderla con la segunda, cuando la Teuse se dió cuenta de ello.

—Pero esas rebanadas no son para usted. Bien puede ahora decirse que le quita usted el pan de la boca.

—Déjela usted—dijo el padre Mouret con dulzura;—yo no las habría tocado... Come, cómetelo todo, querida niña.

Deseada habíase quedado por un instante confusa, mirando el pan y conteniéndose para no llorar. Acto seguido se echó a reír y daba fin a la tostada. Y continuó:

—Tampoco mi vaca está triste como tú... Tú no estabas allí, cuando me la dió el tío Pascual, haciéndome prometer ser juiciosa. A no ser así, habrías visto lo contenta que se puso, cuando la abracé por vez primera.

Aplicó el oído. Un canto de gallo venía del corral, una creciente algazara, batir de alas, gruñidos, roncós gritos todo un pánico de animales espantados.

—¡Ah! Tú no sabes—prosiguió bruscamente palmeando,—debe de hallarse en estado... Yo la llevé al toro, a tres leguas de aquí, al Béage... ¡Caramba! es que no se encuentran toros en todas partes!... Entonces, cuando se hallaba con él, quise quedarme allí, para ver.

La Teuse se encogió de hombros, mirando al sacerdote en actitud de contrariedad.

—Mejor sería, señorita, que fuese usted a poner en paz a sus gallinas... Toda la gente de usted se asesina allá abajo.

Pero Deseada tenía empeño en continuar su historia.

—Se subió sobre ella, la cogió entre sus patas... La gente se reía. No había sin embargo para qué reírse; es natural. Fuerza es que las madres tengan

sus pequeñuelos, ¿es verdad o no es verdad? Dime, ¿crees que tendrá un ternerillo?

El padre Mouret hizo un vago gesto. Había bajado los párpados ante las claras miradas de la joven.

—¡Eh! ¡Corra usted!—gritó la Teuse.—Se están comiendo unos a otros.

La trapatiesta revestía tan violentos caracteres en el corral, que Deseada echaba a correr con gran ruido de faldas, cuando el sacerdote la llamó.

—Y la leche, hija mía, ¿no te la has tomado aún?

Y le alargó la taza, a la cual apenas había tocado.

Deseada volvió y se bebió la leche sin el menor escrúpulo, no obstante los irritados ojos de la Teuse. Después volvió a tomar el vuelo hacia el corral, en donde se la oyó poner en paz a sus animales. Debió de haberse sentado en medio de ellos; canturraba dulcemente, como para mecerlos.

III

—Ahora mi sopa está demasiado caliente—gruñó la Teuse que volvía de la cocina con una cazuela, en la que había, plantada de pie, una cuchara de madera.

Mantúvose delante del padre Mouret, empezando a comer con la punta de la cuchara, con precaución. Esperaba alegrarle, sacarle del anonadador silencio en que le veía. Desde que había vuelto del Paradou, dábase por restablecido, no se quejaba nunca; con frecuencia hasta se reía por tan tierno modo, que la enfermedad al decir de las gentes de los Artaud, parecía haber aumentado su salud. Pero a veces crisis de silencio se apoderaban de él; parecía rodar en un martirio, que con todas sus fuerzas procuraba no confesar; y era una muda agonía la que le destrozaba, la que le volvía, durante horas, estúpido, pasto de alguna abominable lucha interior, cuya violencia se adivinaba tan sólo por el angustioso sudor de su semblante. La Teuse entonces no le dejaba, aturdiéndole con un alivión de palabras, hasta que hubiese recobrado poco a poco su dulce aspecto, como vencedor de la rebeldía de su sangre.

Aquella mañana la vieja sirvienta presentía un ataque más rudo aún que los anteriores. Púsose a hablar como una taravilla, sin dejar de continuar desconfiando de la cuchara que le abrasaba la lengua.

—En realidad, es preciso vivir en el fondo de un país de lobos para ver cosas semejantes. ¿Por ventura en los pueblos honrados no se casa nunca la gente a la luz de las velas? Esto indica bastante que todos estos Artaud son gente de poco más o menos... Por mi parte, en Normandía, bodas he visto que levantaban a las gentes de cascos a dos leguas a la redonda. Se tragaba durante tres días. El cura era del número, el alcalde también; a la boda de una de mis primas hasta asistieron los ~~Numberos~~. ¡Y se divertían a más no poder!... Pero hacer que se levante un sacerdote antes de que apunte el sol para casar a una hora en que hasta las gallinas duermen aún, es no tener ni un átomo de sentido común! Yo, en lugar de usted, señor cura, me habría negado.. ¡Pardiez! usted no ha dormido lo bastante, tal vez se ha resfriado en la iglesia. Esto es lo que le ha trastornado. Agregue usted que preferible sería casar animales que a esa Rosalía y a su mendigo, con el cominejo que se ha orinado en una silla... Hace usted mal en no decirme en dónde le duele a usted; le prepararía algo caliente... ¡Eh, señor cura, contéstemel!

Contestó con voz apagada que se sentía bien y que tan sólo necesitaba un poco de aire. Acababa de arrimarse a uno de los morales, con la respiración anhelante, riéndose.

—Bueno, bueno, no obre usted sino como mejor le parezca—repuso la Teuse.—Case usted a la gente, cuando le faltan fuerzas para ello y cuando ha de caer enfermo. Ya me lo sospechaba, ya lo había dicho yo ayer... Tampoco, si usted me escuchase, permanecería usted ahí, ya que el olor del corral le incomoda. En este instante huele que no hay más que pedir. No sé qué es lo que la señorita Deseada puede todavía estar removiendo. Canta, se chincha de los olores, y ahí la tiene usted tan colorada... ¡Ah! quería decirle a usted. Sepa que hice

los imposibles para que no permaneciese allí, cuando el toro cogió a la vaca. Pero ella se parece a usted, ¡es más testaruda! Afortunadamente para ella, la cosa no es de consecuencia. Esta es su alegría, los animales con sus crías. Vamos a ver, señor cura, sea usted razonable. Permita usted que le acompañe a su habitación. Se acostará usted y descansará un poco... No, ¿no quiere usted? Bueno, tanto peor si usted padece. No se guarda por tal modo el mal sobre la conciencia hasta que a uno le ahogue.

Y de pura cólera, se echó al colete una gran cucharada de sopa, con riesgo de que se le llevara para allá el gaznate. Y golpeaba con el mango de madera contra la escudilla, gruñendo, y hablándose a sí misma.

—Nunca se ha visto hombre como este. Reventaría antes que soltar una palabra... ¡Ah! bien puede callarse. Yo sé bastante; no se necesita ser sabio para adivinar lo demás. Sí, sí, que calle; es preferible.

La Teuse estaba celosa. El doctor Pascual había sostenido con ella un verdadero combate, para arrebatarse a su enfermo, cuando juzgó al joven sacerdote perdido, si le dejaba en el presbiterio. Tuvo que persuadirla de que la campana le aumentaba la calentura, de que las imágenes de santos de que la habitación estaba llena, henchían su cerebro de alucinaciones; érale necesario en fin, un olvido en la paz de una existencia nueva. Y ella movía a un lado y otro la cabeza, diciendo que en parte alguna encontraría "el querido niño" una enfermera mejor que ella. Sin embargo acabó por darse a partido; hasta se resignó a verle ir al Paradou, aunque sin dejar de protestar contra aquella elección del doctor, que no le cabía en el caletre. Pero conservaba contra el Paradou un odio de todos los diablos. Sentíase sobre todo herida en lo más vivo por el silencio del padre Mouret tocante el tiempo en que allí había vivido. Muchas eran las veces

en que en balde se había ingeniado para hacerle hablar. Aquella mañana, fuera de sus casillas al verle pálido y obstinándose a sufrir sin una queja, acabó por blandir la cuchara como un palo, y exclamó:

—Convendría que se volviese usted allí, señor cura, si tan a su gusto se encontraba. Allí hay una persona que, ciertamente, le curará a usted mejor que yo.

Era la primera vez que aventuraba una alusión directa. El golpe fué tan cruel, que el sacerdote dejó escapar un ligero grito, alzando su semblante doloroso. La buena alma de la Teuse tuvo un gran sentimiento.

—Así y todo—murmuró,—la falta es de su tío Pascual. Bastante se lo tengo cantado. Pero estos sabios están siempre aferrados a sus ideas. Los hay que dejan a uno morir, para examinar el cuerpo después... Tanto se me subió la cólera al campanario, que a nadie he querido decir esta boca es mía. Sí, señor, gracias a mí, nadie ha sabido en dónde usted se hallaba, tan abominable el caso me parecía. Cuando el padre Guyot, de San Eutropio, que le reemplazó a usted durante su ausencia, venía aquí los domingos, para decir la misa, yo le contaba cada historia... y le juraba, que se hallaba usted en Suiza. Ni siquiera sé en dónde está eso. A la verdad, yo no quiero ocasionarle a usted la menor pena, mas tengo por seguro que allí es donde usted ha cogido todo el mal. Y ha quedado usted curado por modo muy peregrino. Mejor habría sido dejarle a usted en mi compañía, y no se me habría ocurrido levantarle a usted de cascos.

El padre Mouret con la frente inclinada, no la interrumpía. Habíase sentado la sirvienta en el suelo, a algunos pasos de él, para tratar de verle los ojos. Y continuó, con acento maternal, embelesada con la complacencia que parecía prestar al escucharla:

—Usted no ha querido enterarse nunca de la

historia del padre Caffin. En cuanto me pongo a hablar, me tapa usted la boca... Pues bien, el padre Caffin, allá en nuestro país, en Canteleu, había tenido sus sinsabores. Era no obstante un santo varón, con un carácter de oro. Pero vea usted, era muy amigo de su comodidad y se perecía por las cosas delicadas; tanto y tan bien que una señorita le andaba al retortero; era hija de un molinero, a quien sus padres habían puesto en un colegio. En resumen, sucedió lo que tenía que suceder; ¿me comprende usted, eh?... Entonces, cuando se supo la cosa, toda la comarca se atufó de mala manera contra el cura. Se le buscaba para matarlo a pedradas. Pudo escaparse a Ruán y fué a llorar su culpa a casa del arzobispo. Y se le mandó aquí. El buen hombre se veía bien castigado con vivir en este agujero... Más adelante, tuve noticias de la joven. Se casó con un tratante en bueyes y es muy dichosa.

La Teuse, en gran modo satisfecha por haber podido ingerir su historia, vió como un aliento en la inmovilidad del sacerdote. Acercóse más y prosiguió:

—¡Aquel buen señor Caffin! No era orgulloso conmigo y con frecuencia me hablaba de su pecado. Este no es obstáculo para que se encuentre en el cielo, respondo a usted de ello. Bien puede dormir tranquilo allá, bajo la hierba, pues en toda su vida hizo mal a nadie... Por mi parte no comprendo por qué se siente tan gran enemiga contra un sacerdote, cuando se va del seguro. ¡Es tan natural! Que no es nada bonito, no hay que ponerlo en tela de juicio; es una porquería que debe de hacer montar en cólera a nuestro Señor; pero preferible es hacer esto que ir a robar. Se confiesa uno y en paz... ¿No es verdad, señor cura, que cuando hay verdadero arrepentimiento, encuentra uno su salvación, de todos modos?

El padre Mouret se había enderezado lentamente. Mediante un esfuerzo supremo, acababa de do-

mimar su angustia. Pálido todavía, dijo con firme acento:

—¡No se debe pecar nunca, nunca!

—¡Bah!—exclamó la vieja sirvienta.—Usted es demasiado orgulloso, señor. ¡Tampoco es bueno el orgullo!.. En lugar de usted, yo no me mostraría tan tirante. Habla uno de su mal, y no se destroza el corazón de golpe y porrazo, se acostumbra uno a la separación y asunto concluído... Estas cosas se pasan poquito a poco. Al paso que usted, aquí tenemos que evita hasta pronunciar el nombre de las personas. Usted prohíbe que se hable de ellas, como si estuvieran muertas. Desde su vuelta, no me he atrevido a darle la menor noticia. Pues bien, en adelante hablaré, diré cuanto sepa, pues de sobra conozco que este silencio es lo que le tiene el corazón tan oprimido.

El sacerdote la miró severamente y alzó un dedo para hacerla callar.

—Sí, sí—prosiguió,—tengo noticias de allí, y hasta muy a menudo, y se las iré dando a usted... En primer lugar aquella persona no es mucho más feliz que usted.

—¡Cállese usted!—dijo el padre Mouret, que encontró la fuerza suficiente para ponerse en pie en disposición de alejarse.

La Teuse se levantó también, atajándole el paso con su corpulencia enorme. Enfadábase y gritaba:

—¡Cómo! ¡Se va usted!... Pero me escuchará. Ya sabe que la gente de allá no me entra gran cosa por el ojo derecho. Si de ella le hablo es por su bien... Se les ocurre decir que estoy celosa. Pues bien, sueño con llevarle a usted allá algún día. Estaría usted conmigo, y así no temería usted hacer mal alguno... ¿Quiere usted?

Apartóla el cura con un ademán, con el semblante tranquilo, diciendo:

—Nada quiero, nada sé. Mañana tenemos misa mayor; será preciso preparar el altar.

Después, habiendo echado a andar, agregó con una sonrisa:

—No pase usted cuidado, mi buena Teuse. Estoy más fuerte de lo que usted se imagina. Me curaré por mí solo.

Y se alejó con firmeza, la cabeza erguida y considerándose triunfante. Su sotana, costeano los arriates de tomillo, ofrecía un suave roce. La Teuse, que se había quedado plantada en el mismo sitio, cogió su escudilla y su cuchara de palo, refunfuñando. Y mascullaba palabras entre dientes, acompañadas de grandes encogimientos de hombros.

—La echa de valiente y se cree formado de otra madera que los demás hombres, porque es cura. En realidad de verdad que éste es duro si los hay. Más de uno he conocido a quien no había necesidad de engreir tanto y tanto. Y es muy capaz de aplastarse el corazón como se aplasta una pulga. Es su Dios de misericordia quien le comunica esta fuerza.

Volvióse a la cocina, cuando vió al padre Mouret, de pie, delante de la puerta con claraboya del corral. Deseada le había detenido para hacerle tomar a peso un capón que estaba cebando hacía unas semanas. El cura decía con complacencia que pesaba atrocemente, lo que hacía reír de satisfacción a aquella niña grande.

—Los capones también se aplastan el corazón como una pulga—tartamudeó la Teuse hecha una furia.—Sus motivos tienen para ello. Entonces en vivir bien no hay la menor gloria.

IV

El padre Mouret pasaba los días en el presbiterio. Evitaba los grandes paseos que daba antes de su enfermedad. Las abrasadas tierras de los Artaud, los ardores de aquel valle en que no se daban sino cepas retorcidas, le causaban gran inquietud. En dos ocasiones había tratado de salir, por la mañana, para leer el breviario, a lo largo de los caminos; mas sin haber traspuesto el pueblo, volvióse trastornado por los olores, por el pleno sol y por la amplitud del horizonte. Por la tarde únicamente, en la frescura de la noche que se acercaba, aventuraba algunos pasos por delante de la iglesia, en la esplanada que se extendía hasta el cementerio. Por las tardes, a fin de ocuparse en algo, acometido por una necesidad de actividad que no sabía cómo satisfacer, habíase propuesto la tarea de pegar trozos de papel en los vidrios rotos de la nave. Esto durante ocho días le había mantenido subido en una escalera, muy atento en colocar los papeles con toda limpieza, recortándolos con delicadezas de bordado y extendiendo la cola de manera que no sobresaliese la menor baba. La Teuse tenía cuidado al pie de la escalera. Deseada gritaba que no era preciso tapar todos los cuadros, a fin de que los gorriones pudiesen entrar; y para no hacerla llorar, el cura olvidó dos o tres en cada

ventana. Después, habiendo dado cima a aquella operación, la ambición le había impulsado a embellecer la iglesia, sin valerse de albañil, de carpintero, ni de pintor. Todo lo haría él por sí mismo. Aquellos trabajos manuales—decía,—le entretenían y le devolvían las fuerzas. El tío Pascual, cada vez que pasaba a la rectoría, le animaba, asegurándole que aquellas tareas eran preferibles a todas las drogas del mundo. Desde luego el padre Mouret tapó todos los agujeros de las paredes con pegotes de yeso, re clavó los altares a fuerza de martillazos, y molió colores para dar una capa de claridad al púlpito y al confesionario. Aquello constituyó un acontecimiento en la comarca; hablábase de ellos dos leguas a la redonda. Los campesinos llegaban con las manos a la espalda, para ver trabajar al señor cura. Este, con un delantal atado a la cintura, con las manos acardenaladas, absorbíase en aquella ruda faena y tenía un pretexto para no salir. Pasaba los días entre la argamasa, más tranquilo, sonriente casi, olvidándose de todo lo exterior, de los árboles, del sol y de los cálidos vientos, que le turbaban.

—El señor cura es muy dueño, desde el momento en que eso nada cuesta a la comuna—decía el tío Bambousse con burlona risa, al entrar todas las tardes, para cerciorarse de cómo andaban los trabajos.

El padre Mouret empleó allí sus economías del seminario. Por lo demás eran embellecimientos, cuya desmañada sencillez habría hecho sonreír. La obra de albañilería pronto entibió sus ardores. Contentóse con revocar toda la iglesia a la altura de un hombre. La Teuse amasaba el yeso. Cuando habló de reparar también el presbiterio, que amenazaba, según ella, con desplomarse sobre su cabeza, el cura le dijo que él no lo sabría hacer, que sería menester un albañil; lo que produjo entre ambos una terrible contienda. La Teuse gritaba que no era razonable el poner tan hermosa una

iglesia, en donde nadie dormía, cuando junto a ella había habitaciones, en las cuales con seguridad se les encontraría muertos, una mañana de aquellas, aplastados por los techos.

—Yo, antes y con antes—gruñía,—acabaré por venir a hacer aquí mi cama, detrás del altar. Tengo demasiado miedo por la noche.

Como faltase el yeso, no volvió a hablar del presbiterio, y a más, la vista de las pinturas que ejecutaba el señor cura, la entusiasmaba. Fué el gran encanto de toda aquella tarea. El cura, que había repuesto pedazos de tabla por todas partes, se complacía en extender sobre el maderamen un hermoso color amarillo, con una enorme brocha. Resultaba de las pinceladas un suave vaivén, que le adormecía un tanto y que le dejaba sin ideas durante horas, siguiendo con la vista las crasas huellas de la pintura. Así que todo quedó amarillo, el confesionario, el púlpito, el estrado, hasta la caja del reloj, se arriesgó a hacer chafarrinones imitando el mármol para rejuvenecer el altar mayor. Y animándose más aún lo repintó por completo. El altar mayor, blanco, amarillo y azul, ostentábase soberbio. Personas que no habían asistido a una misa hacía cincuenta años, llegaron en procesión para verlo.

Ahora las pinturas estaban ya secas. Al padre Mouret no le quedaba otra cosa que hacer sino encuadrar los tableros con un oscuro filete. Por lo tanto, desde por la tarde puso manos a la obra, pues quería que quedase todo terminado la noche misma, ya que al día siguiente había misa mayor, como se lo había recordado a la Teuse. Esta esperaba para hacer el tocado al altar; había puesto ya sobre la credencia los candeleros y la cruz de plata, los vasos de porcelana con flores artificiales, el mantel guarnecido de encajes de las grandes fiestas. Mas resultó tan delicado el hacer los filetes con todo primor, que el padre Mouret estuvo trabajando hasta la noche. Era ya obscuro cuando

daba fin al último tablero.

—Resultará demasiado bonito—dijo una ruda voz salida del polvo gris del crepúsculo de que se llenaba la iglesia.

La Teuse, que se había arrodillado, para seguir mejor con la vista el pincel a lo largo de la regla, se estremeció de pavora.

—¡Ah! es el Hermano Archangias—dijo volviendo la cabeza;—luego ha entrado usted por la sacristía... ¡La sangre me ha dado un vuelco! Creía que la voz venía de debajo de las baldosas.

El padre Mouret se había puesto de nuevo al trabajo, después de haber saludado al Hermano con un ligero movimiento de cabeza. Este se mantenía en pie, sin decir una palabra, con sus gruesas manos cruzadas sobre la sotana. Después, habiéndose encogido de hombros al ver el cuidado que el sacerdote empleaba para que los filetes le saliesen rectos, repitió:

—Resultará demasiado bonito.

La Teuse, en éxtasis, se estremeció por segunda vez.

—¡Bueno!—gritó.—Me había ya olvidado de que estaba usted ahí. Bien podía usted toser, antes de hablar. Tiene usted una voz que se escapa bruscamente, como la de un muerto.

Habíase levantado y retrocedía para admirar mejor.

—¿Por qué demasiado bonito?—repuso.—Nada hay demasiado bonito cuando se trata del Dios de bondad... Si el señor cura hubiese tenido oro, oro habría puesto, sépalo usted.

Como el sacerdote hubiese terminado, se dió prisa a cambiar el mantel, teniendo sumo cuidado en no borrar los filetes. Luego colocó simétricamente la cruz, los candelabros y los jarrones. El padre Mouret había ido a arrimarse al lado del Hermano Archangias, contra la barrera de madera que separaba el coro de la nave. No cruzaron ni una sola palabra. Miraban la cruz de plata que, en la cre-

ciente obscuridad, reflejaba gotas de luz, a los pies, a lo largo del costado izquierdo y de la derecha sien del Crucificado. Tan luego como la Teuse hubo terminado, se adelantó en actitud de triunfo.

—¡Eh!—dijo,—¡qué cosa más preciosa! ¡Ya verá usted a la gente, mañana, en la misa! Esos paganos no vienen a la casa de Dios sino cuando lo creen rico... Ahora, señor cura, habrá que hacer lo propio en el altar de la Virgen.

—¡Dinero perdido!—gruñó el Hermano Archangias.

Pero la Teuse se incomodó. Y como el padre Mouret continuase callado, les dirigió a ambos ante el altar de la Virgen, empujándoles, tirándoles de la sotana.

—Pero miren ustedes. Bastante que se ve, sobre todo ahora que el altar mayor está tan limpio. Ni siquiera se conoce que ha habido pinturas. Por más que limpio por la mañana, la madera conserva siempre todo el polvo. Eso está negro, está feo... ¿Sabe usted lo que se dirá, señor cura? Se dirá que no quiere usted a la Santísima Virgen, ni más ni menos.

—¿Y después?—preguntó el Hermano Archangias.

La Teuse se quedó sofocadísima.

—Después—murmuró,—eso sería un pecado; ¡pardiez! El altar está como una de esas tumbas que se abandonan en el cementerio. A no ser por mí, las arañas tejerían sus telas y el moho echaría raíces. De vez en cuando, siempre que puedo guardar un ramillete lo doy a la Virgen... Todas las flores de nuestro jardín eran para ella en otro tiempo.

Había salido a las gradas del altar y había tomado dos ramos secos que allí habían sido olvidados.

—Ya ven ustedes que pasa lo mismo que en los cementerios—agregó, arrojándolos a los pies del padre Mouret.

Este los recogió sin contestar. La noche se ha-

hía echado del todo encima. El Hermano Archangias se enredó en medio de las sillas y en nada estuvo que no viniese al suelo. Blasfemaba y rezongaba sordas frases, en que se mezclaban los nombres de Jesús y de María. Cuando la Teuse, que había ido en busca de una lámpara, volvió a entrar en la iglesia, preguntó sencillamente al sacerdote:

—Sí—le contestó,—hemos terminado por ahora. Para lo demás, ya veremos más adelante.

—¿Es decir que puedo llevarme los potes y los pinceles al desván?

Y la Teuse echó a andar delante de ellos, cargando con todo y callándose, por temor de decir demasiado. Y como el padre Mouret tuviese aún en la mano los dos ramilletes secos, el Hermano Archangias le gritó al pasar por delante del corral:

—¡Tire usted eso!

El sacerdote dió aún algunos pasos, con la cabeza inclinada; después echó las flores en el hoyo del estereolero, por encima de la claraboya.

V

El Hermano, que había cenado ya, permaneció allí, a horcajadas, en una silla puesta de espaldas, en tanto que comía el sacerdote. Desde que éste había regresado a los Artaud, iba casi todas las noches a instalarse en el presbiterio. Nunca había llegado a imponerse con tanta rudeza. Sus gruesos zapatos hundían el suelo, su voz tronaba y sus puños se dejaban caer con fuerza sobre los muebles, mientras refería las azotainas que había dado por la mañana a las muchachas, o que resumía su moral en fórmulas tan duras como garrotazos. Después, como se aburría, había imaginado el jugar a la baraja con la Teuse. Jugaban "a la batalla" un día y otro día, pues la Teuse no había podido aprender en su vida ningún otro juego. El padre Mouret, que se sonreía a las primeras cartas echadas con furia sobre la mesa, caía poco a poco en un profundo ensimismamiento; y durante horas y horas, olvidábase de sí mismo, entregándose a imaginaciones bajo los desconfiados ojos del Hermano Archangias.

Aquella noche la Teuse estaba de tan negro humor, que habló de ir a tenderse tan pronto como quitó el mantel. Pero el Hermano quería jugar a todo trance. Dióle algunos golpes en los hombros y acabó por sentarla, aunque tan violentamente, que la silla crugió. Barajaba ya las cartas. Deseada,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY

RECEPCIÓN GENERAL

BIBLIOTECAS

hía echado del todo encima. El Hermano Archangias se enredó en medio de las sillas y en nada estuvo que no viniese al suelo. Blasfemaba y rezongaba sordas frases, en que se mezclaban los nombres de Jesús y de María. Cuando la Teuse, que había ido en busca de una lámpara, volvió a entrar en la iglesia, preguntó sencillamente al sacerdote:

—Sí—le contestó,—hemos terminado por ahora. Para lo demás, ya veremos más adelante.

—¿Es decir que puedo llevarme los potes y los pinceles al desván?

Y la Teuse echó a andar delante de ellos, cargando con todo y callándose, por temor de decir demasiado. Y como el padre Mouret tuviese aún en la mano los dos ramilletes secos, el Hermano Archangias le gritó al pasar por delante del corral:

—¡Tire usted eso!

El sacerdote dió aún algunos pasos, con la cabeza inclinada; después echó las flores en el hoyo del estereolero, por encima de la claraboya.

V

El Hermano, que había cenado ya, permaneció allí, a horcajadas, en una silla puesta de espaldas, en tanto que comía el sacerdote. Desde que éste había regresado a los Artaud, iba casi todas las noches a instalarse en el presbiterio. Nunca había llegado a imponerse con tanta rudeza. Sus gruesos zapatos hundían el suelo, su voz tronaba y sus puños se dejaban caer con fuerza sobre los muebles, mientras refería las azotainas que había dado por la mañana a las muchachas, o que resumía su moral en fórmulas tan duras como garrotazos. Después, como se aburría, había imaginado el jugar a la baraja con la Teuse. Jugaban "a la batalla" un día y otro día, pues la Teuse no había podido aprender en su vida ningún otro juego. El padre Mouret, que se sonreía a las primeras cartas echadas con furia sobre la mesa, caía poco a poco en un profundo ensimismamiento; y durante horas y horas, olvidábase de sí mismo, entregándose a imaginaciones bajo los desconfiados ojos del Hermano Archangias.

Aquella noche la Teuse estaba de tan negro humor, que habló de ir a tenderse tan pronto como quitó el mantel. Pero el Hermano quería jugar a todo trance. Dióle algunos golpes en los hombros y acabó por sentarla, aunque tan violentamente, que la silla crugió. Barajaba ya las cartas. Deseada,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY

RECEPCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que no podía verle ni en pintura, había desaparecido con su postre, que se llevaba casi todas las noches para comérselo en la cama.

—Quiero las rojas—dijo la Teuse.

Y la lucha se empeñó. La Teuse empezó por ganarle algunas buenas jugadas al Hermano, y en seguida dos ases cayeron al propio tiempo en la mesa.

—¡Batalla!—gritó la Teuse con emoción extraordinaria.

Echó un nueve y esto la consternó; pero el Hermano no habiendo echado sino un siete, la sirvienta, triunfante, recogió las cartas. Al cabo de media hora, ya no tenía de nuevo más que dos ases y las probabilidades quedaban balanceadas. Y allá al tercer cuarto de hora, ella era la que perdía unas. El ir y venir de las sotas, de las damas y de los reyes, revestían toda la furia de una degollina.

—¡Eh! ¿Qué tal? Esta partida es de lo que no se ve—dijo el Hermano Archangias, volviéndose hacia el padre Mouret.

Pero le vio tan abstraído, tan lejos de aquella escena y con tan inconsciente sonrisa en los labios, que alzó brutalmente la voz.

—¡Y bien, señor cura! Usted no nos está mirando. No es cosa muy fina que digamos... Si jugamos es tan sólo por usted, para ver de divertirle. Vamos, fíjese en el juego; siempre será mejor que desvariar. ¿En dónde se hallaba aún usted?

El sacerdote se estremeció. No contestó y esforzose en seguir el juego, con los párpados temblorosos. La partida prosiguió con encarnecimiento. La Teuse recobró su as y luego lo volvió a perder. Había noches en que se disputaban por tal modo los ases durante cuatro horas; y hasta muy a menudo se iban a acostar, furibundos, sin haberse podido ganar:

—¡Pero ahora que me acuerdo!—exclamó de repente la Teuse, quien tenía un miedo atroz de perder;—el señor cura tenía que salir esta noche. Ha,

bía prometido al gran Fortunato y a la Rosalía que iría a bendecirles la habitación, según es costumbre... Pronto, señor cura, el Hermano le acompañará a usted.

El padre Mouret estaba ya en pie, buscando el sombrero. Pero el Hermano Archangias, sin soltar las cartas, se atufaba.

—¡Quite usted allá! ¿Hay acaso necesidad de que se bendiga aquella pocilga de cerdos?... ¡Para lo que van a hacer de limpio en su habitación!... Esta es otra costumbre que usted debería abolir. Un sacerdote no tiene para qué meter las narices entre las sábanas de los recién casados... Quédese usted aquí. Concluiremos la partida. Preferible será.

—No—dijo el sacerdote.—Lo he prometido. Esa buena gente podría resentirse. Quédese usted y concluyan la partida, mientras me esperan.

La Teuse, llena de inquietud, miraba al Hermano Archangias.

—Pues bien, sí, me quedo—exclamó éste,—es demasiado estúpido.

Mas no bien hubo el padre Mouret abierto la puerta, cuando se levantó para seguirle, tirando con violencia las cartas. Volvió y dijo a la Teuse:

—Iba a ganar... Deje usted los montones tal como están. Mañana continuaremos la partida.

—¡Muy bien! Si todo queda revuelto ya—contestó la vieja sirvienta, que se había apresurado a mezclar los naipes. Si cree usted que voy a guardar su juego bajo una campana de cristal... Así y todo, yo podía ganar; aún tenía un as.

El Hermano Archangias, en algunas zancadas alcanzó al padre Mouret, que bajaba el angosto sendero que conducía a los Artaud. Habíase impuesto la tarea de velar por él: Rodeábale con espionaje de todas horas, acompañándole por doquier, o haciéndole seguir por un galopín de su escuela, cuando no podía él en persona tener este cuidado. Decía con su terrible risa, que él se tenía por el "gendarme de Dios". Y en realidad de ver-

dad, el sacerdote parecía un delincuente aprisionado en la negra sofana del Hermano, un delincuente de quien se desconfía, a quien se juzgaría sobrado débil para volver a su falta, si se le perdiese de vista siquiera un minuto. Era aquel un rigor de solterona celosa, un minucioso cuidado de carcelero, que lleva su deber hasta tapar los jirones de cielo que se entreven por los tragaluces. El Hermano Archangias se mantenía siempre allí, cubriendo como quien dice el sol, impidiendo que el menor olor penetrase, tapando por completo el calabozo, que nada del exterior llegase hasta allí. Acechaba las menores debilidades del sacerdote, reconocía, en la transparencia de su mirada, los tiernos pensamientos, los aplastaba con una palabra, sin compasión, como animales dañinos. Los silencios, las sonrisas, las palideces de la frente, los escalofríos de los miembros, todo le pertenecía. Por lo demás, evitaba hablar sin ambages de la falta. Tan sólo su presencia constituía un reproche. El modo como pronunciaba ciertas frases, las revestía con el cruzamiento de un latigazo. Acompañaba a cualquier gesto suyo toda la inmundicia que escupía sobre el pecado. A la manera de esos maridos engañados que humillan a sus mujeres con alusiones sangrientas, cuya crueldad ellos solos saborean, el Hermano no volvía a hablar de la escena del Paradou; satisfacía con evocarla con sólo una palabra, para aniquilar, en las horas de crisis, aquella carne rebelde. También él había sido engañado por aquel sacerdote, manchado con su adulterio, habiendo traicionado sus juramentos, atrayendo sobre sí prohibidas caricias, cuyas lejanas fragancias eran suficientes para exasperar su continencia de macho cabrío que jamás se había satisfecho.

Eran cerca de las diez. El pueblo dormía, pero del otro extremo, del lado del molino, llegaba un gran alboroto en una de las casuchas, vivamente iluminada. El tío Bambousse había abandonado

a su hija y a su yerno un rincón de la casa, reservándose para él las mejores habitaciones. Allí se empinaban los últimos tragos, en espera del sacerdote.

—Están hechos uva—gruñó el Hermano Archangias.—¿No les oye usted revolcarse?

El padre Mouret no contestó. La noche era espléndida, con azul de clara luna que transformaba a lo lejos el valle en un lago dormido. Y moderaba su paso, como bañado en un bienestar en aquellas claridades; hasta se detenía ante ciertas sábanas de luz, con el delicioso escalofrío que comunica la proximidad del agua fresca. El Hermano proseguía sus grandes zancadas, reprendiéndole, llamándole.

—Ande usted... No es muy sano el corretear por los campos a estas horas. Mejor se encontraría usted en su cama.

Pero, bruscamente, a la entrada del pueblo, se plantó en mitad del camino. Dirigía la vista a las alturas, en donde las blancas líneas de los surcos de las ruedas se perdían en las negras manchas de los bosquecillos de pinos. Gruñía como un perro que olfateaba el peligro.

—¿Quién baja de allá arriba tan tarde?—murmuró.

El sacerdote, que no oía ni veía nada, quiso a su vez hacerle apresurar el paso.

—Deje usted, mírelo aquí—repuso vivamente el Hermano Archangias.—Acaba de dar vuelta al recodo. Mire usted, la luna se ilumina... Ahora lo ve usted bien... Es un hombre alto, que lleva un palo.

Y después, tras de un corto silencio, repuso, con la voz ronea, ahogada por el furor:

—¡Es él, es ese miserable!... Ya me lo presumía. Entonces, como el recién venido hubiese llegado al pie de la cuesta, el padre Mouret conoció

en él a Jeanbernat. A pesar de sus ochenta años, el viejo golpeaba tan fuerte aún con los talones, que sus gruesos zapatos herrados sacaban chispas de los pedernales del camino. Caminaba erguido como un roble, sin valerse siquiera de su palo, que llevaba al hombro, a modo de escopeta.

—¡Ah, el muy condenado!—balbuceó el Hermano clavado en el suelo.—El demonio le arroja a los pies todas las áscuas del infierno.

El sacerdote, turbadísimo y desesperando de hacer dejar la presa a su compañero, volvió la espalda para continuar su camino, en la espera de poder evitar su encuentro con Jeanbernat, apresurándose a alcanzar la casa de los Bambousse. Mas aun no hubo andado cinco pasos, cuando la burlona voz del viejo se dejó oír, casi a su espalda.

—¡Eh! padre cura, espéreme usted. ¡Qué! ¿le causo a usted miedo?

Y como el padre Mouret se hubiese detenido, acercóse y prosiguió:

—¡Caramba! vuestras sotanas no son nada cómodas... no dejan correr. Además, ya puede estar obscuro, que se os conocería de lejos... Desde lo alto de la cuesta, me dije: "¡Calle! es el curita quien está allá abajo". ¡Oh! tengo todavía buenos ojos... Conque, ¿ya no viene usted a vernos?

—Tengo tantas ocupaciones—murmuró el sacerdote, en extremo pálido.

—Bueno, bueno, cada cual es libre. Lo que le digo a usted es para demostrarle que no le guardo rencor porque sea cura. Ni tan siquiera hablaríamos de vuestro misericordioso Dios... ello me es igual... La pequeñuela está en que soy yo quien le impide a usted volver. Yo le he contestado: "El cura es un animal." Y lo pienso así. ¿Por ventura, me lo he comido a usted durante su enfermedad? Ni siquiera subí a verle... Cada cual es libre de obrar como mejor le acomoda.

Hablaba con toda indiferencia, afectando no percatarse de la presencia del Hermano Archangias.

Mas como éste hubiese dejado oír un gruñido más amenazador, repuso:

—¡Eh, padre cura! Qué, ¿saca usted su cerdo a pasear?

—¡Espera, bandido!—aulló el Hermano, con los puños cerrados.

Jeanbernat, con el palo en alto, fingió conocerle:

—¡Abajo las patas!—gritó.—¡Ah! ¿Eres tú, botarate? Habría debido de olfatearte al olor de tu pellejo... Tenemos que arreglar una cuenta juntos. He jurado cortarte las orejas en medio de la clase; lo que regocijará a los granujas a quienes envenenas.

El Hermano, ante el palo en ristre, retrocedió, con la garganta rebotante de injurias. Púsose a tartamudear y no acertaba con las palabras.

—¡Te enviaré a los gendarmes, asesino! Has escupido en la iglesia, te he visto. Das el mal de muerte a la pobre gente, tan sólo con que pasen por delante de tu puerta. En San Entropio hiciste abortar a una muchacha, forzándola a mascar una hostia consagrada que habías robado. En el Béage fuiste a desenterrar niños, que te llevabas a cuestas para tus abominaciones... ¡Todo el mundo está enterado, miserable! Eres el escándalo de la comarca. El que te estrangulara, se iría en derecha al paraíso.

El viejo escuchaba, mofándose y haciendo el molinete con el palo. Entre una y otra injuria del otro, repetía a media voz:

—Anda, anda, desahógate, serpiente. No tardaré en romperte el bautismo.

El padre Mouret quiso intervenir; mas el Hermano Archangias le rechazó gritando:

—¡Se pone usted de su parte! ¿Acaso no le ha hecho a usted pisar la cruz? ¡Niéguelo usted!

Y volviéndose de nuevo a Jeanbernat:

—¡Ah, Satán! ¡Bien habrás debido reírte cuando te apoderaste de un sacerdote! Aplaste el cielo.

a los que le ayudaron a cometer tamaño sacrilegio! ¿Qué hacías tú por la noche, cuando él dormía? Te acercabas con la saliva, ¿verdad? para humedecerle la tonsura, a fin de que sus cabellos crecieran más de prisa. Soplábasle en la barba y en las mejillas, para que la barba agrandase un dedo por la noche. Frotábasle todo el cuerpo con los maleficios, le hacías aspirar por la boca la rabia de un perro, le ponías en celo... ¡Y así fué como le convertiste en bestia, Satán!

—¡Qué estúpido es este hombre!—dijo Jeanbernat, echándose de nuevo el palo al hombro.—Me aburre.

El Hermano, envalentonado, fué a ponerle ambos puños bajo la nariz.

—¡Y tu muy buscona!—gritó.—¡Tú fuiste quien la zampaste en pelota en la cama del cura!

Pero lanzó un aullido y dió un brinco hacia atrás. El palo del viejo, lanzado con toda su fuerza, acababa de romperse sobre sus lomos. Retrocedió el Hermano más aún, cogió en un montón de guijarros, al borde del camino, un pedernal, tan grueso como ambos puños y lo arrojó a la cabeza de Jeanbernat, quien habría resultado con la cabeza hendida, a no haberse encorvado. Corrió al inmediato montón de grava, púsose a cubierto y se proveyó de piedras. Y de un montón a otro montón se empeñó un terrible combate. Los pedernales llovían a más y mejor. La luna, a la sazón clarísima, dibujaba netamente las sombras.

—Sí, tú la metiste en su cama—repetía el Hermano enloquecido.—Y pusiste un Cristo bajo el colchón para que la inmundicia cayera sobre él... ¡Ah! ¡ah! te haces cruces de que lo sepa todo. De este apareamiento esperas algún monstruo. Cada mañana haces los trece signos infernales sobre el vientre de la picarona, para que dé a luz el Anticristo. Tú quieres el Anticristo, ¡bandido! ¡Toma, que este guijarro te deje muerto!

—¡Y que este te cierre el pico, curángano!—

contestó Jeanbernat, ya muy tranquilo.—¿Puede darse animal mayor con semejantes historias?... ¿Va a ser preciso que te descalabre para que pueda continuar mi camino? ¿Es tu catecismo lo que te ha hecho perder la chaveta?

—¡El catecismo! ¿Quieres conocer el catecismo que se enseña a los réprobos de tu calaña? Sí, yo te enseñaré a hacer la señal de la cruz... Este es por el Padre, y este por el Hijo, y este por el Espíritu Santo... ¡Ah! estás todavía en pie. ¡Espera, espera! ¡Así sea!

Y le lanzó una andanada de piedras pequeñas a guisa de metralla. Jeanbernat, alcanzado en el hombro, dejó los guijarros que tenía en la mano y se adelantó tranquilamente, mientras que el Hermano Archangias tomaba en el montón dos nuevos puñados tartamudeando:

—Te extermino. Dios es quien lo quiere. Dios está en mi brazo.

—¡Te callarás!—dijo el viejo cogiéndolo por el cogote.

Entonces tuvo lugar una breve lucha en el polvo del camino, azulado por la luna. El Hermano, que se sentía más débil, trataba de morder. Los miembros apergaminados de Jeanbernat, eran como ataños de cuerdas que le ligaban tan estrechamente, que sintió los nudos introducirse en la carne. Callábase, bufando, pensando en alguna traición. Cuando Jeanbernat le tuvo debajo de él, repuso mofándose:

—Ganas me dan de romperte un brazo para romper tu Dios misericordioso... Ya ves que no es el más fuerte. Soy yo quien te extermino... Ahora voy a cortarte las orejas. Bastante me has aburrido.

Y sacaba con todo sosiego un cuchillo de su faltriquera. El padre Mouret, que una y otra vez se había echado en vano entre los combatientes, se interpuso con tanta energía, que Jeanbernat concluyó por consentir en posponer la cruenta operación para más adelante.

—Hace usted mal, señor cura—murmuró.—Este belitre necesita una sangría. En fin, ya que esto le contraría a usted, esperaré. Ya volveré a encontrarle en algún rinconcito.

Y como el Hermano lanzase un gruñido, se interrumpió para gritarle:

—No te muevas o te las corto en seguida.

—Pero—dijo el sacerdote,—está usted sentado sobre su pecho. Quítese usted de ahí, para que pueda respirar.

—No, no, que empezaría sus bromas. Cuando me vaya le soltaré... Decíale a usted, cura, cuando este pillastre se interpuso entre nosotros, que sería usted siempre allí bien recibido. La chica es dueña, ya lo sabe usted. No la contrario mucho más que a mis hortalizas. Todo crece... Tan sólo los imbéciles, como ese presbítero, son los que ven el mal... ¿En dónde lo has visto, grandísimo pícaro? Tú eres el que lo ha inventado, pedazo de animal.

Y zarandeaba de nuevo al Hermano.

—Déjele usted que se levante—suplicó el padre Mouret.

—Al momento... La chica no se siente muy bien de algún tiempo a esta parte. De nada me daba yo cuenta, pero ella me lo ha dicho. Por esto voy a avisar a su tío de usted, el doctor Pascual, en Plassans. Por la noche hay tranquilidad, no se encuentra un alma... Sí, sí, la muchacha no está nada bien.

El sacerdote no dió con una sola palabra. Se tambaleaba, con la cabeza inclinada.

—¡Estaba tan contenta cuidándole a usted!—prosiguió el viejo.—Mientras me fumaba mi pipa, la oía reír, y esto me bastaba. Las jóvenes son como los ojicantos; cuando echan flores hacen cuanto pueden... En fin, usted vendrá, si tiene usted gusto en ello. Tal vez alegrará esto a la niña... Buenas noches, cura.

Habíase levantado con lentitud, apretando las muñecas del Hermano, pues desconfiaba de una

traición. Y se alejó, sin volver la cabeza, reanudando su paso firme y largo. El Hermano, como quien no hacía la cosa, se arrastró hasta el montón de guijarros, y esperó a que el viejo se hallase a alguna distancia. Y luego, con ambas manos, volvió a las andadas, furiosamente. Pero las piedras caían en el polvo del camino. Jeanbernat no se dignaba ya incomodarse, y continuaba su ruta, tieso como un árbol, en el fondo de la serena noche.

—¡El muy maldito! ¡Satanás es quien le impulsa!—balbuceó el Hermano Archangias, haciendo silbar una última piedra.—¡Un viejo, a quien un papirotazo bastaría para hacerle astillas! Está cocido en el fuego del infierno... Bien he sentido sus garras.

Su impotente furor le hacía patear sobre los esparcidos guijarros. Bruscamente, arreció contra el padre Mouret.

—¡La culpa es de usted!—gritó.—Debería usted haberme ayudado, y entre los dos le habríamos estrangulado.

A la otra parte del pueblo, la batahola había aumentado en la casa de Bambousse. Oíanse perfectamente los golpes dados a compás sobre la mesa con el fondo de los vasos. El sacerdote había emprendido de nuevo su camino, sin levantar la cabeza, dirigiéndose hacia la gran claridad que salía de la ventana, semejante a la llamarada de una hoguera de sarmientos. Seguíale el Hermano, sombrío, con la sotana sucia de polvo y con una mejilla manando sangre por el roce de un guijarro. Después, tras de corto silencio, dijo con su áspera voz:

—¿Irá usted?

Y como el padre Mouret no contestase, prosiguió:

—¡Tenga usted cuidado! recae usted en el pecado... Ha bastado con que pasase ese hombre para que la carne de usted se haya estremecido. Le he visto a usted a la claridad de la luna, pálido como

una mozueta... Mucho cuidado, ¿oye usted? Esta vez Dios no perdonaría. Caería usted en la última de las podredumbres. ¡Ah, cieno miserable, la inmundicia carga contigo!

Entonces el sacerdote levantó por último la cabeza. Derramaba gruesas lágrimas, en el mayor silencio; después dijo con lacerada dulzura:

—¿Por qué me habla usted así? Siempre se encuentra usted a mi lado y es testigo de mis luchas de cada instante. No dude usted de mí y déjeme la fuerza para vencerme.

Aquellas palabras sencillas, bañadas en mudas lágrimas, revestían en la noche un carácter de tan sublime dolor, que hasta el mismo Hermano Archangias, a pesar de su rudeza, se sintió conmovido. No agregó una palabra, sacudiéndose la sotana y enjugándose la ensangrentada mejilla. Cuando se hallaron delante de la casa de los Bambousse, se negó a entrar. Sentóse a algunos pasos, sobre la tumbada caja de una vieja carreta, en donde esperó con la paciencia de un dogo.

—¡Aquí tenemos al señor cura!—gritaron todos los Bambousse y todos los Brichet, acodados a la mesa.

Llenáronse de nuevo los vasos. El padre Mouret hubo de tomar uno. No había habido fiesta de bodas. Únicamente por la noche, después de la comida, habíase puesto sobre la mesa una damajuana de unos cincuenta litros, que se trataba de vaciar, antes de meterse entre sábanas. Eran diez y ya el tío Bambousse volcaba con sólo una mano la damajuana, de la que no caía sino un chorrito rojo. La Rosalía, muy regocijada, remojaba la barba del rapaz en su vaso, mientras que el gran Fortunato hacía jugarrerías y levantaba las sillas con los dientes. Todo el mundo pasó a la habitación. La costumbre quería que el cura se bebiese allí el vino que se le había escanciado. Era aquello lo que se llamaba bendecir la alcoba, lo que traía la felicidad e impedía que la pareja se cascara las

liendres. En los tiempos del señor Caffin, las cosas se pasaban en la mayor alegría, y el viejo sacerdote se despepitaba por reír; hasta había adquirido fama por la manera cómo vaciaba el vaso, sin dejar ni una gota en el fondo; tanto más cuanto que las mujeres, en los Artaud, sostenían que cada gota que allí quedaba, representaba un año menos de amor para los esposos. Con el padre Mouret la alegría no era tan ruidosa. Bebióse, sin embargo, el vino de un trago, lo que pareció halagar en gran manera al tío Bambousse. La vieja Brichet miró haciendo un gesto, el fondo del vaso, en donde quedaba un poco de vino. Delante de la cama, un tío que era guarda rural, arriesgó chistes de color bastante subido, de que se reía la Rosalía, a la que el gran Fortunato había empujado boca abajo al borde del colchón, a guisa de caricia. Y así que todos se hubieron descolgado con su frasecilla picareasca, se volvieron a la sala. Vicente y Catalina se habían quedado allí solos. Aquel, subido en una silla, cogiendo la enorme damajuana en sus brazos, acababa de vaciarla en la abierta boca de Catalina.

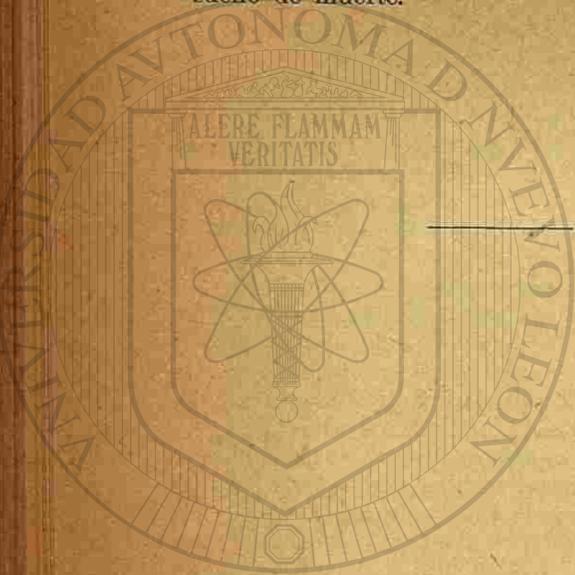
—Gracias, señor cura — exclamó Bambousse acompañando al sacerdote. — ¡Bueno! Ya están casados y usted tan contento. ¡Ah! los muy picarones... Si cree usted que deprisa y corriendo van a rezar sus *Pater* y sus *Ave*... Buenas noches, que usted descanse, señor cura.

El Hermano Archangias había alzado lentamente el trasero de la carreta, en que se había sentado.

—Que el demonio — murmuró — eche paletadas de carbones encendidos entre sus pellejos, y que revienten.

No volvió a desplegar los labios y acompañó al padre Mouret hasta el presbiterio. Allí esperó a que hubiese cerrado la puerta, antes de retirarse; y hasta volvió atrás, por dos veces, para asegurarse de que no volvía a salir. Cuando el sacerdote se halló en su habitación, se echó vestido en la cama,

con las manos en los oídos y con el rostro contra la almohada, para no volver a oír, para no ver más. Anonadábase y quedábase dormido en un sueño de muerte.

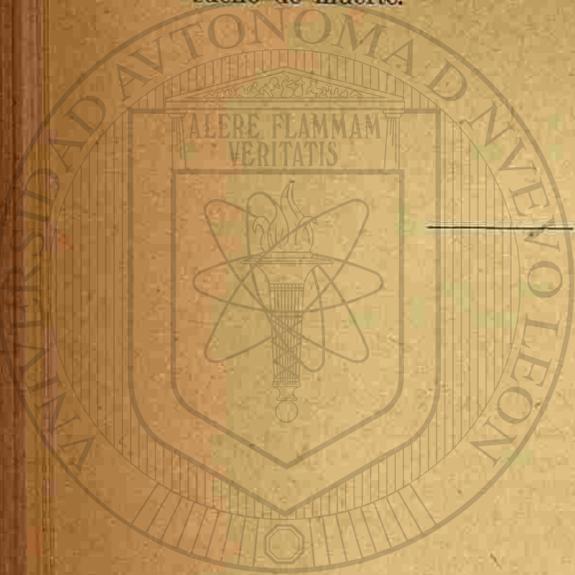


DIRECCIÓN GENERAL

VI

El siguiente día era domingo. La Exaltación de la Santísima Cruz caía en día de misa mayor y el padre Mouret había querido celebrar aquella fiesta religiosa con ostentación particular. Había concebido una devoción extraordinaria para la Cruz y había reemplazado en su habitación la estatuita de la Inmaculada Concepción por un gran crucifijo de madera negra, ante el cual pasaba largas horas de adoración. Exaltar la Cruz, plantarla delante de él, sobre todas las cosas, en una aureola, como el único objeto de su vida, le daba fuerzas para sufrir y luchar. Soñaba con colocarse en el sitio de Jesús, de ser coronado de espinas, de tener los miembros lacerados y el costado herido. ¡Cuán cobarde era al atreverse a quejarse de una herida imaginaria, cuando su Dios manaba sangre de todo su cuerpo, con la sonrisa de la Redención en los labios! Y por miserable que fuese, ofrecía su herida en holocausto, acababa por deslizarse al éxtasis, por creer que la sangre le corría en realidad de la frente, de los miembros, del pecho. Eran aquéllas horas de alivio, todas sus impurezas se desprendían de sus llagas. Erguía con heroismos de mártir, ansiaba tormentos espantosos, para soportarlos sin el menor estremecimiento de su carne.

con las manos en los oídos y con el rostro contra la almohada, para no volver a oír, para no ver más. Anonadábase y quedábase dormido en un sueño de muerte.



DIRECCIÓN GENERAL

VI

El siguiente día era domingo. La Exaltación de la Santísima Cruz caía en día de misa mayor y el padre Mouret había querido celebrar aquella fiesta religiosa con ostentación particular. Había concebido una devoción extraordinaria para la Cruz y había reemplazado en su habitación la estatuita de la Inmaculada Concepción por un gran crucifijo de madera negra, ante el cual pasaba largas horas de adoración. Exaltar la Cruz, plantarla delante de él, sobre todas las cosas, en una aureola, como el único objeto de su vida, le daba fuerzas para sufrir y luchar. Soñaba con colocarse en el sitio de Jesús, de ser coronado de espinas, de tener los miembros lacerados y el costado herido. ¡Cuán cobarde era al atreverse a quejarse de una herida imaginaria, cuando su Dios manaba sangre de todo su cuerpo, con la sonrisa de la Redención en los labios! Y por miserable que fuese, ofrecía su herida en holocausto, acababa por deslizarse al éxtasis, por creer que la sangre le corría en realidad de la frente, de los miembros, del pecho. Eran aquéllas horas de alivio, todas sus impurezas se desprendían de sus llagas. Erguía con heroismos de mártir, ansiaba tormentos espantosos, para soportarlos sin el menor estremecimiento de su carne.

Al rayar el alba se arrodilló ante el crucifijo, y la gracia llegó abundante como el rocío. No hizo el menor esfuerzo, sólo tuvo que doblar las rodillas, para recibirla en el corazón, para sentirse empapado hasta los huesos, por modo deliciosamente suave. La víspera había casi rendido el alma, sin que descendiese. Permanecía por mucho tiempo sorda a sus lamentos de condenado; socorriale a menudo, cuando, con ademán de niño, tan sólo acertaba a juntar las manos suplicantes. Aquella mañana fué como una bendición, un reposo absoluto, una fe completa. Olvidó todas sus angustias de los días precedentes, y entregóse en cuerpo y alma a la triunfal alegría de la Cruz. Una armadura le subía a los hombros, tan impenetrable, que el mundo se embotaba contra ella.

Cuando bajó, caminaba en un ambiente de victoria y de serenidad. La Teuse, haciéndose cruces, fué en busca de Deseada, para que le besara. Ambas palmoteaban, gritando que no había tenido tan buen semblante desde hacía más de seis meses.

En la iglesia, durante la misa mayor, el sacerdote había acabado de encontrar a Dios. Mucho tiempo hacía que no se había acercado al altar con tal enternecimiento. Tuvo que contenerse para no derramar lágrimas, con la boca pegada al paño del altar. Era una solemne misa mayor. El tío de la Rosalía, el guarda rural, cantaba al facistol, con voz de bajo, cuyo ronquido henchía con canto de órgano la aplastada bóveda. Vicente, vestido con una sobrepelliz sobrado ancha, que había pertenecido al padre Caffin, agitaba un viejo incensario de plata, prodigiosamente divertido el muchacho con el ruido de las cadenillas, incensando muy por lo alto para obtener mucho humo y mirando a su espalda si por tal modo no hacía toser a nadie. La iglesia estaba casi llena. Habíase tenido empeño en ver las pinturas del señor cura. Había aldeanas que se reían, porque aquello olía bien; mientras que los hombres, en el fondo, debajo de

la tribuna, movían a uno y otro lado la cabeza, a cada nota todavía más cavernosa del cantor. Por las ventanas, el pleno sol de las diez, que se filtraba por los vidrios de papel, penetraba, ostentando sobre las paredes revocadas grandes ondas muy alegres, en donde la sombra de los gorros de mujer parecían bandadas de grandes mariposas. Y los ramilletes de flores artificiales, colocados sobre las gradas del altar, ofrecían también una fresca alegría de flores naturales, acabaditas de coger.

Cuando el sacerdote se volvió para bendecir a los asistentes, experimentó un enternecimiento más vivo aun al ver la iglesia tan limpia, tan llena, tan rebosante de música, de incienso y de luz.

Después del Ofertorio, corrió un murmullo entre las campesinas. Vicente, que había levantado con curiosidad la cabeza, estuvo en un tris que todas las brasas del incensario, no fuesen a parar a la casulla del sacerdote. Y como éste le mirase con severidad, el muchacho quiso excusarse y murmuró:

—Es el tío del señor cura que acaba de entrar.

En lo hondo de la iglesia, apoyado en una de las delgadas columnas de madera que sostenían la tribuna, el padre Mouret distinguió al doctor Pascual, el cual no mostraba su bondadosa y risueña cara, ligeramente burlona. Habíase descubierto, grave, malhumorado, oyendo la misa con visible impaciencia. El espectáculo del cura en el altar, su recogimiento, sus ademanes cachazudos y la perfecta serenidad de su rostro, parecieron poco a poco exasperarle más y más. No pudo esperar a que terminase la misa. Salió y fué a dar la vuelta en torno de su cabriolet y su caballo, que había atado a uno de los postigos del presbiterio.

—Y bien, ese buen mozo ¿no acabará nunca de hacerse incensar?—preguntó a la Teuse, que volvía de la sacristía.

—Ya ha concluído—le respondió.—Entre usted

en el salón... El señor cura se está desnudando. Ya sabe que está usted aquí.

—¡Pardiez! al menos que esté ciego—murmuró el doctor, siguiéndola a la fría estancia, a los duros muebles, que ella llamaba pomposamente el salón.

Paseóse unos minutos de acá para allá. La habitación, de tristeza gris, aumentaba su mal humor. Mientras andaba, daba golpecitos con la contera de su bastón sobre la apollillada erin de los asientos, que repercutían con el sonido seco de la piedra.

Después, cansado, detúvose delante de la chimenea, en donde un gran San José, abominablemente pintarrajeado, hacía las veces de reloj.

—¡Ah! no es ninguna desgracia—dijo así que oyó el ruido de la puerta.

Y adelantándose hacia el sacerdote:

—¿Sabes que has hecho que me trague la mitad de una misa? Tiempo hace que semejante cosa no me había sucedido... En fin, tenía absolutamente empeño en verte hoy mismo. Quería hablar contigo.

Y no concluyó. Miraba al sacerdote con sorpresa. Hubo un instante de silencio.

—¿Tú te sientes bien?—repuso con voz alterada.

—Sí, estoy mucho mejor—dijo el sacerdote sonriendo.—No le esperaba a usted hasta el jueves. El día que tiene usted fijado no es el domingo... ¿Tiene usted algo que comunicarme?

Pero el tío Pascual no contestó de golpe y porrazo. Continuó fijándose en el cura, el cual se encontraba todavía empapado en las tibiezas de la iglesia; llevaba en sus cabellos el perfume del incienso, y mantenía en el fondo de sus ojos la alegría de la Cruz. El tío movió a uno y otro lado la cabeza, en presencia de aquella paz triunfante.

—Vengo del Paradou—dijo bruscamente.—Jeanbernat ha ido por mí esta noche... He visto a Albina. Esta joven me inquieta y necesita muchas contemplaciones.

Y mientras hablaba, no dejaba de estudiar al sacerdote; ni siquiera le vió parpadear.

—En fin, ella te ha cuidado—agregó con más rudeza.—A no ser por ella, tal vez estarías a estas horas en una jaula de las Tuilettes, con la camisa de fuerza en los hombros... Pues bien, he prometido que irías a verla. Te llevaré en mi compañía. Es una despedida. Se quiere ir.

—No puedo hacer más que rogar por la persona de que usted me habla—dijo el padre Mouret con dulzura.

Y como el doctor perdiese los estribos y diese un bastonazo sobre el canapé:

—Soy sacerdote y sólo cuento con oraciones—concluyó sencillamente, mas con muy firme acento.

—¡Ah! mira, tienes razón—exclamó el tío Pascual, dejándose caer sobre un sillón, con las piernas desmadejadas.—Yo no soy más que un viejo loco. Sí, he llorado en mi cabriolet, al venir aquí, enteramente solo, al igual que un niño... He aquí lo que resulta de vivir rodeado de libracos. Se hacen envidiables experimentos, pero se porta uno como un mal hombre... ¿Podría yo sospechar que terminase todo tan mal?

Levantóse y volvió a ponerse a andar, desesperado.

—Sí, sí, yo debería de haber sospechado. Era lo más lógico. Y tratándose de ti, esto resultaba abominable. Tú no eres un hombre como los demás... Pero, escucha, yo te aseguro que estabas perdido. El ambiente que produjo a tu alrededor, era lo único que podía salvarte de la locura. En fin, ya me entiendes, no necesito decirte la situación en que te encontrabas. Es una de las más hermosas curas que me ha sido dado hacer. Y no me siento orgulloso, no, porque ahora, he aquí que la pobre niña de ello se muere.

El padre Mouret se había quedado en pie, muy sosegado, con su tranquila aureola de mártir, que nada de humano puede ya abatir.

UNIVERSIDAD DE VALPARAISO
BIBLIOTECA DE INVESTIGACION
"ALFONSO N.
M. 1002 BONTI MONTAÑA, VALPARAISO

—Dios tendrá de ella misericordia—dijo.

—¡Dios, Dios!—murmuró sordamente el doctor, —mejor haría en no mezclarse en nuestros asuntos. Podría arreglarse todo.

Después, alzando la voz, repuso:

—Habíalo calculado todo. ¡Esto es lo más grande! ¡Ah, imbecil! Tú permanecías un mes convaleciendo. La sombra de los árboles, la fresca respiración de la muchacha, toda aquella juventud, te devolvía la vida. Por otra parte, la joven perdía su salvajismo, la humanizabas, y entre ambos hacíamos una señorita que habríamos casado en cualquier parte. Todo habría resultado a pedir de boca. ¿Podría yo imaginarme que ese viejo filósofo de Jeanbernat no se apartaría ni un ápice de sus hortalizas? Verdad es que yo tampoco he salido de mi laboratorio. Tenía entablados ciertos estudios... ¡Y la culpa ha sido mía! ¡Soy un mal hombre!

Se ahogaba y quería salir. Por todas partes buscaba el sombrero, y lo llevaba en la cabeza.

—¡Adiós!—tartamudeó;—me voy... Conque te niegas a venir? Vamos, hazlo por mí; ya ves cuánto es lo que sufro. Te juro que ella se ausentará en seguida. Así está convenido... Tengo aquí mi cabriolet, y dentro de una hora estarás de regreso... Ven, te lo suplico.

El sacerdote hizo un gesto de tranquilidad, uno de los gestos que el doctor le había visto hacer en el altar.

—No—le dijo,—no puedo.

Y al acompañar a su tío, agregó:

—Dígale usted que se arrodille y que ruegue a Dios... Dios la oirá como a mí me ha oído; la aliviará como a mí me ha aliviado. No hay otra salvación.

El doctor le miró al rostro y se encogió terriblemente de hombros.

—Adiós—repitió.—Tú gozas de salud, y ya no me necesitas.

Pero mientras desataba el caballo, Deseada, que

acababa de oír su voz, llegó a todo correr. Adoraba a su tío. Cuando era más niña, el doctor escuchaba su charloteo de galopina, durante horas, sin cansarse nunca. Aun ahora, la consentía, se interesaba por su corral y se quedaba con el mayor gusto toda una tarde con ella, en medio de las gallinas y de los patos, sonriéndole con sus perspicaces ojos de sabio. Llamábala "el gran animal", con acento de cariñosa admiración. Parecía considerarla muy por encima de las demás muchachas. Así fué que se arrojó a su cuello en un arranque de ternura, gritando:

—¿Te quedas? ¿Almorzarás con nosotros?

Pero él la besó, negándose y apartándola de sí con ademán de mal humor. Deseada reía a más y mejor y se colgó de nuevo a sus hombros.

—Haces muy mal—repuso.—Tengo huevos acabados de poner. Estaba acechando a las gallinas. Han puesto catorce esta mañana... Y nos habríamos comido un pollo, el blanco, el que pega a los demás. Allí estabas, el jueves, cuando vació un ojo al grande mosqueado.

El tío proseguía incomodado. Irritábase contra el nudo de la brida, que no lograba deshacer. Entonces Deseada se puso a saltar a su alrededor, batiendo las palmas, y canturreando:

—Sí, sí, te quedas... Nos lo comeremos, nos lo comeremos.

La cólera del tío no pudo durar más. Levantó la cabeza y se sonrió. Era aquella una alegría demasiado sana, demasiado viva, demasiado verdadera; era salida del corazón, tan natural y tan franca como el reflejo del sol que doraba su desnuda carne.

—¡El gran animal!—murmuró embelesado.

Después, cogiéndola por las muñecas, mientras que continuaba saltando:

—Escucha, hoy no puede ser. He de visitar una pobre niña que está enferma. Volveré otra mañana. Te lo prometo.

—¿Cuándo, el jueves?—insistió.—Ya sabes que la vaca está en aquel estado. No parece estar muy a sus anchas, de dos días a esta parte... Tú eres médico y podrías quizás darle un remedio.

El padre Mouret, que se había quedado allí, apacible, no pudo contener una ligera sonrisa. El doctor subió alegremente al cabriolet, diciendo:

—Eso es, cuidaré a la vaca... Acércate que te bese, gran animal. Hueles bien, hueles a salud. Y vales más que todo el mundo. Si todo el mundo fuese como mi gran animal, la tierra sería demasiado hermosa.

Dirigió al caballo un pequeño chasquido con la lengua y continuó hablando solo, mientras que el cabriolet bajaba la cuesta.

—Sí, animales, no se necesitarían más que animales. Todo el mundo sería hermoso, estaría alegre, sería fuerte. ¡Ah! ¡Este es el sueño!... Por lo que toca a la muchacha, todo ha salido a pedir de boca; es tan feliz como su vaca. Mas en cuanto al muchacho, no ha resultado así; agoniza bajo su sotana. Un poco más de sangre, algo más de nervios, y a paseo, se frustra la vida... Verdaderos Rougon y verdaderos Macquart es lo que son esos chicos. Lo último de la cuadrilla, la degeneración final.

Aguijó al caballo y subió al trote la cuesta que conducía al Paradou.

VII

El domingo era día de gran ocupación para el padre Mouret. Tenía vísperas, que generalmente decía ante las sillas vacías, pues ni siquiera la Bichet llevaba la devoción hasta el punto de volver a la iglesia por la tarde. Luego, allá a las cuatro, el Hermano Archangias llevaba a los galopines de su escuela para que el señor cura les hiciese recitar su lección de catecismo. Aquello se prolongaba a veces hasta muy tarde. Cuando los muchachos se presentaban sobrado indomables, llamábase a la Teuse, quien les amedrantaba con la escoba.

Aquel domingo, allá a las cuatro, Deseada se encontraba sola en el presbiterio. Como se aburriese, fué a arrancar hierba para los conejos, al cementerio, en donde se daban amapolas gigantescas, por las cuales se pirraban aquellos animalitos. Arrastrábase de rodillas entre las tumbas y se llevaba delante de las verduras crasas, sobre las cuales sus animales caían con ansia devoradora.

—¡Oh! qué hermosos llantenes —murmuraba agachándose ante la losa del padre Caffin, entusiasmada con el encuentro.

Allí, en efecto, entre las mismas junturas de la piedra, magníficos llantenes ostentaban sus amplias hojas. Había acabado de llenar el delantal, cuando creyó oír un rumor singular. Un roce de ramas,

un rodar de removidas pedrezuelas subían de la hondonada que se abría en uno de los lados del camposanto, por cuyo fondo se deslizaba el Masele, torrente que bajaba de las alturas del Paradou. La cuesta era tan agria, de tan difícil acceso, que Deseada pensó en algún perro perdido, en alguna cabra escapada. Adelantóse deprisa y corriendo y, al inclinarse, quedó estupefacta al distinguir, en medio de las zarzas, una joven que se aprovechaba de las menores hendiduras de la roca, con agilidad extraordinaria.

—Voy a darle a usted la mano—le gritó.—Hay para romperse la cabeza.

La joven, al verse descubierta, dió un salto de miedo, como si fuese de nuevo a bajar. Pero alzó la cabeza y cobró ánimo, hasta aceptar la mano que se le tendía.

—¡Oh! la conozco a usted—repuso Deseada, muy contenta, y soltando el delantal para cogerla por la cintura, con sus graciosos modales de niña grande. Usted me dió unos mirlos. Se murieron, los pobrecillos. Tuve una gran pena. Espere usted, sé su nombre, lo he oído. La Teuse lo pronuncia a menudo, cuando Sergio no está presente. Me ha prohibido muy de veras que lo repita... Espere usted, voy a hacer memoria.

Y hacía los mayores esfuerzos, que la ponían en extremo seria. En seguida, cuando hubo dado con lo que buscaba, púsose muy alegre, saboreando una vez tras otra la armonía del nombre.

—¡Albina, Albina!... ¡Cuán dulce es! Al principio había creído que era usted un abejaruco, porque yo tuve uno a quien llamaba así, poco más o menos, no recuerdo bien.

Albina no se sonrió. Hallábase por todo extremo pálida, con una llama de fiebre en los ojos. Algunas gotas de sangre le corrían de las manos. Tan luego como hubo cobrado aliento, dijo rápidamente:

—No, deje usted. Va usted a ensuciar el pa-

ñuelo limpiándome. No es nada, algunos rasguños... No he querido venir por el camino, se me habría visto; he preferido seguir el torrente... ¿Está Sergio ahí?

Aquel nombre pronunciado familiarmente, con profundo ardor, no chocó a Deseada. Contestó que se encontraba allí, en la iglesia, recitando el catecismo.

—No hay que hablar en voz alta—agregó llevándose un dedo a los labios.—Sergio me tiene prohibido que hable en alta voz, cuando está ocupado con el catecismo. De otro modo vendrían a reñirnos... Vamos a meternos en la cuadra ¿le parece a usted? Estaremos alla bien y hablaremos.

—Quiero ver a Sergio—dijo sencillamente Albina.

La hermana del sacerdote bajó aún más la voz, y dirigió furtivas miradas a la iglesia, murmurando:

—Sí, sí, cogemos de improviso a Sergio. Venga usted conmigo. Nos ocultaremos y no haremos ruido. ¡Oh! ¡Qué divertido va a resultar!

Había recogido el montón de hierbas que se había deslizado del delantal. Salió del cementerio, entró en la rectoría con infinitas precauciones, recomendando mucho a Albina que se ocultase tras de ella, y que se redujera todo lo posible. Al refugiarse las dos a todo correr en el corral, percibieron a la Teuse, que atravesaba la sacristía y que pareció no verlas.

—¡Chist, chist!—repetía Deseada, llena de gozo, cuando se hubieron escondido en lo más hondo de la cuadra... Ahora nadie nos encontrará... Aquí hay paja; acomódese usted a su gusto.

Albina tuvo que sentarse en un haz de paja.

—¿Y Sergio?—preguntó con la obstinación de la idea fija.

—Mire usted, se oye su voz... Cuando dé unas palmadas, los chicuelos se irán... Escuche usted; ahora les refiere una historia.

La voz del padre Mouret llegaba, en efecto, muy suavizada, por la puerta de la sacristía, que la Teuse, sin duda, acababa de abrir.

Fué aquello como un hábito religioso, un murmurio en que se oyó por tres veces el nombre de Jesús. Albina se estremeció. Alzábase para correr en busca de aquella voz amada, cuyo cariñoso acento conocía, cuando el sonido pareció desvanecerse, ahogado por la puerta, que se había vuelto a cerrar. Entonces se sentó de nuevo y pareció esperar, con las manos apretadas, entregada por completo al pensamiento que ardía en el fondo de sus límpidos ojos. Deseada, recostada a sus pies, la contemplaba con ingenua admiración.

—¡Oh, qué hermosa es usted!—murmuró.—Se parece usted a una imagen que Sergio tenía en su habitación. Era tan blanca como es usted. Tenía grandes bucles que le flotaban sobre los hombros. Mostraba su rojo corazón, ahí, en el sitio en que siento latir el de usted... No me escucha usted, está usted triste. ¿Quiere usted que juguemos?

Pero se interrumpió exclamando entre dientes, pero bajando la voz:

—¡Las muy bribonas! Van a conseguir que se nos sorprenda.

No se había quitado su delantal de hierbas y ya sus bichos la tomaban por asalto. Una manada de gallinas había acudido, cacareando, llamándose y picando las verdes matas que colgaban. La cabra, como quien no hacía la cosa, pasaba la cabeza por debajo del brazo de Albina y mordía las anchas hojas; y hasta la vaca, atada a la pared, tiraba de la cuerda, alargaba el hocico y daba salida a su cálido aliento.

—¡Ah, grandísimas bribonas!—repetía Deseada.—¡Esto es para los conejos! ¡Queréis dejarme en paz! Lo que es tú vas a recibir un pescocón... Y en cuanto a ti, si te vuelvo a atrapar ya te arreman-garé la cola... ¡Habrá canallas! ¡Antes se me comerían las manos!

Y daba de morradas a la cabra, dispersaba a las gallinas a puntapies y aporreaba con toda la fuerza de sus puños el morro de la vaca. Pero los animales se apartaban y volvían a la carga más avariciosos, saltándole encima, invadiéndola y destrozándole el delantal. Y guiñando los ojos, murmuraba al oído de Albina, como si los animales hubiesen podido entenderla:

—¡Qué pilletes son! Espere usted, que va usted a verles comer.

Albina miraba con su aspecto serio.

—Vamos, sean ustedes formales—continuó Deseada.—No os faltará a ninguna; pero cada cual cuando le toque... Primero, la gran Lisa. ¡Eh! parece que te despepitás por el llantén!

La gran Lisa era la vaca. Rumió con toda lentitud un puñado de substanciosas hojas nacidas en la sepultura del padre Caffin. Un ligero hilito de baba pendía de su hocico. Sus grandes y oscuros ojos ofrecían una glotona dulzura.

—Ahora a ti—continuaba Deseada, volviéndose a la cabra.—¡Oh, ya sé que quieres amapolas. Y las prefieres con flores, ¿no es eso? y con capullos [que estallan en tus dientes como confites... Toma, aquí las tienes de lo mejor; vienen del rincón de la izquierda, en donde se enterraba el año anterior.

Y sin dejar de hablar, ofrecía a la cabra un ramillete de sangrientas flores, que el animal se iba comiendo. Así que no le quedaron en las manos más que los tallos, ella misma se los puso entre los dientes. Por detrás, furiosas las gallinas, le picoteaban las faldas. Echóles achicorias silvestres y dientes de león, que había cogido de alrededor de las viejas losas colocadas a lo largo de la pared de la iglesia. Las gallinas se disputaron sobre todo los dientes de león, con la voracidad, con tal rabioso batir de alas y de espolonazos, que los demás animales del corral se dieron por entendidos. Entonces convirtiéndose aquello en una irrupción general. El gran gallo leonado, Alejandro, apareció el

primero. Picó un diente de león y lo partió en dos, sin comérselo. Cacareaba, llamando a las gallinas que se habían quedado fuera, y retrocediendo como para invitarlas a comer. Y entró una gallina blanca, luego una negra y después toda una hilera, que se empujaban, se subían sobre las colas, concluyendo por correr como por sobre una charca de plumas desprendidas. Tras de las gallinas acudieron los palomos y los patos, y las ocas y hasta las pavas. Deseada se reía, en mitad de aquella viviente oleada, anegada, perdida, repitiendo:

—Siempre que traigo hierbas del cementerio sucede lo propio. Se matarían por comérselas... deben de tener un gusto exquisito.

Y se defendía, poniendo en alto los últimos puñados de verdura, a fin de salvarlos de aquellos picos voraces que se alzaban hacia ella, repitiendo que había que guardar para los conejos, que iba a atufarse y que les pondría a pan seco. Mas era el caso que se sentía débil. Las ocas le tiraban de las puntas del delantal con tanta fuerza, que a punto estaba de caer de rodillas. Los patos le devoraban los tobillos. Dos palomos se le habían posado sobre la cabeza. Las gallinas le subían hasta los hombros. Era aquella una ferocidad de animales que olían la carne, los succulentos llantenes, las sanguinolentas amapolas, los dientes de león rezumando savia en que había algo de la vida de los muertos. Albina se reía a más no poder, sentíase a punto de venir al suelo, de soltar los dos últimos puñados, cuando un terrible gruñido vino a sembrar el pánico a su alrededor.

—Eres tú, rechoncho mío—dijo embelesada.—Cómételos, líbrame de ellos.

El cerdo hacía su aparición. No era ya el marrañillo, sonrosado como un juguete acabado de pintar, con su rabillo retorcido como un bramante; sino un corpulento gorrino, apto para el sacrificio, redondo como la panza de un chantre, con el dorso cubierto de ásperas cerdas que meaban la grasa.

Tenía el vientre color de ámbar, por haber dormido en el estercolero. Con el hocico adelante, rodando sobre sus patas, se lanzó en medio de los animales, lo que permitió a Deseada poner pies en polvorosa e ir a dar a los conejos las escasas hierbas que con valor tanto había defendido. Cuando volvió, la paz estaba hecha. Las ocas balanceaban blandamente el cuello, estúpidas y felices; los patos y las pavas se iban contorneando las paredes, con los prudentes anadeos de animales enfermos, las gallinas cacareaban su bajo tono, picando un invisible grano en el duro suelo de la cuadra; mientras que el cerdo, la cabra, la gran vaca, medio adormilados, entornaban los párpados. En la parte de afuera, una tempestuosa lluvia comenzaba a caer.

—¡Bueno, tormenta tenemos!—dijo Deseada, quien había vuelto a sentarse en la paja con un escalofrío.—Bien haréis en quedaros aquí, animales, si no queréis calaros hasta los huesos.

Y se volvió hacia Albina, agregando:

—¡Eh! ¡Qué bobalicones parecen! Los muy bestias no se despiertan sino para caer sobre la pizanza.

Albina permanecía silenciosa. Las risas de aquella hermosa muchacha, exhalándose en medio de aquellos cuellos voraces, de aquellos hambrientos picos, que la acariciaban, que la besaban, que parecían quererle comer la carne, la habían puesto más pálida. Tanta alegría, tanta salud, tanta vida, la desesperaban. Apretaba sus calenturientos brazos y oprimía el vacío contra su pecho, seco por el abandono.

—¿Sergio?—preguntó con su misma voz clara y testaruda.

—¡Chist!—dijo Deseada.—Acabo de oírle, no ha terminado aún... No hemos hecho poco ruido hace un instante... Fuerza es que la Teuse esté sorda esta tarde... Estémonos quietas, ahora. Es agradable el oír caer la lluvia.

El chaparrón entraba por la puerta que se había dejado abierta y caía sobre el umbral en anchas gotas. Algunas gallinas, inquietas, después de aventurarse, habían retrocedido, hasta lo hondo de la cuadra. Todos aquellos animales se refugiaban allí, en torno de las faldas de las dos jóvenes, exceptuando tres patos que habían ido a pasearse con toda tranquilidad bajo la lluvia. La frescura del agua, chorreando en el exterior, parecía rechazar hacia el interior los ardientes vapores del corral. Hacía gran calor en la paja. Deseada acercó dos grandes haces y se acomodó como sobre dos almohadas. Hallábase muy a su comodidad y gozaba con todo su cuerpo.

—Se está muy bien, se está muy bien—murmuró.—Acuéstese usted como yo. Me hundo y estoy apoyada por todos lados, la paja me hace cosquillas en el cuello... Y cuando una se restriega, le corren a una por todo el cuerpo; diríase que los ratones se esconden bajo las sayas.

Y se restregaba y se reía sola, dando golpes a derecha e izquierda, como para defenderse de los ratones. Luego se quedaba con la cabeza abajo y las rodillas al aire, prosiguiendo:

—¿No se revuelca usted en la paja en su casa? Por mi parte, no sé que haya nada mejor. A veces me hago cosquillas en las plantas de los pies. Esto también resulta muy gracioso... Y usted, ¿no se hace cosquillas?

Pero el gran gallo leonado, que se había acercado gravemente, viéndola boca arriba, acababa de saltarle sobre el pecho.

—¿Quiere largarte, Alejandro?—gritó.—¡Qué bestia es este animal! No puedo tenderme, sin que al punto se plante ahí... Me oprimes demasiado y me haces mal con las uñas ¿lo oyes? No me opongo a que te quedes, pero has de ser juicioso y no me picarás los cabellos, ¿estamos?

Y no le volvió a inquietar. El gallo se mantenía firme en su corpiño, pareciendo a veces que la

miraba bajo la barba, con sus ojos de ardiente ascua. Los demás animales se acercaban a sus sayas. Después de haberse vuelto a revolcar, había acabado por quedarse medio transpuesta, en envidiable posición, con los miembros apartados y con la cabeza echada atrás. Y continuó:

—¡Ah! esto es demasiado bueno y me cansa en seguida. La paja da sueño, ¿verdad que sí? A Sergio no le gusta; tal vez a usted tampoco. Entonces ¿qué es lo que a usted le puede gustar?... Dígamelo, para que yo lo sepa.

Y se amodorraba poco a poco. Por un instante se mantuvo con los ojos muy abiertos, pareciendo andar en busca de algún placer que ignoraba. Después entornó los párpados con sonrisa de tranquilidad, como plenamente satisfecha. Parecía dormir, cuando al cabo de unos minutos, volvió a abrir los ojos diciendo:

—La vaca va a tener un becerrillo... También esto será bueno y me divertirá más que todo.

Y cayó en un profundo sueño. Los animales habían concluido por subirse encima de ella; era una oleada de vivientes plumas que la cubrían. Las gallinas parecían empozarle los pies; las ocas acercaban el vello de su cuello a lo largo de sus muslos. A la izquierda el cerdo le calentaba el costado; mientras que la cabra, a la derecha, le alargaba su barbuda cabeza, hasta el sobaco. Y un poco por todas partes, los pichones se anidaban en sus abiertas manos, en el hueco de su cintura y tras de sus hombros. Y al dormir, mantenía su color sonrosado, acariciaba por la más fuerte respiración de la vaca, sofocada bajo el peso del gran gallo acurrucado, que se había ido más abajo del seno, con las alas caídas, con la cresta encendida, y con el leonado vientre quemándola con caricia de llama, a través de sus sayas.

Fuera la lluvia caía más menuda. Una sábana de sol, escapada del borde de una nube, humedecía con oro el polvo del agua voladora. Albina, que

había permanecido inmóvil, miraba dormir a Deseada, a aquella hermosa joven que regocijaba su cuerpo revolcándose en la paja. Deseaba ella también sentirse cansada y desfallecida, adormecida por el placer que la produciría algo extraordinario que le acariciase la nuca. Celos sentía por aquellos robustos brazos, por aquel turgente seno, por aquella vida toda carnal en el fecundante calor de un rebaño de animales, por aquel florecimiento puramente animal que hacía de la robusta joven la tranquila hermana de la gran vaca pía. Soñaba con verse amada por el gallo leonado y de amar ella también como los árboles brotan, naturalmente, sin baldón, abriendo cada una de sus venas a los movimientos de la savia. Era la tierra la que nutría a Deseada cuando se tumbaba de espaldas.

Entre tanto la lluvia había cesado por completo. Los tres gatos de la casa, el uno en pos del otro, se metían en el corral, pegados a la pared, tomando infinitas precauciones para no mojarse. Asomaron la cabeza en la cuadra, dirigiéndose en derchura a la durmiente, ronronando y acostándose junto a ella, con las patas un tantico sobre su carne. Mumú, el gran gato negro, acurrucado contra una de sus mejillas, se puso a lamerle la barba con toda dulzura.

—¿Y Sergio?—preguntó maquinalmente Albina.

¿En dónde, pues, estaba el obstáculo? ¿Quién le impedía satisfacerse por tal modo, feliz, en plena naturaleza? ¿Por qué no amaba, por qué no era amada, a la luz del día, libremente, como los árboles brotan? No lo sabía, sentíase abandonada, llagada para siempre. Y la avasallaba una terquedad feroz, una necesidad de volver a estrechar en sus brazos lo que era suyo, de ocultarlo, de seguir disfrutando. Entonces se levantó. La puerta de la sacristía acababa de ser abierta; un ligero palmeteo dejóse oír, seguido por la zambra de una cuadrilla de muchachos, golpeando con sus zuecos las

baldosas; el catecismo había dado punto. Albina se alejó suavemente de la cuadra, en donde esperaba, hacía una hora, en el cálido ambiente del corral. Al dirigirse a lo largo del corredor de la sacristía, columbró la espalda de la Teuse, que entró en la cocina, sin volver la cabeza. Y en la seguridad de no ser vista, empujó la puerta, acompañándola con la mano para que cerrase sin ruido.

Albina se hallaba en la iglesia.

Y le tendía las manos como para ayudarle a levantarse. El volvió a santiguarse y continuó orando, mirándola. Había calmado el primer estremecimiento de su cuerpo. En la gracia que le inundaba desde por la mañana, como baño celestial, obtenía fuerzas sobrehumanas.

—Este no es el lugar de usted—le dijo con gravedad.—Retírese... Está usted agravando sus sufrimientos.

—No sufro ya—replicó con una sonrisa.— Me siento mejor, estoy curada, puesto que te veo... Escucha, me hacía más enferma de lo que estaba, para que se viniese por ti. Ahora quiero confesarlo. Esto es como aquella promesa de partir, de dejar la comarca, después de haberte encontrado... tal vez no te habrás imaginado que habría sabido mantenerla. Pues bien, antes te habría llevado sobre mis hombros... Los demás no saben; mas en cuanto a ti, bien te consta que ya no me es posible vivir, sino en tus brazos.

Y volvía a considerarse feliz, y se le acercaba con caricias de niña inocente, sin fijarse en la rígida frialdad del sacerdote. Impacientóse y batió alegre las palmas, gritando:

—Vamos, decídetes de una vez, Sergio. Nos haces perder un tiempo precioso. No se necesitan tantas reflexiones. Que te llevo conmigo, ¡pardiez! es lo más sencillo. Si quieres no ser visto, nos iremos por el Mascle. El camino no es muy cómodo, mas yo he venido sola por él; siendo dos, nos ayudaremos uno a otro... Conoces el camino, ¿verdad? Atravesamos el cementerio, bajamos a orillas del torrente, y después no tenemos más que seguir su curso hasta llegar al jardín. ¡Y qué bien está uno en su casa, allá abajo, en el fondo! Allí no hay nadie, allí no hay sino malezas y hermosos cantos rodados. El lecho del río está casi seco. Al venir, pensaba: "Cuando esté conmigo, andaremos piquito a poco, abrazándonos..." Vamos, despacha. Te espero, Sergio.

Por el pronto no vió a nadie. Por la parte de afuera la lluvia caía nuevamente, una lluvia menuda, tenaz. La iglesia le pareció por completo gris. Pasó por detrás del altar mayor y se adelantó hasta el púlpito. En medio de la nave no se veían más que escaños dejados en el mayor desorden por los muchachos del catecismo. El péndulo del reloj oscilaba sordamente en todo aquel vacío. Entonces bajó para llamar en las maderas del confesonario, que distinguía al otro extremo. Mas al pasar por delante de la capilla de los Difuntos, encontróse con el padre Mouret prosternado al pie del gran Cristo bañado en sangre. No se movía, y sin duda debía de creer que la Teuse ponía orden en los bancos, detrás de él. Albina le puso la mano sobre el hombro.

—Sergio—le dijo,—vengo por ti.

El sacerdote alzó la cabeza con la palidez de la muerte y se estremeció. Permaneció de rodillas y se santiguó, con los labios todavía balbucientes con su plegaria.

—He estado esperando—prosiguió la joven.— Cada mañana, cada tarde, miraba para ver si venías. He contado los días, y por último no he contado ya nada. Han pasado semanas... Entonces, cuando me he persuadido de que no irías, yo misma he venido, yo. Y me he dicho: "Me lo llevaré." Dame las manos, vámonos.

El sacerdote parecía no oír ya. Había vuelto a sumirse en sus oraciones, pidiendo al cielo el valor de los santos. Antes de empeñar la lucha suprema, armábase de las centelleantes espadas de la fe. Por un instante tuvo miedo de flaquear. Había necesitado un heroísmo de mártir para dejar sus rodillas pegadas a la losa, en tanto que cada palabra de Albina le llamaba; su corazón iba hacia ella, toda su sangre se sublevaba, le arrojaba a sus brazos, con el deseo irresistible de besar sus cabellos. Albina, con sólo el aroma de su aliento, había despertado y hecho pasar en un segundo los recuerdos de sus ternuras, el gran jardín, los paseos bajo las arboledas, la alegría de su unión; pero la gracia le bañó con su rocío más abundante; no fué sino el tormento de un instante lo que le vació la sangre de las venas; y nada de humano permaneció en él. Ya no era más que la cosa de Dios.

Albina tuvo que tocarle de nuevo en el hombro. Inquietábase y se exasperaba cada vez más.

—¿Por qué no respondes? No te puedes negar, vas a seguirme... Piensa que me moriría si te negases. Pero no, eso no es posible. Haz memoria. Estábamos juntos y no debíamos separarnos jamás. Y veinte veces te diste. Decíasme que te tomase todo entero. que tomase tus miembros, tu aliento, tu vida... No lo he soñado, no. No hay una parte de tu cuerpo que no me hayas entregado, ni uno sólo de tus cabellos de que no sea dueña. Tienes una señal en el hombro izquierdo, la he besado y me pertenece. Tus manos son mías, las he tenido estrechadas en éstas durante días enteros. Y tu rostro, tus labios, tus ojos, tu frente, todo es mío, de todo he dispuesto para mis caricias... ¿No me oyes, Sergio?

Y se alzaba ante él, soberana, extendiendo los brazos. Y repitió en voz aun más alta:

—¿No me oyes, Sergio? ¡Eres mío!

Entonces, lentamente, el padre Moutet se levantó y acercóse al altar, diciendo:

—No, usted se equivoca; yo soy de Dios.

Rebosaba de serenidad. Su rostro se parecía al de un santo de piedra, no alterado por calor alguno subido de las entrañas. Caíale la sotana en rectos pliegues, a modo de negro sudario, sin dejar traslucir nada de su cuerpo. Albina retrocedió a la vista del sombrío fantasma de su amor. No encontraba su abundante cabellera, su seductora barba. Ahora, en mitad de sus cabellos recortados, distinguía una pálida mancha, la tonsura, que la inquietaba, como un mal desconocido, como una llaga maligna, que había tomado allí cuerpo para comerse la memoria de los días felices. Ya no conocía ni sus manos en otro tiempo tibias de caricias, ni su flexible cuello tan sonoro con sus risas, ni sus nerviosos pies, cuyo rápido andar llevábale al fondo de las enramadas. ¿Era, pues, aquel joven de acerados músculos, con el desnudo cuello dejando ver el vello del pecho, el cutis tostado por el sol, las espaldas vibrantes de vida, y en cuyos brazos había vivido durante una estación? Ahora parecía no tener ya carne, el pelo habíasele caído vergonzosamente, toda la virilidad se desvanecía bajo aquel traje de mujer que le dejaba sin sexo.

—¡Oh!—murmuró,— me causas miedo... ¿Me has tenido por muerta, cuando te has puesto de luto? Quitaté esa ropa negra, ponte una blusa. Te remangarás las mangas y pescaremos cangrejos... Tus brazos eran tan sonrosados como los míos.

Había llevado la mano a la sotana como para desgarrar la tela. Sergio la rechazó con un ademán, mas sin tocarla. Mirábala y se fortalecía contra la tentación, sin apartar de ella la vista. Parecíale que había crecido. No era ya la muchacha de los ramilletes silvestres, lanzando al viento sus risas de bohemia, ni la enamorada vestida con blancas sayas, cimbreando su delgada cintura y retardando su apasionado andar tras de los setos.

Ahora un tenue vello de fruta sombreaba su labio, sus caderas se movían en libertad y su seno mostraba la expansión de la flor entreabierta. Era mujer, con su prolongado rostro, que le prestaba un aspecto de fecundidad. En sus dilatados costados dormía la vida. En sus mejillas, a flor del cutis, se transparentaba la adorable madurez de su carne. Y el sacerdote, envuelto y todo en aquel apasionado aroma de mujer formada, revestíase de amarga alegría al desafiar la caricia de su sonrosada boca, la risa de sus ojos, la atracción de su seno, la embriaguez que se desprendía de ella al menor movimiento. Llevaba su temeridad hasta el extremo de buscar con la mente en su cuerpo aquellos sitios que tan locamente besó en otro tiempo, sus ojos, sus labios, sus sienes, suaves como el raso, su nuca de ámbar, sedosa como el terciopelo. Nunca, ni en el propio cuello de Albina, había saboreado las felicidades que experimentaba martirizándose, mirando frente a frente aquella pasión a que se negaba corresponder. En seguida tuvo miedo de ceder a algún nuevo lazo que le tendiese la carne. Bajó los ojos y dijo con dulzura:

—No puedo oírla a usted aquí. Salgamos si es que usted desea acrecentar los dolores de ambos... Nuestra presencia en este sitio es un escándalo. Nos hallamos en la casa de Dios.

—¿Quién es Dios?—exclamó Albina, enloquecida, convertida nuevamente en la gran muchacha abandonada en plena naturaleza.—Yo no le conozco, a ese tu Dios, no quiero conocerle, si te roba a mí, que nunca le hice mal alguno. Salimos con que mi tío Jeanbernat tiene razón cuando dice que tu Dios es una invención de maldad, una manera de asustar a la gente y de hacerla llorar. Mientes, ya no me amas, tu Dios no existe.

—Está usted en su casa—repitió el padre Mouret con fuerza.—Usted blasfema. Con un sólo soplo podría reducirla a usted a polvo.

La joven soltó una soberbia carcajada. Levantó los brazos, como desafiando al cielo.

—¡Es decir—dijo,—que prefieres tu Dios a mí! Lo tienes por más fuerte que yo... Te figuras que te amaré más que yo... ¡Vaya! no eres más que un niño. Déjate de tonterías. Vamos juntos a volvernos a nuestro jardín, a amarnos, a ser felices, a ser libres. Esto es la vida.

Aquella vez había logrado cogerle por la cintura, y lo arrastraba; mas él, estremeciéndose, pudo desprenderse de sus brazos; volvió a adosarse contra el altar, olvidándose de sí mismo, y tuteándola como en otro tiempo.

—Vete—balbuceó.—Si todavía me amas, vete... ¡Oh, Señor, perdónala, perdóname, si profanamos tu casa. Si atravesase la puerta tras ella, tal vez la seguiría. Aquí, en tu casa, me siento fuerte. Haz que me quede. Aquí, en tu casa, me siento fuerte. Haz que me quede aquí, defendiéndote.

Albina permaneció un instante silenciosa. Después, con voz más sosegada:

—Bien está, no nos movamos de aquí... Quiero hablarte. Tú no puedes ser malo. Me comprenderás. No me dejarás irme sola. No, no te defiarás. No volveré a cogerte, ya que esto te hace mal. Ya ves, no puedo estar más tranquila. Vamos a hablar con toda calma, como cuando nos perdíamos y cuando no buscábamos el camino, para hablar por más tiempo.

Sonrióse y prosiguió:

—En cuanto a mí, nada sé. El tío Jeanbernat me prohibía venir a la Iglesia. Decíame: "Animal, ya que tienes un jardín, ¿qué irías a hacer a una casucha, en donde se ahoga la gente?" He crecido muy contenta. Miraba los nidos, sin tocar los huevos. Ni siquiera cogía las flores, por temor de ensangrentar las plantas. Ya sabes que nunca cogí un insecto para atormentarlo... Entonces ¿por qué Dios habría de estar irritado contra mí?

—Fuerza es conocerle, rogarle, rendirle a cada

momento los homenajes que le son debidos—contestó el sacerdote.

—¿Y eso te satisfaría, verdad?—repuso la joven.—¿Me perdonarías y seguirías amándome? Pues bien, yo quiero cuanto tú quieres. Háblame de Dios, en él creeré y llegaré a adorarle. Cada una de tus palabras será una verdad que escucharé de rodillas. ¿Tuve alguna vez pensamiento alguno que no fuese el tuyo?... Reanudaremos nuestros largos paseos, me instruirás y harás de mí lo que mejor te plazca. ¡Oh! ¡consiente, te lo suplico!

El padre Mouret le señaló la sotana.

—No puedo—dijo sencillamente; soy sacerdote.

—¡Sacerdote!—repitió Albina, cesando de sonreír.—Sí, el tío afirma que los sacerdotes no tienen ni mujer, ni hermana, ni madre. Luego es verdad... Pero ¿por qué viniste? Tú fuiste quien me tomó por tu hermana, por tu mujer... ¿Mentías, pues?

El padre Mouret levantó su pálido rostro, del que se desprendía angustioso sudor.

—He pecado—murmuró.

—Yo—continuó Albina,—cuando te vi tan libre, creí que ya no eras sacerdote. Pensé que todo había terminado, que vivirías incesantemente allí, para mí, conmigo... Y ahora, ¿qué quieres que haga, si te llevas toda mi vida?

—Lo que hago yo—contestó;—postrarnos, morir de rodillas y no levantarnos hasta que Dios perdona.

—¿Luego eres un vil?—repuso la joven, pasto otra vez de la cólera y con los labios despreciativos.

El sacerdote vaciló y guardó silencio. Un sufrimiento horrible le oprimía la garganta; mas permanecía más fuerte que el dolor. Mantenía la cabeza erguida, y se sonreía casi, con sus labios temblorosos. Albina, con su mirada fija, le desafió por un momento. Después, con nuevo arrebató, gritó:

—¡Eh! contesta, acúsame, di que he sido yo quien fué a tentarte. ¡Sería el colmo!... Anda, te permito que te excuses. Puedes pegarme; preferiría tus golpes a tu rigidez de cadáver. No tienes ya sangre. ¿No has oído que te he llamado vil? Sí, lo eres, no debías amarme, puesto que no puedes ser hombre... ¿Es por ventura tu negro traje lo que te estorba? Quitátele; cuando te encuentres sin él, tal vez hagas memoria.

El sacerdote, con toda quietud, repitió las mismas palabras:

—He pecado y no tengo excusa. Hago penitencia por mi falta, sin espera de perdón. Si me arrancase el hábito, arrancaría mi carne, pues me he dado a Dios por entero, con mi alma, con mis huesos. Soy sacerdote.

—¡Y yo, y yo!—gritó por última vez Albina.

Sergio no bajó la cabeza.

—Seanme contados tus sufrimientos como otros tantos crímenes; véame eternamente castigado por el abandono en que te debo dejar. Será muy justo... Por indigno que sea, no dejo de rogar por ti todas las noches.

Albina se encogió de hombros, con desaliento profundo. Su iracundia decaía; sentíase casi tocada de compasión.

—Estás loco—murmuró.—Quédate con tus oraciones. A ti es a quien yo quiero... Nunca me comprenderás. ¡Eran tantas las cosas que tenía que decirte! Y te encuentro siempre ahí haciéndome montar en cólera, con tus historias del otro mundo. Vamos a ver, pongámonos ambos en razón. Esperemos a hallarnos más tranquilos. Volveremos a hablar... No es posible que yo me vaya de este modo. No puedo dejarte aquí. Por hallarte aquí es por lo que apareces como muerto, con las manos tan frías, que no me atrevo a tocarle... No hablemos más. Esperemos.

Callóse y dió algunos pasos. Examinaba la reducida iglesia. La lluvia continuaba llevando a los

cristales su chorrear de fina ceniza. Una claridad opaca, llena de humedad, parecía mojar las paredes. De fuera no llegaba más ruido que el monótono zotar del aguacero. Los gorriones debían de haberse agazapado bajo las tejas, el serbal erguía sus delgadas ramas, anegadas en la polvareda de agua. Dieron las cinco, arrancadas golpe tras golpe del cascado seno del reloj; luego el silencio se extendió más aún, más sordo, más ciego, más desesperado. Las pinturas, apenas secas, daban al altar mayor y a las maderas una limpieza triste, el aspecto de una capilla de convento, en donde el sol no penetra jamás. Una lamentable agonía henchía la nave, salpicada con la sangre que corría de los miembros del gran Cristo; al paso que, a lo largo de las paredes, las catorce imágenes de la Pasión ostentaban su drama atroz, pintarrajeado de rojo y amarillo, sudando horror. Era la vida que allí agonizaba, en aquel repeluzno de muerte, en aquellos altares semejantes a sepulcros, en medio de aquella desnudez de cueva fúnebre. Todo hablaba de degüello, de tinieblas, de terror, de anonadamiento, de la nada. Una postrera nube de incienso se extendía, semejante al último y dolorido aliento de alguna difunta, ahogada por envidia bajo las losas.

—¡Ah!—dijo por último Albina.—Qué bien se estaba al sol, ¿te acuerdas? Una mañana, caminábamos a lo largo de un seto de grandes rosales, era a la izquierda del jardín. Me acuerdo del color de la hierba; era casi azul, con ondulaciones verdes. Así que llegamos al extremo del seto, volvimos atrás; por tal modo el sol nos ofrecía olor tan suave. Y éste fué, en aquella mañana, todo nuestro paseo, veinte pasos hacia adelante, veinte hacia atrás, un rincón de felicidad, del cual no querías salir. Las abejas zumbaban; un abejaruco no se apartó de nosotros, saltando de rama en rama; enjambres de animalillos, rodeándonos, se dirigían a sus asuntos. Tú murmurabas: “¡Cuán

buenas es la vida!” La vida eran las hierbas, los árboles, las aguas, el cielo, el sol, en el cual todos éramos rubios, con cabelleras de oro.

Pareció soñar un instante y después continuó:

—La vida era el Paradou. ¡Cuán inmenso nos parecía! Nunca sabíamos encontrarle el fin. Las frondosidades se perdían en el horizonte, en libertad, con mugido de olas. ¡Y qué de azul sobre nuestras cabezas! Podíamos crecer, volar, correr como las nubes, sin tropezar con más obstáculos que ellas. El ambiente nos pertenecía.

Detúvose y señaló con un ademán las paredes resquebrajadas de la iglesia.

—Aquí te encuentras como en una sepultura. No podrías extender los brazos sin despellejarte las manos en la piedra. La bóveda te oculta el cielo, te roba tu parte de sol. Tan estrecho es esto, que los miembros se te envaran como si estuvieses acostado vivo bajo la tierra.

—No—dijo el sacerdote,—la iglesia es grande como el mundo. Dios está en ella todo entero.

Con un nuevo ademán, Albina señaló la cruz, los Cristos agonizantes, los suplicios de la pasión.

—Y vives en medio de la muerte. Las hierbas, los árboles, las aguas, el sol, el cielo, todo muere en torno tuyo.

—No, todo revive, todo se purifica, todo asciende al manantial de la luz.

Habíase erguido, con resplandor en sus ojos. Dejó el altar, invencible para en adelante, abrasado con tan pura fe, que menospreciaba los peligros de la tentación. Cogió la mano a Albina, la tuteó como a una hermana y la condujo ante las dolorosas imágenes del camino de la Cruz.

—Ahí tienes—le dijo,—lo que mi Dios ha sufrido... Jesús es azotado. Mira sus desnudas espaldas, su desgarrada carne, y su sangre correr hasta abajo... Jesús coronado de espinas. Sangrientas lágrimas se deslizan por su martirizada frente. Una enorme herida le ha hendido la sien... Jesús in-

sultado por los soldados. Sus verdugos le han echado por irrisión un guñapo de púrpura al cuello y llenan su rostro de salivazos, le abofetean y le hunden a cañazos la corona en la frente.

Albina volvía la cabeza para no ver las imágenes toscamente iluminadas, en las que heridas hechas con laca, cortaban las carnes, pintadas con ocre, de Jesús. El manto de púrpura parecía, pendiente de su cuello, un jirón de su desollada carne.

—¿Para qué padecer? ¿Para qué morir?—exclamó Albina.—¡Oh, Sergio! ¡Si te acordases!... Decíasme aquel día que te sentías fatigado. Y yo sabía bien que mentías, porque el tiempo era fresco y no habíamos andado más de un cuarto de hora. Mas era que querías sentarte para cogerme en tus brazos. Había, bien lo sabes, en el fondo del vergel, un cerezo plantado a la orilla de un arroyuelo, ante el cual no podías pasar sin sentir la necesidad de besarme las manos, con besitos que me ascendían por los hombros hasta llegarme a los labios. La época de las cerezas había pasado y te me comías los labios. Las flores que se marchitaban nos hacían llorar. Un día que encontraste una curruca muerta sobre la hierba, te quedaste muy pálido y me estrechaste contra tu pecho, como para impedir que la tierra se apoderase de mí.

El sacerdote la llevaba ante las demás estaciones.

—¡Cállate!—exclamaba.—Sigue mirando y escuchando. Es preciso que te prosternes de dolor y de piedad... Jesús sucumbe bajo el peso de la cruz. Agria es la subida al Calvario... Ha caído de rodillas... Ni siquiera enjuga el sudor de su rostro, vuelve a levantarse y continúa la subida... Jesús sucumbe de nuevo bajo el peso de la cruz. A cada paso, vacila. Esta vez cae de costado, con violencia tal, que permanece un instante sin aliento. Sus desgarradas manos han soltado la cruz. Sus doloridos pies dejan en pos de sí sangrientas huellas. Un terrible desfallecimiento le agobia, pues lleva sobre sus hombros los pecados del mundo...

Albina había mirado a Jesús, con sayo azul, tendido sobre la desmesurada cruz, cuyo negro color contrastaba con el oro de su aureola. Después, con la vista extraviada, murmuró:

—¡Oh, senderos de las praderas!... ¿Perdiste ya la memoria, Sergio? ¿No conoces ya los caminos de fina hierba, que se deslizan a través de los prados, entre las grandes extensiones de verdura? La tarde de que te hablo, no habíamos salido sino por una hora. Después anduvimos siempre hacia adelante, en tal medida que las estrellas aparecían, cuando todavía seguíamos andando. ¡Era tan suave aquella alfombra sin fin, flexible como la seda! Nuestros pies no tropezaban ni con una sola pedruzuela. Habríasela tenido por un mar verde, cuya musgosa agua nos mecía. Y sabíamos muy bien a dónde nos llevaban aquellos senderos tan suaves que no conducían a parte alguna. Llevábanos a nuestro amor, a la alegría de vivir, cogidos de la cintura, con la incertidumbre de un día de felicidad... Nos volvimos sin cansancio; tú te sentías más ligero que a la partida, porque me habías dado tus caricias y porque yo no había podido devolvértelas todas.

Con sus manos trémulas de angustia, el padre Mouret señalaba las últimas imágenes. Balbuceaba:

—Y Jesús es clavado en la cruz. A martillazos los clavos entran en sus abiertas manos. Un solo clavo basta para los pies, cuyos huesos crujen. Y él, en tanto que su carne se estremece, sonríe y dirige sus miradas al cielo... Jesús se halla entre los dos ladrones. El peso de su cuerpo agranda horriblemente sus heridas. De su frente, de sus miembros mana sudor de sangre. Ambos ladrones le injurian, los que pasan se mofan de él, los soldados se reparten sus vestiduras. Y las tinieblas se extienden, y el sol se oculta... Jesús muere en la cruz. Lanza un gran grito y entrega el espíritu. ¡Oh, muerte horrible! el velo del templo quedó

desgarrado en dos, de arriba abajo; tembló la tierra, las piedras se hendieron y se abrieron los sepuleros.

Había caído de rodillas, con la voz entrecortada por los sollozos, con los ojos clavados en las tres cruces del calvario, en donde se retorcían los lívidos cuerpos de los ajusticiados, que el rudo dibujo descarnada horriblemente. Albina se puso delante de las imágenes, para que él dejara de verlas.

—Una tarde—dijo,—durante un largo crepúsculo, había puesto la cabeza sobre tus rodillas... Fué en la selva, al extremo de aquella gran avenida de castaños, que el sol poniente enfilaba con su último rayo. ¡Oh, qué despedida más amorosa! El sol se retardaba a nuestros pies, como diciéndonos "hasta la vuelta", con sonrisa de amistad y de cariño. El cielo palidecía lentamente. Yo te decía, riendo, que se desprendía de su traje azul y que lo cambiaba por el negro con flores de oro, para ir de sarao. Tú acechabas la obscuridad, impaciente por hallarte solo, sin el sol que nos molestaba. Y no era aquello la noche que se echaba encima, era una dulzura discreta, una velada de ternura, un rincón de misterio, semejante a uno de esos obscurísimos senderos, bajo las umbrías, en las que se penetra para ocultarse un instante, con la seguridad de encontrar, al otro extremo, el gozo del pleno día. El crepúsculo, en aquella tarde, traía aparejada en su serena palidez, la promesa de una espléndida mañana. Entonces, fingí dormirme, viendo que la claridad no desaparecía con toda la ligereza que habría sido de tu gusto. Ahora te lo puedo decir, no dormía cuando me besabas los ojos. Saboreaba tus besos y me contenía para no reír. Era mi aliento algo regular que tú bebías. Después, cuando llegó la noche, aquello fué como un prolongado arrullo. Los árboles, para que lo sepas, no dormían más que yo... En la noche, bien te

acuerdas, las flores exhalaban una fragancia más penetrante.

Y como el sacerdote permaneciese de rodillas, con el rostro inundado de lágrimas, Albina le cogió de las manos, levantándole y repuso apasionadamente:

—¡Oh! si supieses, me dirías que te llevase, atarías los brazos a mi cuello para que no pudiese irme sin ti... Ayer quise volver a ver el jardín, es más grande, más profundo, más insondable; encontré nuevos aromas, tan suaves que me hicieron llorar; encontré en las avenidas lluvias de sol que me bañaban en un estremecimiento de deseo. Las rosas me hablaron de ti, las alondras admirábanse al verme sola; todo el jardín suspiraba... ¡Oh! ven, nunca las hierbas ostentaron lechos más muelles. Marqué con una flor el ignorado sitio a donde te quiero llevar; se halla en el fondo de un matorral, es un agujero de verdura tan espacioso como un gran lecho. Desde allí óyese vivir el jardín, con sus árboles, sus aguas, su cielo. Hasta la misma respiración de la tierra nos mecerá... ¡Oh, ven, nos amaremos en el amor de todo.

Pero él la rechazó. Había vuelto a la capilla de los Muertos, enfrente del gran Cristo de cartón pintado, de la estatura de un niño de diez años, que agonizaba con espantosa realidad. Los clavos imitaban el hierro, las heridas permanecían abiertas, atrocemente desgarradas.

—Jesús, que moriste por nosotros—exclamó,— ¡Háblale de lo efímero de nuestra existencia! Dile que somos polvo, inmundicia, condenación! ¡Ah! permitidme, Señor, que cubra mi cabeza con un cilicio, que ponga mi frente a vuestros pies, que permanezca allá inmóvil, hasta que la muerte me pudra. La tierra dejará de existir; extinguirás la luz del sol. Ya no veré, no sentiré, no oiré. Nada de este miserable mundo vendrá a apartar mi alma de vuestra adoración.

Y se exaltaba cada vez más; dirigióse hacia Albina, con las manos levantadas:

—Tenías razón; la muerte es quien está aquí, la muerte que yo quiero, la muerte que libera, que salva de todas las podredumbres... ¡Oyes! niego la vida, la rechazo, escupo sobre ella. Tus flores hieren, tu sol ciega, tu hierba produce la lepra a quien en ella se tiende, tu jardín es un muladar en donde se descomponen los cadáveres de las cosas. La tierra suda la abominación. Mientes cuando hablas de amor, de luz, de vida bienhadada, en el fondo de tu palacio de verdura. No hay allí más que tinieblas. Tus árboles destilan un bebedizo que truoca a los hombres en animales; tus enramadas están negras con el veneno de las víboras; tus ríos arrastran la peste bajo sus aguas azules. Si arrancase yo a tu naturaleza su ropaje de sol, su cinturón de follaje, veríasla repugnante como una furia infernal, con costillas de esqueleto, corroída toda por los vicios... Y hasta cuando dijese la verdad, aun cuando tus manos rebosaran de goces, aun cuando me llevarás a un lecho de rosas para darme en él el ensueño del paraíso... me defendería con mayor desesperación aun, contra tu abrazo. Es la guerra entre nosotros, secular, implacable. Ya estás viendo, la iglesia es muy pequeña, es pobre, es fea, tiene un confesonario y un púlpito de abeto, un baptisterio de yeso, altares formados con cuatro tablas, que yo mismo he vuelto a pintar. ¡Qué importa! es inmensamente más grande que tu jardín, que el valle, que toda la tierra. Es una fortaleza temible que nada derribará. Los vientos y el sol, y las selvas y los mares, todo cuanto vive, en vano emprenderán el asalto, que ella permanecerá en pie, sin ser siquiera conmovida. Sí, que las malezas crezcan, que sacudan las paredes con sus espinosos brazos y que los millares y millares de insectos salgan de las resquebrajaduras del suelo para ir a corroer los muros; la iglesia, por ruinosa que se halle, no será nunca arrastrada en tamaño

desbordamiento de la vida. Es la muerte inexpugnable... ¿Y quieres saber lo que acontecerá un día? La pequeña iglesia llegará a ser tan colosal, esparcirá sombra tan grande, que toda la naturaleza quedará anonadada. ¡Ah! la muerte, la muerte de todo, con el cielo abierto para recibir nuestras almas, por encima de los abominables restos del mundo!

Gritaba y empujaba violentamente a Albina hacia la puerta. La joven, en extremo pálida, retrocedía paso a paso. Cuando el sacerdote dejó de hablar, ella, con voz ahogada, dijo gravemente:

—¿Es decir, que todo ha concluído, que me arrojas?... Y sin embargo, soy tu mujer. Tú eres quien me has hecho. Dios, después de haberlo permitido, no puede castigarnos hasta tal punto.

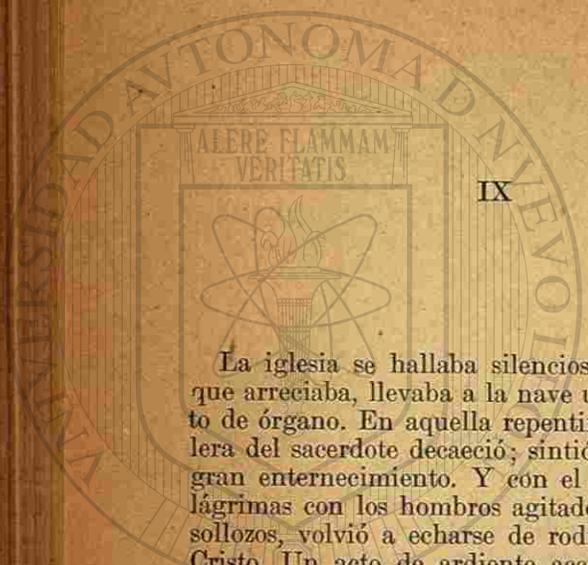
Estaba ya en el umbral y agregó:

—Escucha: todos los días, al ponerse el sol, voy al extremo del jardín, al sitio en que la pared está derruida... Allí te espero.

Y desapareció. La puerta de la sacristía se cerró como con un ahogado suspiro.

Habíase rendido, medio postrado sobre los escalones del altar, no encontrando ya palabras, dejando su aliento humear como un incienso, entre sus medio abiertos labios. La abundancia de la gracia le bañaba con inefable éxtasis. Replegábase sobre sí mismo, buscaba a Jesús en lo más hondo de su ser, en el santuario de amor que preparaba cada instante para recibirle dignamente. Y Jesús se hallaba presente, sentado allí, en la dulzura extraordinaria que le inundaba. Entonces entabló con Jesús una de esas conversaciones interiores, durante las cuales sentíase arrebatado a la tierra, hablando mano a mano con su Dios. Balbuceaba el versículo del cántico: "Mi amado es mío y yo soy de él; reposa entre los lirios, hasta que la aurora se eleve y que las sombras declinen." Meditaba aquellas palabras de la *Imitación*: "El arte de saber hablar con Jesús es un gran arte, y una grande prudencia el saberle retener a su lado." Venía después una familiaridad adorable. Jesús se bajaba hasta él, hablaba con él durante horas y horas, de sus necesidades, de sus dichas, de sus esperanzas. Y dos amigos que, tras de una separación, vuelvan a encontrarse y se apartan a un rincón, a orillas de alguna corriente solitaria, no tienen más tiernas confidencias; porque Jesús en aquellas horas de divino abandono, dignábase ser su amigo, el mejor, el más fiel, el que no le traicionaría nunca, que le devolvía por sólo un poco de cariño, todos los tesoros de la vida eterna. Aquella vez, sobre todo, el sacerdote quiso poseerle durante largo tiempo. Las seis daban en la muda iglesia, cuando él seguía escuchando, en medio del silencio de las criaturas.

Conversación del sér entero, conversación libre, sin el entorpecimiento de la lengua, natural efusión del alma, remontándose antes que el pensamiento mismo. El padre Mouret decíasele todo a Jesús, como a un Dios llegado a la intimidad de su ternura y que puede oírlo todo. Confesaba que



IX

La iglesia se hallaba silenciosa. Sólo la lluvia, que arreciaba, llevaba a la nave un estremecimiento de órgano. En aquella repentina quietud, la cólera del sacerdote decaeció; sintióse sobrecogido de gran enternecimiento. Y con el rostro bañado en lágrimas con los hombros agitados todavía con los sollozos, volvió a echarse de rodillas ante el gran Cristo. Un acto de ardiente acción de gracias se escapaba de sus labios.

—¡Oh! gracias, Dios mío, por el socorro que habéis tenido la bondad de enviarme. Sin vuestra gracia, daba oídos a la voz de la carne, volvía miserablemente al pecado. Vuestra gracia ceñíame como con un cinturón de combate; vuestra gracia era mi armadura, mi valor, el sostén interior que me mantenía en pie, sin ninguna debilidad. ¡Oh, Dios mío! vos estábais en mí, pues ya no confesaba mi indignidad de criatura humana, sentíame fuerte hasta para desatar todos los lazos de mi corazón. Y he aquí que mi corazón mana sangre, no pertenece a nadie y sí tan sólo a vos. Por tí se lo he arrancado al mundo. Mas no creais ¡oh, Dios mío! que yo obtenga vanidad alguna de esta victoria. Sé que no soy nada sin vos. Me anonado a vuestros pies, en mi humildad.

seguía amando a Albina; admirábase de haberla podido tratar mal, arrojarla de su presencia, sin que sus entrañas se hubiesen revelado; maravillábase y sonreíase por modo sereno, como puesto en presencia de un acto milagrosamente fuerte, llevado a ejecución por otra persona. Y Jesús contestaba que aquello no podía asombrarle, que los mayores santos eran con frecuencia armas inconscientes en manos de Dios. Entonces al sacerdote le asaltaba una duda: ¿no había tenido menos mérito refugiándose al pie del altar y hasta en la Pasión de su Señor? ¿No era el suyo sino un débil valor, ya que no era osado de combatir solo? Pero Jesús se mostraba tolerante; explicaba que la flaqueza del hombre es la constante aplicación de Dios, decía que miraba con preferencia a las almas que sufren, entre las cuales venía a sentarse, como se sienta el amigo a la cabecera del amigo. ¿Constituía una condenación el amar a Albina? No, si aquel amor se remontaba por encima de la carne, si añadía una esperanza al anhelo de la otra vida. Y siendo así, ¿cómo había que amarla? Sin decir una palabra, sin dar un paso hacia ella, dejando aquel purísimo amor exhalarse como precioso aroma, agradable al cielo. Jesús aquí mostraba una sonrisa de benevolencia, acercándose, alentando sus confesiones, tanto y tan bien, que el sacerdote, poco a poco, cobraba ánimos para hablarle por la gracia y la belleza de Albina. Tenía la rubia cabellera de los angeles; era blanquísima con grandes y dulces ojos, a semejanza de las santas que llevan dorado nimbo. Jesús se mantenía callado, mas se sonreía siempre. ¡Y cuánto había crecido! Ahora parecía una reina, con su redondo talle y sus soberbios hombros. ¡Oh! poderla coger por la cintura, aunque sólo fuese un segundo, y sentir anonadado su sér en aquel abrazo!... La sonrisa de Jesús palidecía y se desvanecía como un rayo blaba ahora solo. En realidad habíase mostrado de astros allá en el horizonte. El padre Mouret ha-

sobrado duro. ¿Por qué haber arrojado a Albina, sin una palabra de ternura, ya que el cielo permitía amar?

—¡La amo, la amo!—exclamaba en voz alta, con desatinado acento que resonó en la iglesia.

Y la veía aún allí. Tendíale los brazos, tan deseable, que capaz la consideraba de dar al traste con todos sus juramentos. Y se le arrojaba al cuello, sin respeto a la iglesia; cogíale todos sus miembros y la poseía bajo una lluvia de besos. Delante de ella era de quien se ponía de rodillas, implorando su misericordia, pidiéndole perdón por sus brutalidades. Decía que en ciertas horas, sentía dentro de sí una voz que no era la suya. ¿Acaso la hubiera maltratado nunca?

La voz extraña era tan sólo la que había hablado. No podía ser él, quien, sin un escalofrío, no habría tocado uno solo de sus cabellos. Y la había arrojado de allí, la iglesia se hallaba del todo vacía. ¿A dónde debería correr para alcanzarla, para volverla a traer, y enjugarle las lagrimas con sus caricias? La lluvia arreciaba más fuerte aún. Los caminos eran lagos de lodo. Imaginábasela azotada por el aguacero, tambaleándose al lado de los fosos, con las ropas empapadas, pegadas a la piel. No, no era él, era la otra, la voz celosa, que había tenido la crueldad de querer la muerte de su amor.

—¡Oh, Jesús!—exclamó con mayor desesperación;—sed bueno, devolvédmela.

Mas Jesús ya no se encontraba allí. Entonces el padre Mouret, despertándose como sobresaltado, quedó horriblemente pálido. Comprendía... No había sabido retener a Jesús. Perdía a su amigo y quedaba sin defensa contra el mal. En vez de aquella luz interior, que tanto le iluminaba y en la cual había recibido a su Dios, no encontraba en sí más que tinieblas, una humareda maligna, que le exas-

peraba la carne. El, tan fuerte desde por la mañana con el auxilio del cielo, sentíase de repente miserable, abandonado, con la debilidad del niño. ¡Y qué caída tan atroz, qué inmensa amargura! Haber luchado heroicamente, haber quedado en pie, invencible, implacable, en tanto que la tentación se hallaba allí, viviente, con su erguido talle, sus soberbios hombros, su aroma de mujer apasionada; después, sucumbir bochornosamente, jadedear con ansia abominable, cuando la tentación se alejaba, no dejando en pos de ella sino un estremecimiento de faldas, un perfume escapado de rubia cerviz. Ahora, con sólo los recuerdos, volvía omnipotente, invadía la iglesia.

—¡Jesús, Jesús!—exclamó por la vez postrera el sacerdote.—¡Volved, entrad en mí, habladme todavía!

Jesús permanecía sordo. Por un instante, el padre Mouret imploró al cielo, con los brazos desesperadamente en alto. Crugíanle los hombros con el extraordinario arranque de sus súplicas. Y pronto sus manos volvieron a caer en el mayor desaliento. Reinaba en el cielo uno de esos silencios sin esperanza, que los devotos también conocen. Entonces volvió a sentarse en las gradas del altar, anonadado, con el rostro terroso, oprimiéndose los costados con los codos, como para disminuir su carne. Se empequeñecía bajo el poderoso diente de la tentación.

—¡Dios mío, me abandonáis!—murmuró.—¡Hágase vuestra santa voluntad!

Y no volvió a pronunciar una palabra, respirando fuertemente, semejante a una fiera acosada, inmóvil ante el miedo de las dentelladas. Desde su falta, veíase por tal modo siendo juguete de los caprichos de la gracia. Negábase a los llamamientos más ardientes; llegaba, imprevista, encantadora, cuando no esperaba poseerla antes de muchos años. Las primeras veces habíase el padre rebelado, hablando como amante vendido, traicionado, exigien-

do la inmediata vuelta de aquella consoladora, cuyo beso tan fuerte le volvía. Luego, tras de aquellas estériles crisis de cólera, había comprendido que la humildad le llagaba menos y que podía ella sola ayudarle a soportar su abandono. Entonces, durante horas y más horas, durante días enteros, humillábase en la espera de un alivio que no llegaba jamás. En vano se ponía en manos de Dios, se anonadaba ante él, repetía hasta la saciedad las plegarias más eficaces; ya no sentía a Dios; su carne, en revolución, se erguía de deseo; las oraciones se embarazaban en sus labios y terminaban en un balbuceo asqueroso. Agonía lenta de la tentación, en que las armas de la fe se desprendían, una a una, de sus desfallecidas manos, en los que él era ya tan sólo una cosa inerte en las garras de las pasiones, en donde asistía, aterrado, a su propia ignominia, sin tener el valor de alzar un dedo para arrojar al pecado. Tal era entonces su vida. Le eran conocidas todas las sechanzas del mal. No transcurría un día sólo sin que se viese probado. El pecado tomaba miles de formas, entrábase por los ojos, por los oídos, asíale cara a cara por la garganta, saltábale traidoramente a los hombros y le torturaba hasta los huesos. Siempre la culpa se encontraba allí, la desnudez de Albina, resplandeciente como un sol, iluminando los verdores del Paradou. No cesaba de verla sino en los raros instantes en que la gracia se dignaba cerrarle los párpados con sus frescas caricias. Y el padre Mouret ocultaba su mal, como si fuese un mal vergonzoso. Encerrábase en esos tétricos silencios, que no se sabía cómo hacerle romper, llenando el presbiterio con su martirio y su resignación, exasperando a la Teuse, quien, detrás de él, enseñaba los puños al cielo.

En aquella ocasión hallábase solo y podía agonizar sin bochorno. El pecado acababa de abatirle con golpe tal, que le faltaban fuerzas para dejar la grada del altar en que había caído. Continuaba

jadeando con poderosa respiración, abrasado por la angustia y sin poder encontrar una lágrima. Y hacía memoria de su serena vida de otro tiempo. ¡Ah, qué paz, qué confianza, a su llegada a los Artaud! La salvación se le ofrecía como un hermoso camino. Reía en aquella época cuando se hablaba de la tentación. Vivía en medio del mal, sin conocerlo, sin temerle, con la certidumbre de desalentarlo. Era un sacerdote perfecto, tan casto, tan ignorante a los ojos de Dios, que Dios le conducía por la mano como a un niño. Ahora toda aquella puerilidad había muerto. Dios le visitaba por la mañana y le probaba en seguida. La tentación constituía su vida aquí en la tierra. Con la edad, con la culpa, entraba en el eterno combate. ¿Era acaso que Dios le amaba más entonces? Los grandes santos han dejado todos girones de sus cuerpos en las espinas de la vía dolorosa. Procuraba hacerse un consuelo de aquella creencia. A cada desgarradura de su carne, a cada erugimiento de sus huesos, prometiase recompensas extraordinarias. Nunca el cielo le castigaría lo bastante. Llegaba hasta depositar su antigua serenidad, su fácil fervor, que le postraba en un arrobo de doncella, sin que sintiera tan sólo la magulladura producida por el suelo en sus rodillas. Ingeniábase para descubrir una voluptuosidad en el fondo del sufrimiento, para acostarse en ella, para dormirse allí. Pero en tanto que bendecía a Dios, sus dientes castañeteaban con mayor terror, la voz de su rebelde sangre le gritaba que todo aquello era pura mentira, que la única alegría deseable era la de recostarse en brazos de Albina tras un seto de flores del Paradou.

Entretanto había dejado a María por Jesús, sacrificando su corazón, a fin de vencer su carne, soñando llevar virilidad a su fe. María le turbaba demasiado, con sus delgadas trenzas, con sus manos extendidas y su sonrisa de mujer. No le era dado arrodillarse ante ella, sin bajar los ojos, por temor de percibir la orla de su vestidura. Luego

la acusaba de haberse mostrado, en otro tiempo, sobrado dulce para él; le había tenido por tanto tiempo envuelto en los pliegues de su manto, que se había dejado deslizar de sus brazos a los de la criatura mortal, sin percatarse siquiera de que cambiaba de amor. Y traía a la memoria las brutalidades del Hermano Archangias, su negativa a adorar a María, la mirada de desconfianza con que parecía vigilarla. El, desesperaba de llegar jamás a semejante rudeza; la abandonaba sencillamente, ocultaba sus imágenes, despertaba de su altar; pero permanecía en lo más hondo de su corazón, cual amor no confesado, a la continua presente. El pecado, por un sacrilegio cuyo horror le aniquilaba, valíase de ella para tentarle. Cuando la invocaba todavía, en ciertas horas de ternura invencible, era Albina quien se presentaba con un blanco velo, la banda azul prendida a la cintura, con rosas de oro en su desnudos pies. Todas las vírgenes, la Virgen del real manto de oro, la Virgen coronada de estrellas, la Virgen visitada por el Angel de la Anunciación, la Virgen apacible representada entre un lirio y una rueca... todas le traían una remembranza de Albina, con sus ojos sonrientes, o con la delicada boca, o con la blanda redondez de sus mejillas. Su culpa había matado la virginidad de María. Entonces, con esfuerzo supremo, arrojaba a la mujer de la religión y se refugiaba en Jesús, cuya dulzura hasta le inquietaba a veces. Necesitaba un Dios celoso, un Dios implacable, el Dios de la Biblia, rodeado de relámpagos y truenos, no dejándose ver sino para castigar al mundo aterrorizado. Ya no había madre de Dios; había tan sólo un Dios, un señor omnipotente, que exigía para él todos los alientos. Sentía que la mano de aquel Dios le aplastaba, le tenía a merced suya en el tiempo y en el espacio, como un átomo culpable. No ser nada, estar condenado, soñar en el infierno, luchar estérilmente contra los monstruos de la tentación, aquello era

bueno. De Jesús tan sólo tomaba la cruz. Sentía aquella locura por la cruz que ha gastado tantos labios sobre el crucifijo. Se echaba a cuestras la cruz y seguía a Jesús. Hacía la más pesada, volvíala abrumadora y no tenía mayor goce que el sucumbir bajo ella, que llevarla de rodillas, con el espinazo destrozado. Veía en ella la fuerza del alma, la alegría del espíritu, la consumación de la virtud, la perfección de la santidad. Todo se encontraba en ella, todo a morir sobre ella iba a parar. Sufrir, morir, aquellas palabras sonaban incessantemente a sus oídos, como el fin de la sabiduría humana. Y luego que se hubo atado a la cruz, tenía el consuelo sin límites del amor de Dios. No era ya a María a quien él amaba con ternura de hijo, con pasión de amante. Amaba por amor, en lo absoluto del amor. Amaba a Dios más que a sí mismo, sobre todas las cosas, en el fondo de una expansión de luz. Era semejante a una antorcha que se consume en claridad. La muerte, cuando él la ansiaba, no era a sus ojos sino un impulso de amor.

¿Qué era lo que descuidaba para verse a tantas rudas pruebas sometido? Enjugaba con la mano el sudor que manaba de sus sienas, y pensaba que, todavía en la mañana, había hecho su examen de conciencia, sin encontrar en él ninguna ofensa grave. ¿No llevaba una vida de austeridades y de maceraciones? ¿No amaba ciegamente a Dios? ¡Ah, cómo le habría bendecido si le hubiese en fin devuelto la paz, juzgándole bastante castigado por su culpa! Pero tal vez semejante culpa no podría jamás ser expiada. Y a pesar suyo, volvió a Albina, al Paradou, a los punzantes recuerdos. Primeramente procuró buscar excusas. Una noche cayó sobre el pavimento de su habitación, atacado por fiebre cerebral. Durante tres semanas fué pasto de aquella crisis de su carne. Su sangre lavábale furiosamente las venas hasta el extremo de sus miembros, rugiendo a través suyo con alboroto de

desbordado torrente; su cuerpo, desde el cráneo hasta la planta de los pies, quedaba limpio, renovado, combatido por trabajo tal de la enfermedad, que, a menudo, en su delirio, había creído oír los martillos de los obreros reclavando sus huesos. Después, despertábase una mañana, como nuevo. Nacía por la segunda vez, desembarazado de todo cuanto veinticinco años de vida habían ido sucesivamente depositando en él. Sus devociones de niño, su educación del seminario, su fe de joven sacerdote, todo había desaparecido, sumergido, arrastrado, dejando limpio el lugar. Con seguridad, sólo el infierno había preparado por tal modo para el pecado, desarmándole, haciendo de sus entrañas un lecho de mollicie, en donde el mal podía entrar y dormir. Y él permanecía inconsciente, abandonándose a aquel lento encaminarse hacia la falta. En el Paradou, cuando volvía a abrir los ojos, sentíase bañado de infancia, sin guardar memoria de lo pasado y sin tener nada ya de sacerdote. Sus miembros estaban dotados de suave movimiento, de arrobadora sorpresa, al dar nuevo comienzo a la vida, como si no la conociesen y como si gozasen extrema alegría en hacérselo saber. ¡Oh, qué delicioso aprendizaje, qué encuentros tan encantadores, qué adorables hallazgos! Aquel Paradou constituía por sí solo una gran felicidad. Poniéndolo allí, bien sabía el infierno que se hallaría sin defensa. En su primera juventud, jamás había saboreado semejante voluptuosidad. Aquella primera juventud, si ahora la evocaba, se le aparecía por completo negra, pasando lejos del sol, ignorante, lívida, enferma. Así, pues, ¡cómo había saludado al sol, cómo habíase maravillado del primer árbol, de la primera flor, del menor insecto encontrado, del más pequeño guijarro recogido! Hasta las piedras le encantaban. El horizonte era un prodigio extraordinario. Una clara mañana de que sus ojos se henchían, un aroma de jazmín aspirado, un canto de alondra oído, llevaban a

sus sentidos emociones tan fuertes, que sus miembros desfallecían. Había concebido un gran placer al darse cuenta hasta de los más ligeros estremecimientos de la vida. ¡Y la mañana en que Albina había nacido, al lado suyo, en medio de las rosas! Todavía reía extasiado ante aquel recuerdo. Levantábase a la manera de un astro necesario al mismo sol; iluminábalo todo y todo lo explicaba; lo completaba. Entonces reanudaba con ella sus paseos, a los cuatro lados del Paradou. Recordaba los ríccillos que revoloteaban en su cerviz, cuando corría delante de él. Oía muy bien y balanceaba sus tibias sayas, cuyo roce se asemejaba a una caricia. Cuando le tomaba en sus desnudos brazos, flexibles como culebras, esperaba verla, tan delgada era, enroscarse a su cuerpo y dormirse allí, pegada a su piel. Ella era quien iba delante; conducíale por un sendero apartado, en donde se retardaban, para no regresar demasiado deprisa. Ella le comunicaba la pasión por la tierra. Aprendía a amarla, al mirar cómo se aman las hierbas; ternura por mucho tiempo de incertidumbre y cuya grande alegría habían logrado sorprender una tarde, bajo el árbol gigante, en la sombra sudorosa de savia. Allí se encontraban al fin de su camino. Albina, acostada y con la cabeza envuelta en sus cabellos, tendíale los brazos. El la estrechaba en los suyos. ¡Oh, tomarla, poseerla todavía, sentir su regazo, estremecerse de fecundidad, hacer vida, ser Dios!

El sacerdote, bruscamente, lanzó una sorda queja. Incorporóse, como bajo dentellada invisible; después se abatió de nuevo. La tentación acababa de morderle. ¿En qué inmundicia se extraviaban sus recuerdos? ¿No sabía que Satanás cuenta con todas las astucias, que hasta se aprovecha de las horas de examen interior para deslizarse hasta el alma su cabeza de serpiente? No, no, no había excusa. La enfermedad no autorizaba el pecado. A él le tocaba guardarse y encontrar a Dios, al sa-

lir de la fiebre. Por el contrario, había hallado un placer en abatirse en su carne. ¡Y qué prueba de sus abominables apetitos! No podía confesar su pecado, sin deslizarse a su pesar a la necesidad de volverlo a cometer en pensamiento. ¿No podría imponer silencio, a aquel cieno? Soñaba en vaciarse el cráneo, para no pensar más; en abrirse las venas para que su pecadora sangre no le volviese a atormentar. Por un instante permaneció con el rostro entre las manos, tiritando, ocultando los menores pedazos de su carne, como si las bestias que se movían en torno suyo le hubiesen erizado el pelo con su ardorosa respiración.

Pero de todas maneras él seguía pensando y la sangre, a pesar de todo, latía en su corazón. Sus ojos, que cerraba con los apretados puños, veían, en la negrura de las tinieblas, las suaves líneas del cuerpo de Albina, trazadas con rayos de fuego. Dejaba ver un desnudo seno, deslumbrante como un sol. A cada esfuerzo que hacía para hundir más y más sus ojos, para arrojar de la mente aquella visión, más luminosa aparecía, más se acusaba con movimientos de caderas, con llamamientos de extendidos brazos, que arrancaban al sacerdote estertores de angustia. ¿Abandonábale Dios en tal medida, que ya no había para él refugio alguno? Y no obstante, la tensión de su voluntad, la falta volvía a empezar siempre, se precisaba con espantosa claridad. Y volvía a ver las menores briznas de hierba al borde de las sayas de Albina; encontraba, sujeta a sus cabellos, una florecilla de cardo, en la cual recordaba haberse picado los labios. Hasta los olores, los azúcares un tanto acres de los tallos aplastados que a él llegaban; hasta los lejanos sonidos que continuaba oyendo, el acompañado piar de un pájaro, un gran silencio y después un suspiro pasando sobre los árboles. ¿Por qué el cielo no le aterraba al momento? Habría sufrido menos. Gozaba de su abominación con voluptuosidad de precito. Agitábale cierto furor al escuchar

las execrables palabras que había pronunciado a los pies de Albina; retumbaban en aquella hora para acusarle ante Dios. Había reconocido a la mujer como su reina y señora; habíase dado a ella como esclavo, besándole los pies, soñando en ser el agua que ella bebía, el pan que se llevaba a la boca. Ahora comprendía por qué ya no podría recobrarle. Dios lo dejaba entregado a la mujer. Pero él le pegaría, le rompería los miembros para que le dejase. Ella era la esclava, la carne impura, a la cual la Iglesia habría debido negar un alma. Entonces mantúvose él firme y levantó los puños sobre Albina. Y los puños se abrían y las manos se deslizaban sobre los desnudos hombros, con blanda caricia, mientras que la boca, rebosante de injurias, se pegaba a los desatados cabellos, balbuceando palabras de adoración.

El padre Mouret abrió los ojos. La ardiente visión de Albina había desaparecido. Fué aquello un alivio repentino, inesperado. Pudo entonces llorar; lentas lágrimas refrescáronle las mejillas, mientras que respiraba por largo espacio, no siendo osado de moverse, por temor de ser de nuevo asido por el cuello. Continuaba oyendo un salvaje gruñido a sus espaldas. Luego, resultaba tan dulce el no padecer ya tanto, que se abstraía saboreando aquel bienestar. En el exterior la lluvia había cesado. El sol marchaba a su ocaso en inmenso y claro resplendor, que parecía colgar en las ventanas cortinajes de raso color de rosa. La iglesia a la sazón, hallábase templada, viviente con el postrero hálito del sol. El sacerdote daba vagamente gracias a Dios por el descanso que se dignaba concederle. Un ancho rayo de sol, polvillo de oro que atravesaba la nave, iluminaba el fondo de la iglesia, el reloj, el púlpito, el altar mayor. ¿Significaba aquello quizás que le era devuelta la gracia en aquel sendero de luz, que descendía del cielo? Interesábase por los átomos que iban y venían envueltos en el rayo de sol, con rapidez prodigiosa, a la manera de

una muchedumbre de mensajeros atareados, llevando sin cesar noticias del sol a la tierra. Mil cirios encendidos no habrían llenado la iglesia con semejante esplendor. Detrás del altar mayor veíanse estendidos tapices de oro; sobre las gradas hallábanse oleadas de argentería, candelabros descojiéndose en haces de luz, incensarios en que ardían ascuas de pedrerías, vasos sagrados, extendidos de trecho en trecho, con resplandores de cometas; y por todas partes percibiáse una lluvia de luminosas flores en medio de voladores encajes, de ramilletes, de guirnaldas de rosas, cuyos capullos, al abrirse, dejaban caer estrellas. Jamás había deseado riqueza tal para su pobre iglesia. Sonreíase y soñaba en fijar allí aquellas magnificencias, que él disponía a su sabor. Por su parte, habría preferido ver las cortinas de paño de oro, colocadas más arriba; los vasos parecíanle también echados aquí y allá con sobrado desaliño; recogía asimismo las flores perdidas, volviendo a atar los ramilletes y dando a las guirnaldas más suave curva. Mas ¡qué maravilla cuando toda aquella pompa quedase por tal modo ostentada! El se convertía en el pontífice de una iglesia de oro. Los obispos, los príncipes, las mujeres arrastrando mantos reales, multitudes devotas, con la frente en el polvo, le visitaban, acampaban en el valle, esperaban semanas a la puerta, antes de poder entrar. Besábanle los pies, porque sus pies eran también de oro y hacían milagros. Un corazón de oro latía en su pecho de oro, con sonido musical tan claro, que las muchedumbres, de la parte de afuera, le oían. Entonces un inmenso orgullo le arrebatava. Habíase convertido en ídolo. El rayo de sol continuaba ascendiendo, el altar mayor resplandecía, el sacerdote se persuadía de que era sin duda la gracia lo que le alcanzaba, para que experimentase tamaño regocijo interior. El gruñido salvaje detrás de él, convertíase en zalamero. Ya no sentía en su cuello sino la suavidad de una pata de terciopelo, como si

algún gigantesco felino le hubiese acariciado.

Y continuó su ensueño. Jamás había visto las cosas con claridad tan refulgente. Parecía todo fácil entonces y hacedero; tan fuerte se juzgaba. Ya que Albina le esperaba, iría a unirse a ella. Era lo natural. Por la mañana bien que había casado al gran Fortunato con la Rosalía. La iglesia no prohibía el matrimonio. Veíales todavía sonreirse y darse con el codo bajo sus manos, que les bendecían. Luego, a la noche, habíanle enseñado su lecho. Cada una de las palabras que les había dirigido, estallaban más altas aún en sus oídos. Decía al gran Fortunato que el Señor le enviaba una compañera, porque no ha querido que el hombre viviese solitario. Decía a la Rosalía que por su parte debía ligarse a su marido, no dejarle nunca, ser su sierva sumisa. Mas decía también estas cosas por él y por Albina. ¿No era su compañera, su sierva sumisa, la que Dios le enviaba a fin de que su virilidad no se agostase en la soledad? Por lo demás, ligados estaban. Quedábase muy sorprendido por no haberlo comprendido así desde el primer instante, por no haberse ido con ella, como el deber lo exigía. Mas era cosa decidida, se uniría a ella desde el día siguiente. En cosa de media hora se hallaría a su lado. Atravesaría el pueblo, y tomaría el camino de la ladera, que era mucho más corto. Podíalo todo, era dueño, nadie le diría nada. Si se le mirase, con sólo un gesto, haría bajar todas las cabezas. Después, viviría con Albina; la llamaría mujer suya y serían sumamente felices. El oro volvía a subir y manaba entre sus dedos. Volvía a entrar en un baño de oro; llevábase los vasos sagrados para las necesidades de su casa, llevando un gran tren, pagando a su gente con fragmentos de cáliz, que retorecía entre sus dedos, con ligero esfuerzo. Ponía en su lecho de bodas los cortinajes de paño de oro del altar. Tocante a alhajas, daría a su mujer los corazones de oro, los rosarios de oro, las cruces de oro, pendientes del cuello de

la Virgen y de las Santas. Hasta la iglesia misma, si la levantaba un piso, podría hacerles las veces de palacio. Dios no podría decir nada, ya que permitía amar. Por lo demás, ¿qué le importaba Dios! ¿No era él entonces Dios, con sus pies de oro, que las multitudes besaban y que realizaba milagros?

El padre Mouret se levantó e hizo aquel especial gesto de Jeanbernat, aquel gesto de negación que abrazaba todo el horizonte.

—No hay nada, nada, nada—dijo.—Dios no existe.

Un gran estremecimiento pareció pasar por la iglesia. El sacerdote, despavorido, lleno de mortal palidez, escuchaba. ¿Quién, pues, había hablado? ¿Quién había blasfemado? Súbitamente, la caricia de terciopelo, cuya suavidad sentía en la cerviz, habíase vuelto feroz; sus garras le arrancaban la carne y su sangre volvía a correr. Permaneció, no obstante, en pie, luchando contra la crisis.

—Injuriaba al pecado triunfante, que hacía mofa en torno a sus sienes, en donde todos los martillos del mal empezaban a golpear de nuevo. ¿No conocía sus traiciones? ¿No sabía que a menudo sentía un placer en acercarse con sus sedosas patas para hundirlas en seguida como puñales hasta los huesos de sus víctimas? Y su furor redoblaba, a la sola idea de haber sido cogido en aquel lazo, lo mismo que un niño. ¡Siempre se vería por los suelos, con el pecado agachado victoriosamente sobre su pecho! He aquí que ahora negaba a Dios. Era la pendiente fatal; la fornicación mataba la fe; después el dogma se derrumbaba. Una duda de la carne, abogando por su inmundicia, bastaba para barrer todo el cielo. La divina regla irritaba, los misterios hacían sonreír; en un rincón de la religión abatida, acostábanse discutiendo su sacrilegio, hasta haberse cavado una madriguera de bestia salvaje incubando su cieno. Entonces llegaban las demás tentaciones; el oro, el poder, la vida libre, una necesidad irresistible de gozar, que lo

conducía todo a la gran lujuria, revolcada sobre lecho de riqueza y de orgullo. Y se robaba a Dios. Destrozábanse las custodias para suspenderlas a la impureza de una mujer. Pues bien, estaba condenado. Nada ya le molestaba, el pecado podía hablar en él tan alto como le plugiese. Era envidiable el no tener que luchar más.

Los monstruos que habían correteado a su espalda, peleaban ahora en sus entrañas. Inflaba sus costados para sentir sus dientes todavía mejor. Abandonábase a ellos con júbilo espantoso. Una rebeldía inducía a mostrar sus puños a la Iglesia. No, ya no creía en la divinidad de Jesucristo, ya no creía en la Santísima Trinidad, no creía sino en él, en sus músculos, en los apetitos de sus órganos. Quería vivir; sentía la necesidad de ser hombre. ¡Ah! ¡correr al aire libre, ser fuerte, no tener amo celoso, matar a sus enemigos a pedradas, llevarse a cuevas a las jóvenes que pasan! Resucitaría de la tumba, en donde toscas manos le habían tendido; despertaría su virilidad, que tan sólo debía de estar adormecida. ¡Y que expirase de ignominia si llegase a encontrar su virilidad fenecida! ¡Y que Dios fuese maldito, si le hubiese retirado de entre las criaturas, tocándole con su dedo, a fin de guardarle para su sólo servicio!

El sacerdote se encontraba en pie, alucinado. Creyó que, ante aquella nueva blasfemia, la iglesia se derrumbaba. La dilatada extensión de sol que inundaba el altar mayor, había ido agrandando lentamente, iluminando las paredes con rojez de incendio. Algunas llamaradas ascendieron aún, lamieron el techo y se extinguieron en sangriento resplandor de ascua. De súbito la iglesia se quedó enteramente a oscuras. Parecía que el fuego de aquella puesta de astros, acababa de hacer estallar la techumbre, de hender las paredes, de abrir por todas partes anchurosas brechas para los ataques del exterior. El sombrío esqueleto se tambaleaba, en espera de algún asalto formidable. La

noche, con gran rapidez, se venía encima.

Entonces, desde muy lejos, el sacerdote oyó un murmurio que subía del valle de los Artaud. En otro tiempo, no comprendía el ardiente lenguaje de aquellas tierras abrasadas, en donde tan sólo se retoreaban nudosas cepas, descarnados almendros, derrengándose sobre sus enfermos miembros. Atravesaba por en medio de aquella pasión, con la serenidad de su ignorancia. Mas hoy, instruido en los misterios de la carne, comprendía hasta los menores suspiros de las hojas que languidecían al sol. En un principio, y en las lejanías del horizonte, fueron las colinas, tibias aún por el adiós del sol poniente, las que se estremecieron y que parecieron tambalearse con el sordo pisar de un ejército en marcha. Después, las esparcidas rocas, los pedruscos de los caminos, todos los guijarros del valle, se levantaron también, rodando, zumbando, como arrojados hacia adelante por la necesidad de moverse. Tras de ellos, las landas de tierra roja, los escasos terrenos conquistados a fuerza de azadón, pusieron a desligarse y a gruñir, como ríos salidos de madre, arramblando en la oleada de su sangre, concepciones de semillas, alumbramientos de raíces, copulaciones de plantas. Y muy en breve todo se halló en movimiento; las cepas de las vides se arrastraban como enormes insectos; los raquíticos trigales, las angostadas hierbas, formaban batallones armados de altas lanzas; los árboles se desmelenaban corriendo, estirando sus miembros, semejantes a luchadores que se aperciben al combate; las hojas caídas se agitaban, el polvo de los caminos poníase en movimiento. Multitudes reclusas a cada paso nuevas fuerzas, pueblos en celo, cuyo soplo se acercaba, tempestades de vida con aliento de fragua, llevándose todo por delante en el torbellino de un parto colosal. De repente el ataque se realizó. Desde el límite del horizonte, la campiña entera se abalanzó sobre la iglesia,

las colinas, los guijarros, las tierras, los árboles. La iglesia, ante aquel primer choque, crugió; hendiéronse las paredes y las tejas volaron. Pero el gran Cristo, movido con violencia, no cayó.

Hubo una ligera tregua. Fuera, las voces se elevaban cada vez más furiosas. Ahora el sacerdote distinguía voces humanas. Era el pueblo, los Artaud, aquel puñado de bastardos nacidos en la roca, con la testarudez de las zarzas, que soplaban a su vez un viento cargado de una pululación de séres. Los Artaud fornicaban por tierra, plantaban progresivamente un bosque de hombres, cuyos troncos se lo comían todo a su alrededor. Subían hasta la iglesia, hundían la puerta con su desarrollo y amenazaban obstruir la nave con las invasoras ramas de su raza. Tras de ellos, en la confusión de las malezas, acudían los animales, bueyes procurando hundir las paredes con sus cuernos, manadas de asnos, de cabras, de ovejas, invadiendo la iglesia en ruinas, como oleadas vivientes, horningueros de correderas y de grillos atacando los cimientos, desmenuzándolos con sus dientes de sierra.

Y hallábase también, al otro lado, el corral de Deseada, cuyo estercolero exhalaba vahos de asfixia; el gran gallo Alejandro daba la señal del asalto con su clarín, las gallinas separaban las piedras a picotazos, los conejos cavaban madrigueras hasta por debajo de los altares, a fin de minarlos y derrocarlos, el cerdo, tan cebado que no podía moverse, gruñía en la espera de que los ornamentos sagrados se convirtiesen en un puñado de calientes cenizas para revolcar en ellas el vientre. Resonó un formidable rumor y se dió un nuevo asalto. El pueblo, las bestias, toda aquella marea de vida que se desbordaba, engulló un instante la iglesia bajo un furor de cuerpos que hacían doblegar las vigas. Las hembras, en el barullo, lanzaban de sus entrañas un alumbramiento continuo de nuevos combatientes. Aquella vez la iglesia resultó

con un lienzo de pared derrumbado; la bóveda se tambaleaba, el maderamen de las ventanas era arrebatado y la humareda del crepúsculo, cada vez más siniestra, entraba por las brechas, bostezando espantosamente. En la cruz, el gran Cristo tan sólo se sostenía por el clavo de la mano izquierda.

El derrumbamiento del lienzo de pared fué saludado por gran clamoreo. Pero la iglesia se mantenía aun sólida, a pesar de sus heridas. Obstínabase por modo feroz, muda, sombría, afianzándose a las menores piedras de sus cimientos. Parecía que aquella ruina, para sostenerse en pie, tan sólo necesitó el pilar más delgado, que sostenía, por un prodigio de equilibrio, la techumbre agujereada. Entonces el padre Mouret vió las rudas plantas del terraplén poner manos a la obra, aquellas terribles plantas endurecidas por la sequedad de las rocas, nudosas como serpientes, de madera dura y abollada en sus músculos. Los líquenes, color de herrumbre, semejantes a inflamada lepra, empezaron por comerse el enjalbiego de cal. En seguida los tomillos hundieron sus raíces entre los ladrillos, como cuñas de hierro. Los espliegos deslizaban sus largos y retorcidos dedos bajo cada mampostería agrietada, atraíanlas hacia ellos y las arrancaban con esfuerzo lento y continuo. Los enebros, los romeros, los acebos espinosos, llegaban a mayor altura, y daban empujes invencibles. Y hasta las mismas hierbas, aquellas hierbas cuyas secas briznas pasaban por debajo de la gran puerta, atiesábanse, como picas de acero, hundiendo la gran puerta, avanzando hacia la nave en donde levantaban las losas con sus potentes pinzas. Era aquello la sedición victoriosa, la naturaleza revolucionaria, levantando barricadas con altares derrocados, demoliendo la iglesia que les hacía sobrada sombra desde hacía siglos. Los otros combatientes dejaban obrar a las hierbas, a los tomillos, a los espliegos, a los líquenes, a aquel roer de los

pequeños más destructor que los golpes de maza de los fuertes, a aquel desmenuzamiento de la base, cuyo sordo trabajo había de acabar por echar por tierra todo el edificio. Después, repentinamente, llegó el fin. El serbal, cuyas altas ramas penetraban ya bajo la bóveda, por los cristales rotos, entró violentamente, con una ráfaga de verdura formidable. Plantóse en mitad de la nave y allí creció desmesuradamente. Su tronco se hizo colosal, hasta el punto de hacer estallar la iglesia, cual un cinturón sobrado estrecho. Las ramas extendieron por todos lados nudos enormes, cada uno de los cuales cargaba con un pedazo de pared, con un jirón de cubierta; y se multiplicaban a la continua, cada rama se multiplicaba hasta lo infinito, un nuevo árbol nacía de cada nudo, con furor tal de crecimiento, que los restos de la iglesia, agujereada como una criba, volaron en astillas sembrando en los cuatro ámbitos del firmamento una finísima ceniza. Ahora el árbol gigante tocaba a las estrellas. Su bosque de ramas era un bosque de miembros, de piernas, de brazos, de torsos, de vientres, que sudaban la savia; pendían cabelleras de mujeres, cabezas de hombres hacían estallar la corteza, con careajadas de brotes nacientes; allá en lo más alto, las parejas de enamorados, descaecidos al borde de sus nidos, henchían el aire con la música de su alegría y el olor de su fecundidad. Una última ráfaga del huracán que había penetrado en la iglesia, barrió el polvo, el púlpito y el confesonario, hechos añicos, las santas imágenes laceradas, los vasos sagrados fundidos, todos aquellos escombros que picaban con avidez las bandadas de gorriones, en otro tiempo alojados bajo las tejas. El gran Cristo, arrancado de la cruz, suspendido por un momento a una de las flotantes cabelleras de mujer, fué arrebatado, arremolinado, perdido en la negra noche, en cuyo fondo fué a caer con resonancia. El árbol de vida acababa de agujerear el cielo y rebasaba los límites de las estrellas.

El padre Mouret aplaudía frenéticamente, como un condenado, ante aquella visión. La iglesia quedaba vencida. Dios no tenía ya casa. Ahora Dios no volvería a molestarle. Podía reunirse con Albina, puesto que ella triunfaba. ¡Y cómo se reía de sí propio, cuando hacía una hora afirmaba que la iglesia se comería la tierra con su sombra! La tierra se había vengado comiéndose la iglesia. La loca careajada que soltó, le sacó sobresaltado de su alucinación. Pasto de estupidez, miró la nave sumergida en el crepúsculo; por las ventanas, jirones de cielo dejábanse ver, salpicados de estrellas. Y extendía los brazos, con intención de palpar las paredes, cuando la voz de Deseada le llamó desde el corredor de la sacristía.

—Sergio, ¿estás ahí?... ¡Habla, pues! Hace media hora que te estoy buscando.

Y entró con una lámpara en la mano. Entonces el sacerdote se cercioró de que la iglesia continuaba en pie. Ya no comprendía; quedaba sumergido en una duda atroz, entre la iglesia invencible renaciendo de sus cenizas, y Albina omnipotente, que hacía vacilar a Dios con sólo su aliento.

—Yo he dormido perfectamente. Tú has charlado demasiado, y estás muy pálido.

Por la noche, después de la comida, el Hermano Archangias se presentó para jugar su partida de batalla con la Teuse. Aquella noche llegaba muy regocijado. Siempre que el Hermano estaba alegre, alumbraba porrazos en los costados de la Teuse, quien se los devolvía en pescozones por todo lo alto. Aquéllo hacía reír en tal medida que los techos temblaban. Luego inventaba jugarretas extraordinarias; rompía con la nariz platos puestos de plano, apostaba a que hundiría con el trasero la puerta del comedor, echaba todo el tabaco de su tabaquera en el café de la vieja sirviente, o bien traía un puñado de guijarros que le deslizaba cuello abajo, empujándoselos con la mano hasta la cintura. Aquellos desbordamientos de alegría sanguínea estallaban por maldita la cosa, en medio de sus cóleras de costumbre; con frecuencia una cosa de la que nadie se reía, le producía un verdadero ataque de estrepitosa locura, dando golpes con los pies, bailando como un trompo y sujetándose el vientre.

—Vamos a ver ¿no querrá usted decirme por qué está tan alegre?—preguntó la Teuse.

No contestó. Habíase sentado, a horcajadas en una silla, y daba la vuelta a la mesa galopando.

—Sí, sí, haga usted la bestia—repuso.—¡Dios mío! ¡Qué animal es usted!... Si el Señor le ve, ¡qué contento debe de estar de usted!

El Hermano acababa de dejarse caer boca arriba, con las espaldas en el suelo y con las piernas al aire. Sin levantarse, dijo con gravedad:

—Me vé y está contento de verme. El es quien desea que esté contento... Cuando consiente en favorecerme con un recreo, toca la campana en mi osamenta. Entonces me revuelco, lo que hace reír a todo el paraíso.

Y anduvo de espaldas hasta la pared; después, enderezándose sobre el cogote, tocó el tamboril con

Deseada se acercaba con su sonora alegría.

—¿Estás ahí? ¿Estás ahí?—exclamó.—Juegas por ventura al escondite? Te he llamado con todas mis fuerzas más de diez veces... Creía que habías salido.

Él investigaba con la vista todos los rincones, movida de curiosidad. Llegó hasta el confesonario, como quien nada hacía, como si se dispusiese a sorprender a alguien, escondido en aquel sitio. Volvióse contrariada y repuso:

—¿Luego estabas solo? ¿Dormías tal vez? ¿En qué puedes divertirte enteramente solo, cuando está tan oscuro? Vamos, ven, que nos espera la mesa puesta.

El padre se pasaba las febriles manos por la frente, como para borrar pensamientos que con seguridad todo el mundo iba a leer. Trataba maquinalmente de abrocharse la sotana, que le parecía destrozada y en vergonzoso desorden. Luego, siguió a su hermana, con faz severa, sin el menor estremecimiento, firme en aquella voluntad de sacerdote que oculta las agonías de su carne bajo la dignidad del tonsurado. Deseada no se dió siquiera cuenta de su turbación. Al entrar en el comedor, dijo sencillamente:

los talones tan alto como pudo. La sotana, que se alzaba, descubría el pantalón negro, remendado en las rodillas con pedazos de paño verde. Y continuaba:

—Vea usted, señor cura, hasta dónde llego. Apuesto a que usted no hace lo propio... Vaya, riase un poquitín. Preferible es arrastrarse boca arriba, que desear por colchón la piel de alguna llevada y traída. ¿Me entiende usted, eh? Por un instante, uno hace el asno, se restriega y deja su miseria. Y así uno descansa. Yo, cuando me restriego, me imagino ser el perro de Dios, y esto es lo que me lleva a decir que todo el paraíso se asoma a las ventanas y se ríe al verme... Usted también puede reír, señor cura. Esto es para los Santos y para usted. Atienda: esta es una voltereta por San José, estotra por San Juan, otra por San Miguel, una por San Marcos, otra por San Mateo...

Y continuó desensartando todo un rosario de santos y dando volteretas alrededor de la estancia. El padre Mouret, que no había dicho una palabra y que se hallaba acodado al borde de la mesa, había concluido por sonreír. Por regla general, las alegrías del Hermano le inquietaban. Por último, como pasase al alcance de la Teuse, ésta le largó un puntapié.

—Vaya—le dijo;—¿jugamos por fin?

El Hermano Archangias respondió dando gruñidos. Habíase puesto a cuatro patas y andaba en derechura hacia la Teuse, haciendo el lobo. Así que la hubo alcanzado, hundió la cabeza bajo sus sayas y le mordió la rodilla derecha.

—¿Quiere usted dejarme?—gritó.—¿Acaso piensa usted ahora en porquerías?

—¡Yo!—balbuceó el Hermano, tan regocijado por la idea, que se quedó en el sitio, sin poderse levantar.—¡Eh! Mira me quedo sin respiración tan sólo por haber probado tu rodilla. Está demasiado sucia... Muerdo a las mujeres, y luego las escupo como ves.

La tuteaba y escupía a sus sayas. Cuando pudo conseguir ponerse en pie, resopló un instante y se restregó los costados. Algunas explosiones de alegría zarandeábanle todavía el vientre, como odre que se acaba de vaciar. Dijo por último, con voz gruesa y seria:

—Juguemos... Si río, la cosa a mí solo concierne. No tiene usted necesidad de saber por qué, la Teuse.

Y la partida se entabló. Fué terrible. El Hermano echaba las cartas con fuertes puñetazos. Cuando gritaba "¡Batalla!" los vidrios resonaban. Era la Teuse la que ganaba. Tenía tres ases desde hacía rato, y atistaba el cuarto con reluciente mirada. En esto, el Hermano Archangias se entregaba a otras bromitas. Levantaba la mesa, con riesgo de romper la lámpara, hacía trampa con todo descaro, defendiéndose con ayuda de mentiras enormes, cosa de echarlo a broma, decía en seguida. Bruscamente se puso a entonar las *Visperas*, cantándolas con voz plena de chantre de facistol. Y ya no cesó, roncando lúgubremente, acentuando la cesura de cada versículo y golpeando las cartas sobre la palma de la mano izquierda. Cuando su alegría hubo llegado al colmo, cuando no encontró ya nada para expresarla, volvía a cantar las *Visperas* durante horas enteras. La Teuse, que le conocía bien, se inclinó para gritarle, en medio de los mugidos con que llenaba el comedor:

—¡Cállese usted, eso es insoportable! Está usted demasiado alegre esta noche.

Entonces dió principio a las *Compleatas*. El padre Mouret había ido a sentarse junto a la ventana. Parecía no ver, no oír lo que pasaba a su alrededor. Durante la comida, habíase alimentado como tenía por costumbre, y hasta había llegado a contestar a las eternas preguntas de Deseada. Ahora se abandonaba exhausto de energía; sentíase herido, aniquilado, en la furiosa contienda que proseguía en él, sin tregua ni reposo. Hasta faltá-

bale valor para levantarse y subir a su habitación. Después temía que si volvía el rostro del lado de la lámpara, no se viesen sus lágrimas, que en vano trataba de contener. Apoyó la frente contra un cristal, miró las tinieblas de fuera y se quedó dormido poco a poco, deslizándose a un estupor de pesadilla.

El Hermano Archangías, salmodiando siempre, guiñó los ojos, señalando al sacerdote dormido, con un movimiento de cabeza.

—¿Qué hay?—preguntó la Teuse.

El Hermano repitió su juego de párpados, acentuándolo más.

—¡Eh! ¡Cuándo se dislocará usted el cuello!—dijo la sirvienta.—Hable usted y le comprenderé... Mire usted, un rey. ¡Bien! Tomo su dama.

Dejó un instante las cartas, se encorvó sobre la mesa y le susurró a la cara:

—La buscona ha venido.

—Muy bien que lo sé—contestó ella.—La ví con la señorita entrar en el corral.

El Hermano la miró por modo terrible y avanzó los puños.

—¡La ha visto usted y la ha dejado entrar! Precisaba haberme llamado y la habríamos colgado por los pies a un clavo de la cocina.

Ella se incomodó, pero contuvo la voz para no despertar al padre Mouret.

—Muy bien—balbuceó.—¡No es usted poco bueno! ¡Venga usted a colgar a alguien en mi cocina! No hay que dudar que la he visto. Y hasta volví la espalda cuando fué a verse con el señor cura en la iglesia, después del catecismo. Allí han podido hacer cuanto les ha venido en gana. ¿Por ventura eso me va a mí ni me viene? ¿Acaso no tenía que poner las habichuelas al fuego?... En cuanto a mí, abomino a esa muchacha. Pero desde el punto y hora en que constituye la salud del señor cura... Puede venir a todas las horas del día y de la noche, les encerraré juntitos, si así lo desean.

—Si hiciese usted eso, la Teuse—dijo el Hermano con fría rabia,—yo la estrangularía a usted.

La Teuse se echó a reír, tuteándole a su vez.

—No digas tonterías, niño. Bien sabes que las mujeres te están prohibidas como el *Padre nuestro* a los borricos. Trata de estrangularme un día y ya verás lo que hago contigo... Ten juicio, y acabemos la partida... Mira, aquí viene otro rey.

Y él con su carta levantada, proseguía gruñendo:

—Preciso es que haya venido por algún camino conocido tan sólo por el diablo, para que se me haya escapado hoy. Todas las tardes voy a apostarme allí arriba, en el Paradou. Si vuelvo a sorprenderles juntos, haré que la muy bellaca trabe relaciones con un palo de cerezo silvestre, que expresamente he cortado para ella. Ahora vigilaré también la iglesia.

Jugó y se dejó ganar una sota por la Teuse y luego se retrepó en la silla, acometido de nuevo por su estentórea risa. Aquella noche no podía enfadarse con seriedad, y murmuró:

—No importa, si le ha visto, no por eso ha caído menos de narices... Sea como sea, quiero contárselo a usted, la Teuse. Como usted sabe, estaba lloviendo. Me encontraba en la puerta de la escuela, cuando reparé en que bajaba de la iglesia. Andaba muy erguida y con su aspecto orgulloso, a pesar del aguacero. Mas hete aquí que al llegar al camino, cayó al suelo cuan larga era, a causa de la tierra que debía de hallarse resbaladiza. ¡Oh, lo que me he reído!... ¡Y no palmoteaba poco! Cuando se levantó, tenía sangre en una muñeca, lo que me ha llenado de alegría para una semana. No puedo imaginármela en el suelo, sin sentir en la garganta y en el vientre cosquilleos tales, que me hacen descoyuntarme de risa.

E hinchando los carrillos y entregado ya en adelante a su juego, se puso a cantar el *De profundis*. Después lo volvió a empezar. La partida dió fin en medio de aquella lamentación, a la que daba

mayor empuje a cada instante, como para saborearla mejor. Fué él quien perdió, mas no por eso experimentó la menor contrariedad. Cuando la Teuse le puso a la puerta, después de haber despertado al padre Mouret, oíasele perderse en mitad de la obscuridad de la noche, repitiendo el último versículo del salmo: *Et ipse redimet Israel ex omnibus iniquitatibus ejus*, con acento de extraordinario regocijo.

XI

El padre Mouret dormía con sueño de plomo. Cuando abrió los ojos, más tarde que de costumbre, encontróse con el rostro y las manos bañados de lágrimas; mientras dormía, toda la noche la había pasado llorando. Aquella mañana no dijo misa. A pesar de su prolongado reposo, su desfallecimiento de la víspera había llegado a ser tal, que permaneció hasta el medio día en su habitación, sentado en una silla, al pie de la cama. El estupor que se apoderaba de él de hora en hora, le quitaba hasta la sensación del sufrimiento.

Tan sólo experimentaba un gran vacío; permanecía aliviado, anonadado, confundido. La lectura del breviario le costó un soberano esfuerzo; el latín de los versículos le parecía una lengua bárbara, cuyas palabras apenas conseguía deletrear. Después, dejado el libro sobre la cama, pasó horas y horas mirando la campiña por la ventana abierta, sin contar con fuerzas para acodarse al alféizar. A lo lejos, distinguía la blanca pared del Paradou, una pálida silueta que corría a la cumbre de las montañas, entre las sombrías manchas de los bosquecillos de pinos. A la izquierda, detrás de uno de aquellos bosques, encontrábase la brecha; no la veía, más sabía que estaba allí; tenía presentes los menores matojos de zarzas esparcidos por entre las piedras.

Todavía el día anterior no había sido osado a dirigir sus miradas a aquel temible horizonte. Mas ya en aquella ocasión, se olvidaba de sí mismo hasta el punto de reanudar impunemente, tras de cada ramillete de verdura, el hilo interrumpido de la pared, semejante a la orla de una falda fundida en todos los matorrales. Esto ni siquiera llevaba mayor actividad al latido de sus venas. La tentación, como desdeñosa de la pobreza de su sangre, había abandonado su desmadrado cuerpo; dejábale incapaz de una lucha, en la privación de la gracia, no teniendo siquiera la pasión del pecado, pronto a aceptar por atontamiento cuanto furiosamente había rechazado la víspera.

Sorprendióse un instante al oírse hablar alto. Una vez que la brecha se hallaba siempre allí, iría a unirse con Albina al ponerse el sol. Esta decisión le producía cierto enojo, mas no creía poder obrar de otro modo. Ella le esperaba, era su mujer. Cuando quería evocar su rostro, ya no lo veía sino muy pálido, muy en lontananza. Luego mostrábase inquieto al pensar en el modo como vivirían juntos; sería difícil permanecer en el país; tendrían que huir, sin que nadie lo sospechara; en seguida, una vez ocultos en cualquier parte, necesitarían dinero a manta para ser felices. Veinte veces intentó trazar un plan de raptó, de prepararse una existencia de amantes felices. No acertaba con nada. Ahora que el ansia ya no le enlequecía, el lado práctico de la situación le llenaba de espanto, poníale con sus débiles manos frente a frente de una tarea complicada, cuya primera palabra no sabía siquiera. ¿En dónde encontrarían caballos para escapar? Si se marchaban a pie, ¿no serían detenidos como vagabundos? Además, ¿sería capaz de desempeñar un empleo, de encontrar cualquiera ocupación, que pudiese asegurar el pan de su mujer? Nunca se le habían enseñado estas cosas.

Ignoraba la vida; escudriñando en su memoria, tan sólo tropezaba con retazos de oraciones, con de-

talles de ceremonial, con páginas de la *Instrucción teológica*, de Bouvier, aprendidas de memoria en otros tiempos en el seminario. Hasta las cosas sin importancia le embarazaban en extremo. Preguntábase si se atrevería a dar el brazo a su mujer en la calle. Con seguridad que no acertaría a andar con una mujer del brazo. Parecería tan torpe, que la gente volvería la cara para mirarle. Se adivinaría que era un cura e insultarían a Albina. En vano procuraría desprenderse de su apariencia sacerdotal, siempre llevaría consigo la triste palidez, el olor del incienso. ¿Y si un día llegaba a tener hijos? Aquella inesperada idea le hizo estremecerse; experimentó una singular repugnancia; creía que no les llegaría a amar. No obstante, eran dos, un niño y una niña. Les apartaba de sus rodillas, sufriendo al sentir sus manecitas posarse sobre sus ropas, sin sentir al hacerlos saltar, la alegría de los demás padres.

No se acostumbraba a aquella carne de su carne, de la que le parecía siempre desprenderse su impureza de hombre. La niña sobre todo le turbaba, con sus grandes ojos, en cuyo fondo se iluminaban ya ternuras de mujer. Pero no, no tendría hijos, evitariase aquel horror que experimentaba, a la idea de ver sus miembros renacer y vivir eternamente. Entonces, la esperanza de ser impotente le pareció dulcísima. Toda su virilidad habíase sin duda extinguido durante su larga adolescencia. Esto le determinó. Aquella misma noche huiría con Albina.

Por la tarde, no obstante, el padre Mouret se sintió demasiado abatido, por lo que pospuso la partida al día siguiente. Al día siguiente se dió un nuevo pretexto: no podía abandonar a su hermana sola con la Teuse; dejaría una carta para que se la condujera a casa de su tío Pascual. Durante tres días estuvo proponiéndose escribir la tal carta; el plieguecillo de papel, la pluma y el tintero estaban preparados, en la mesa, en su habitación. Y el ter-

cer día se fué sin escribir la carta. De repente, había tomado el sombrero, había partido para el Paradou, por necesidad, obsesionado, resignándose, yendo allí como a cumplir una servidumbre que no sabía cómo evitar. La imagen de Albina habíase vuelto a borrar; ya no la veía, obedecía a antiguas voluntades, muertas en él en aquella hora, mas cuyo rebrote persistía en el gran silencio de su ser.

Fuera, no tomó precaución alguna en ocultarse. Detúvose, en el extremo del pueblo, para hablar un instante con Rosalía; anunciábale que su hijito tenía convulsiones y, no obstante, se reía, con aquella risa en las comisuras de los labios que le era habitual. Luego el padre Mouret se internó en medio de las rocas, en dirección a la brecha. Por costumbre, habíase llevado el breviario. Como el camino era largo y se aburría, abrió el libro y leyó las oraciones reglamentarias. Así que volvió a ponerse bajo el brazo, ya había olvidado el Paradou. Continuó andando, andando, pensando en una casulla nueva que quería comprar, en reemplazo de la de estofa de oro, que sin remedio, iba convirtiéndose en polvo; hacía algún tiempo que ocultaba las monedas de veinte sueldos y calculaba que al cabo de siete meses contaría con bastante dinero. Llegaba a las cumbres, cuando el canto de un labriego, a lo lejos, llevóle a la memoria un cántico que había sabido en otro tiempo, en el seminario.

Buscó los primeros versos de aquel cántico, sin poderlos encontrar, y le contrariaba el tener tan poca memoria. Con todo, habiendo concluido por acordarse, sintió dulcísima alegría al entonar a media voz las palabras, que le acudían una tras otra. Tratábase de un homenaje a María. Sonreíase como si hubiese recibido en el rostro un fresco soplo de su juventud. ¡Cuán feliz era en aquellos tiempos! Seguramente que aún podría ser dichoso; no había crecido, no pedía para siempre sino las mismas felicidades, una paz serena, un rincón de capilla, en donde el sitio de sus rodillas estuviese marcado,

una vida de soledad alegrada con adorables puerilidades infantiles. Alzaba poco a poco la voz y entonaba el cántico con delicados sonidos de flauta, cuando, de repente, distinguió la brecha en frente de él.

Por un instante pareció sorprendido. Luego, cesando de sonreír, murmuró sencillamente:

—Albina debe de esperarme. El sol descende ya.

Pero, cuando subía a apartar las piedras para poder pasar, un resuello terrible le llenó de inquietud. Tuvo que volver a bajar, estando en un tris que no pusiese el pie en pleno rostro del Hermano Archangias, revolcado en el suelo, durmiendo profundamente. El sueño le había sin duda sorprendido en tanto que guardaba la entrada del Paradou. Obstruía el umbral, tendido cuan largo era, con los miembros apartados, en vergonzosa postura. Su mano derecha, echada tras de la cabeza, no había dejado el palo de cerezo, que parecía blandir aun, a modo de flamígera espada. Y roncaba en medio de las zarzas, con la cara al sol, sin que su curtida piel experimentase el menor estremeamiento. Un enjambre de moscas revoloteaba sobre su abierta boca.

El padre Mouret le miró un instante. Envidiaba aquel sueño de santo revolcado en el polvo. Quiso sacarle las moscas; pero las moscas, testarudas como ellas solas, volvían y se pegaban a los acardenalados labios del Hermano, quien ni siquiera llegaba a sentirlas. Entonces el padre pasó por encima del gigantesco cuerpo, y entró en el Paradou.

Después le preguntó:

—¿Me amas aún?

—Sí—le contestó,—te amo todavía.

Y permanecieron frente a frente, un tanto contrariados. Un gran silencio reinó entre ambos. Sergio, tranquilo, no intentaba romperlo. Albina, por dos veces, abrió la boca, mas cerróla en seguida, sorprendida de las cosas que le subían a los labios. Tan sólo le acudían palabras llenas de amargura y sentía que las lágrimas le humedecían los ojos. ¿Qué era lo que experimentaba, para no ser feliz, ahora que su amor estaba de vuelta?

—Escucha—dijo por fin,—aquí no podemos permanecer. Es ese agujero lo que nos hiela... Volvamos a nuestra casa. Dame la mano.

Y penetraron en el Paradou. El otoño se venía encima, los árboles aparecían tristes con sus amarillentas copas, que se despojaban hoja tras hoja. En las veredas veíase ya un lecho de verdura muerta, empapada de humedad, en donde las pisadas parecían ahogar suspiros. En el fondo de las praderas de césped, flotaba como una humareda, sumiendo en luto las azuladas lontananzas. Y el jardín entero se callaba, no exhalando ya sino hábitos melancólicos, que pasaban semejantes a escalofríos.

Sergio tiritaba bajo la avenida de grandes árboles que habían tomado. Dijo a media voz:

—¡Qué frío hace aquí!

—Tienes frío—murmuró tristemente Albina.—Mi mano ya no te calienta. ¿Quieres que te tape con un lado de mi vestido? Ven, vamos a hacer revivir todas nuestras caricias.

Llévole al jardín. El bosque de rosas seguía exhalando sus aromas, mas las últimas flores despedían amargos perfumes y los follajes, desmesuradamente agrandados, cubrían la tierra con durmiente charca. Pero Sergio demostró tal repugnan-

XII

Detrás de la pared, a algunos pasos de allí, hallábase Albina sentada sobre una alfombra de hierba. Al divisar a Sergio, se levantó.

—¡Ya estás aquí!—exclamó con tembloroso acento.

—Sí—dijo él apaciblemente,—he venido.

Albina se le echó al cuello, pero no le besó. Había sentido el frío del alzacuello sobre su desnudo brazo. Examinábale ya inquieta, reponiendo:

—¿Qué tienes? No me has besado en las mejillas, como en otro tiempo, ya sabes, cuando tus labios cantaban... ¡Bah! si no te sientes bueno, te volveré a curar. Ahora, que te encuentras ya aquí, vamos a reanudar nuestra dicha. Se acabó la tristeza... Ya estás viendo que sonrío. Hay que sonreír, Sergio.

Mas como él se mantuviese serio:

—No dudes que también yo he tenido mucha pena. Estoy aún muy pálida ¿no es cierto? Hace diez días que vivo aquí, sobre la hierba, en donde me has encontrado. Tan sólo quería una cosa, el verte entrar por esa brecha de la pared. Al más pequeño rumor, me levantaba para salirte al encuentro. Y no eras tú, eran las hojas que se llevaba el viento... Mas, bien sabía yo que vendrías. Habría esperado años.

cía al entrar en aquellos matorrales, que se quedaron a la orilla, buscando a lo lejos las avenidas por donde habían pasado la primavera. Albina recordaba los menores rincones; señalábale con el dedo la gruta en donde dormía la mujer de mármol, las cabelleras pendientes de las madre selvas y de las clemátidas, los campos de violetas, la fuente que escupía claveles rojos, la gran escalinata cubierta con una oleada de alelíes silvestres, la columnata en ruinas, en cuyo centro las azucenas levantaban un pabellón blanco. Allí era en donde ambos habían nacido, en el sol. Y refería los más minuciosos detalles de aquella jornada, el modo cómo andaban, la fragancia que el ambiente despedía a la sombra. El parecía escucharla, mas a una pregunta, probaba que no había comprendido. El ligero estremecimiento que le empalidecía, no le dejaba un instante.

Llevóle al vergel, al que ni siquiera se pudieron acercar. El río había engrosado y Sergio no pensaba ya en echarse a Albina a la espalda, para llevarla en tres saltos a la otra margen. Y sin embargo, en aquel lado, los manzanos y los perales estaban todavía cargados de fruto; las vides, con ya escasas hojas, se doblegaban bajo dorados racimos, cada uno de cuyos granos conservaba la roja mancha del sol. ¡Cómo habían jugueteado a la seductora sombra de aquellos árboles venerables! Eran entonces unos pilletes.

Albina sonreíase todavía al recuerdo de la descarada manera como enseñaba las piernas, cuando se quebraban las ramas. ¿No recordaba siquiera las ciruelas que se habían comido? Sergio contestaba con movimientos de cabeza. Parecía ya cansado. El vergel, con su hondonada verdosa, en mezcolanza de musgosos tallos, semejante a algún andamiaje desvencijado y en ruinas, le inquietaba, produciéndole el ensueño de un paraje húmedo, poblado de ortigas y de serpientes.

Le condujo a las praderas. Allí Sergio tuvo que

andar algunos pasos por entre las hierbas. Ahora le llegaban a los hombros; parecíanle otros tantos delgados brazos que trataban de atarle los miembros para arrojarlo al suelo y ahogarlo en el fondo de aquella mar verde, interminable. Suplicó a Albina que no se alejasen más; Ella iba delante y no se detuvo; después, viendo que sufría, se mantuvo en pie a su lado, entenebreciéndose poco a poco y concluyendo por ser pasto de escalofríos como él. No obstante, continuó hablando. Con prolongado gesto, indicóle los arroyuelos, las hileras de sauces, las extensiones de hierba ostentadas hasta el confín del horizonte. Todo aquello les pertenecía en otro tiempo, y allí vivían días enteros. Allá abajo, entre aquellos tres sauces, a orillas de aquella agua, habían jugado a los enamorados. Entonces habrían querido que las hierbas fuesen más altas que ellos, a fin de perderse en su moviente oleada, de estar más solos, de hallarse lejos de todo, como las alondras viajando en plenos trigales. ¿Por qué temblaba en esta ocasión, tan sólo con sentir la punta del pie humedecerse y desaparecer en el césped?...

Llevóle al bosque, y los árboles espantaron a Sergio todavía más. No les conocía, con aquella gravedad de sus negros troncos. Más que en cualquier otro sitio, el pasado le parecía muerto, en medio de aquellas severas enramadas, a donde la claridad descendía libremente. Las primeras lluvias habían borrado las huellas de sus pasos en la arena de las avenidas. Los vientos se llevaban todo lo que de ellos quedaba en las bajas ramas de los matorrales. Pero Albina, con el pecho oprimido de tristeza, protestaba con la vista. Daba sobre la arena con los menores rastros de sus paseos. A cada matojo, la antigua tibieza del roce que habían dejado allí, le ascendía al rostro. Y con suplicantes ojos, procuraba todavía evocar los recuerdos de Sergio. A lo largo de aquel sendero, habían caminado en silencio, muy conmovidos, sin atreverse

a decirse que se amaban. En el claro aquél, habíanse olvidado una tarde, hasta ya entrada la noche, para contemplar las estrellas que llovían sobre ellos como gotas de calor. Más allá, bajo aquella encina, habían cambiado su primer beso. La encina conservaba el aroma de aquel beso; hasta los musgos hablaban siempre de él. Era una patraña el asegurar que la selva se quedaba muda y vacía. Y Sergio volvía la cabeza, para evitar encontrarse los ojos de Albina, que le fatigaban.

Llevóle a los grandes peñascales. Tal vez allí no se estremecería ya con aquel aspecto de debilidad que la desesperaba. En aquella hora, tan sólo las grandes rocas aparecían todavía calientes con la roja brasa del poniente sol. Mantenían siempre su pasión trágica, sus ardientes lechos de pedruscos, en que se revoleaban grasas plantas, monstruosamente apareadas. Y sin hablar, sin volver siquiera la cabeza, Albina arrastraba a Sergio costeando la agria subida, queriendo llevarle más arriba, más arriba aún, más allá de los manantiales hasta que ambos volviesen a verse bajo el sol. Encontrarían el cedro bajo el cual habían experimentado la angustia del primer deseo. Se tenderían en el suelo, sobre las ardientes peñas, en la espera de que el celo de la tierra de ellos se apoderara. Mas pronto los pies de Sergio tropezaron cruelmente; no podía seguir andando. Por la primera vez, cayó de rodillas; Albina, con supremo esfuerzo, le levantó y le llevó un instante. Después volvió a caer abatido, en medio del camino. Frontero a él, y a sus pies, el Paradou inmenso se extendía.

—Has mentido—exclamó Albina.—¡Y ya no me amas!

Y lloraba, en pie, a su lado, sintiéndose impotente para llevarle más allá. No se sentía encolezada aún; lloraba sus agonizantes amores. El, por su parte, permanecía aplastado.

—El jardín está muerto, siempre siento frío—murmuró.

Mas ella le cogió la cabeza y le señaló el Paradou con un ademán:

—¡Mira, pues!... ¡Ah! tus ojos son los que están muertos, son tus oídos, tus miembros, tu cuerpo entero. Has atravesado por todas nuestras alegrías, sin verlas, sin oirlas, sin llegarlas a sentir. Y no has hecho más que tropezar, has venido a caer aquí de desfallecimiento y de fastidio... ¡No me amas ya!

Y él protestaba con dulzura, con tranquilidad. Entonces se desató la joven con la primer violencia.

—¡Cállate! ¿Acaso el jardín morirá nunca? Dormirá durante este invierno; despertará en Mayo y nos devolverá cuanto le hemos confiado de nuestros amores; nuestros besos renacerán en el jardín, nuestros juramentos rebrotarán con las hierbas y con los árboles... Si lo vieras, si lo oyeras... Se siente más intensamente conmovido, ama con más punzante dulzura, en esta estación otoñal, cuando se duerme en su fecundidad... Tú ya no me amas y ya no puedes saber.

Sergio alzaba hacia ella los ojos y le suplicaba que no se enfadase. Su adelgazado semblante palidecía con miedo de niño. Una voz un poco alta le hacía estremecerse. Acabó por conseguir de ella que descansase un instante, a su lado, en mitad del camino. Hablaron con toda apacibilidad y se explicaron. Y ambos, en frente del Paradou, sin cogerse siquiera con las yemas de los dedos, hablaron de su amor.

—Te amo, te amo—le dijo Sergio con voz suave.—Si no te amara, no habría venido... Es verdad que me siento desfallecido. Ignoro el por qué. Habría querido encontrar aquí aquel halagüeño calor, cuyo solo recuerdo era una caricia. Y tengo frío, el jardín me parece negro, no veo en él nada de lo que había dejado. Pero la culpa no es mía; me esfuerzo en ser como tú; querría contentarte.

—Ya no me amas—seguida repitiendo Albina.

—Sí, te amo. Sufrí mucho el otro día, después de haberte despedido... ¡Oh! te amaba con vehemencia tal, que te habría destrozado en un abrazo si hubieses vuelto a arrojarte a mi cuello. Jamás llegué a desearte con más furioso ardor. Durante muchas horas quedaste viva en mi presencia, atañazándome con tus flexibles dedos. Cuando cerraba los ojos, tú te iluminabas como un sol y me envolvías en tu llama. Entonces he pasado por encima de todo, y he venido.

Guardó un instante de silencio, meditabundo; después continuó:

—Y ahora mis brazos se sienten como destrozados. Si quisiese estrecharte contra mi seno, no podría mantenerte en él, te dejaría caer... Espera a que este escalofrío me haya pasado; me darás las manos, las volveré a besar. Sé buena, no me mires con tus irritados ojos. Ayúdame a volverme el corazón.

Y demostraba tan verdadera tristeza, tan evidente anhelo de dar nuevo principio a su vida de amor, que Albina se sintió conmovida. Por un instante pareció dulcificar sus sentimientos, y le preguntó con todo interés:

—¿Qué te aqueja? ¿En dónde tienes el mal?

—No sé. Parece que toda la sangre de mis venas desaparece... Hace un momento, al venir, creí que se me echaba a los hombros un vestido helado, que se me pegaba a la carne y que, de la cabeza a los pies, me formaba como un cuerpo de piedra. Ya he sentido en otra ocasión esta túnica sobre mis hombros... No me acuerdo ya.

Mas ella le interrumpió con amistosa risa:

—Eres un niño. Habrás cogido un constipado, y asunto concluido... Escucha, ¿por lo menos no soy yo quien te causo miedo? Durante el invierno, no permaneceremos en medio de este jardín, como dos salvajes. Iremos a donde mejor te plazca, a alguna gran ciudad. Nos amaremos en me-

dio del mundo, tan tranquilamente como entre los árboles. Y ya verás como no soy ninguna holgazana, que no sabe sino coger nidos y andar horas y horas sin llegar a cansarse... Cuando yo era pequeña, llevaba sayas bordadas, con medias caladas, camisolines y falbalaes. Quizás nadie te ha contado todo esto.

Sergio no la escuchaba y dijo de súbito, exhalando un ligero grito:

—¡Ah! ¡Me acuerdo!

Y cuando Albina le hizo preguntas, no quiso contestarle. Acababa de acordarse de la sensación que experimentó en sus hombros, en la capilla del seminario. Aquella era la helada túnica que le formaba un cuerpo de piedra. Entonces se sintió invenciblemente asido por su pasado de sacerdote. Los indecisos recuerdos que se habían despertado en su imaginación a lo largo del camino, de los Artaud al Paradou, se abultaron y dominaron con soberana autoridad. En tanto que Albina continuaba hablándole de la vida feliz que gozarían juntos, llegaban a sus oídos los toques de campanilla por la elevación de la Hostia, veía las custodias tragando cruces de fuego sobre las muchedumbres arrodilladas.

—Pues bien—dijo Albina,—por agradarte, volveré a ponerme mis sayas bordadas... Quiero que estés alegre. Buscaremos lo que te pueda distraer. Tal vez me amarás más todavía cuando me veas hermosa, engalanada como las damas. No volveré a ponerme la peineta torcida, con los cabellos a la espalda. No me arremangaré más las mangas hasta los codos. Me abrocharé bien el corpiño para no enseñar más los hombros. Y también sé saludar y sé andar por modo grave, con pequeños balanceos de cabeza. Vamos, seré una linda mujer, cuando vaya del brazo tuyo por las calles.

—¿Has entrado alguna vez en las iglesias cuando eras pequeña?—le preguntó Sergio a media voz, como si a pesar suyo, hubiese continuado ha-

blando alto el ensueño que le impedía escuchar.— En cuanto a mí, yo no era dueño de pasar por delante de una iglesia, sin entrar. Tan luego como la puerta caía silenciosa tras de mí, parecía que me hallaba en el paraíso, con voces de ángel que me contaban al oído dulces historias, con el aliento de los santos, cuya caricia parecíame sentir por todo el cuerpo... Sí, habría querido vivir allí siempre, perdido en el fondo de aquella bienandanza.

Albina le contempló con los ojos fijos, mientras que una ligera llama se encendía en la ternura de su mirada. Y repuso, sumisa aún:

—Yo seré la que mejor cuadre a tus caprichos. En otro tiempo me dedicaba a la música; era una señorita instruída, a quien se educaba para todos los encantos... Volveré a la escuela y volveré a dedicarme a la música. Si deseas oírme entonar alguna canción que sea de tu agrado, no tienes más que indicármela, y la aprenderé durante meses, para hacértela oír una noche, en nuestro hogar, en una habitación muy cerrada, a la que hayamos corrido todos los cortinajes. Y tú me recompensarás con un solo beso... ¿Lo quieres? Un beso en los labios que te devolverá el amor. Tú meogerás y podrás destrozarme entre tus brazos.

—Sí, sí—murmuró Sergio, respondiendo tan solo a sus propias imaginaciones,—mis grandes placeres se cifraron en un principio en encender los cirios, en preparar las vinajeras, en llevar el misal, con las manos cruzadas. Más adelante saboreé la lenta aproximación del Señor y creí morir de amor... No tengo otros recuerdos. Nada sé. Cuando alzo la mano es para echar una bendición. Cuando adelanto los labios es para un beso dado al altar. Si busco mi corazón, no vuelvo a encontrarle: lo he ofrecido a Dios, quien con él se ha quedado.

Albina, con los ojos encendidos, se quedó muy pálida. Y prosiguió con un temblor en su acento:

—Y yo quiero que mi hija no se aparte de mí

jamás. Tú podrás, si lo juzgas conveniente, enviar el niño al colegio. Pero mi linda rubita estará siempre cosida a mis faldas. Yo seré quien la enseñará a leer. ¡Oh! yo me acordaré, tomaré maestros, si he olvidado lo que sabía... Viviremos con nuestro pequeño mundo entre las piernas. Y serás feliz, ¿verdad? Contesta, dime que sentirás calor, que sonreirás y que nada echarás de menos...

—He pensado a menudo en los santos de piedra a quienes se incensa desde hace siglos, en el fondo de sus nichos—dijo el padre Mouret con voz queda.—Con el andar de los tiempos, deben de hallarse bañados de incienso hasta las entrañas... Y, en cuanto a mí, yo soy como uno de esos santos. Tengo incienso hasta en el último pliegue de mis órganos. Es un embalsamiento que produce mi serenidad, la muerte tranquila de mi carne, la paz que disfruto al no vivir... ¡Ah! ¡Que nadie me sustraiga a mi inmovilidad! Permaneceré frío, rígido, con la sonrisa sin fin de mis labios de granito, impotente para bajar entre los hombres. Este es mi único deseo.

Albina se levantó exasperada, amenazadora. Sacudióle con fuerza, gritando:

—¿Qué es lo que dices? ¿Qué estás soñando ahí en alta voz? ¿No soy tu mujer? ¿No has venido para ser mi esposo?

Sergio, temblando cada vez más, retrocedía.

—No, déjame, tengo miedo—balbuceaba.

—¿Y nuestra vida común? ¿Y nuestra felicidad y nuestros hijos?

—No, no, tengo miedo.

Y luego lanzó este supremo grito:

—¡No puedo, no puedo!

Entonces, durante un momento, quedóse muda, en presencia del sin ventura, que tiritaba a sus pies. Una llamarada parecía salir de su rostro. Había abierto los brazos, como para recogerlo, para estrecharlo contra su corazón, en un enfurecido

arranque de deseo. Mas pareció reflexionar; asíóle tan sólo de la mano y lo puso en pie.

—Ven—le dijo.

Y lo condujo bajo el árbol gigante, al mismo sitio en que se había entregado y en donde él la había poseído. Era la misma sombra de felicidad, el mismo tronco que respiraba como un seno, las mismas ramas que se extendían a lo lejos, semejantes a miembros protectores.

El árbol permanecía vigoroso, robusto, potente, fecundo. Como en el día de sus bodas, una languidez de alcoba, una claridad de noche de estío, yendo a morir sobre los desnudos hombros de una enamorada, un baluceo de amor apenas distinto, cayendo súbitamente sobre un grande y mudo espasmo... se extendían en el claro bañado con limpidez verdosa. Y allá a lo lejos, el Paradou, a pesar del primer estremecimiento del otoño, encontraba, también él, sus cuchicheos ardorosos. Convertíase de nuevo en cómplice. Del jardín, del vergel, de las praderas, del bosque, de los grandes peñascos, del inmenso cielo, llegaba nuevamente una risa de voluptuosidad, un viento que sembraba a su paso una polvareda de fecundación. Nunca el jardín, en las más templadas noches de la primavera, había ofrecido ternuras tan profundas como en los hermosos últimos días, cuando las plantas se adormecían diciéndose adiós. El olor de los maduros gérmenes acarreaba una embriaguez de deseo, a través de las hojas más enrarecidas.

—¿Oyes? ¿Oyes?—baluceaba Albina al oído de Sergio, a quien había dejado caer sobre la hierba, al pie del árbol.

Sergio lloraba.

—Bien ves que el Paradou no está muerto. Nos grita que nos amemos; sigue queriendo nuestras bodas... ¡Oh! acuérdate. Llévame en los brazos. Seamos el uno del otro.

Sergio lloraba.

Albina ya no dijo nada. Abrazóle con vigoroso,

con feroz esfuerzo, y pegó sus labios a los de aquel cadáver, a fin de resucitarlo. Y Sergio proseguía derramando lágrimas.

Al cabo de un gran silencio, Albina habló. Hallábase de pie, despreciativa, resuelta.

—Vete—le dijo en voz queda.

Sergio se levantó haciendo un esfuerzo. Recogió el breviario que había rodado sobre la hierba, y se fué.

—¡Vete!—repetía Albina que iba en pos de él, echándole hacia adelante y alzando la voz.

Y empujóle por tal modo, de matojo en matojo, conduciéndole a la brecha, en medio de los severos árboles. Y allí, como Sergio titubease, inclinada la frente, le gritó con violencia.

—¡Vete, vete!

Luego, lentamente, entró en el Paradou, sin volver la cabeza. La noche se venía encima, y el jardín era ya tan sólo un gran ataúd de sombra.

A paso lento, ambos bajaron hacia los Artaud. El sacerdote no había abierto los labios. Poco a poco, alzaba la cabeza y no volvía a temblar. Cuando distinguió, a lo lejos, sobre el violado cielo, la negra silueta del Solitario, con la roja mancha de las tejas de la iglesia, sonrióse débilmente. De sus claros ojos, se desprendía gran serenidad.

Entretanto, el Hermano, de vez en cuando, daba un puntapié a un pedrusco; después se volvía y apostrofaba a su compañero:

—¿Se ha acabado ahora ya? Cuando tenía la edad de usted, era yo un verdadero energúmeno, un demonio se me comía los riñones. Y luego concluyó por aburrirse y por largarse. Ya no tengo riñones. Vivo tranquilo... ¡Oh! bien sabía yo que usted vendría. Hace tres semanas que le espío. Miraba al jardín por el agujero de la pared. Habría querido cortar los árboles. A menudo arrojaba piedras, y cuando tronchaba una rama, me daba por muy contento... Dígame usted, ¿es tan extraordinario lo que se disfruta allí dentro?

Había detenido al padre Mouret en mitad del camino, mirándole con relucientes ojos de terribles celos. Las delicias entrevistadas del Paradou le torturaban. Hacía semanas que se había quedado en el umbral, olfateando de lejos los goces dignos de condenación. Mas como el padre permaneciese mudo, reanudó su marcha, mofándose y gruñendo frases equívocas. Y alzando la voz prosiguió:

—Ya usted ve, cuando un sacerdote hace lo que usted ha hecho, escandaliza a todos los demás... ¡Mejor, tanto mejor!

Y se engreía y daba palmadas. El padre no le escuchaba, perdido en un desvarío de la mente. Su sonrisa se había expansionado. Y cuando el Hermano le hubo dejado a la puerta del presbiterio, dió la vuelta y entró en la iglesia. Toda se hallaba gris, como en aquella terrible noche de aguacero, en que la tentación tan rudamente le había agitado. Mas permanecía pobre y recogida,

El Hermano Archangias, despertado, en pie sobre la brecha, daba garrotazos sobre las piedras, blasfemando por modo abominable.

—¡Así el demonio les rompa las piernas! ¡Que los clave uno detrás del otro como los perros! ¡que les arrastre por los pies, con las narices en su inmundicia!

Mas cuando vió a Albina arrojar al sacerdote, se quedó un instante sorprendido. Y luego golpeó más fuerte, acometido de terrible risa.

—Adiós, grandísima picaña. ¡Buen viaje! Vuélvete a fornicar con los lobos... ¡Ah! a ti no te basta un santo; necesitas riñones más sólidos. ¿Quieres mi palo? Toma, acuéstate con él. Este es el buen mozo que te satisfará.

Y con toda su fuerza, arrojó el palo tras de Albina, en el crepúsculo. Luego, mirando al padre Mouret, gruñó:

—Ya sabía que estaba usted ahí dentro. Las piedras habían sido removidas... Escuche usted, señor cura, la culpa de usted ha hecho de mí su superior. Dios le dice por mi boca que el infierno no cuenta con tormentos bastante espantosos para los curas entregados a la carne. Si se digna perdonarle, será demasiado bueno y menoscabará su justicia.

sin corrientes de oro, sin los alientos de agonía llegados de la campiña. Guardaba un silencio solemne. Sola, un hábito de misericordia parecía llenarla.

Arrodillado ante el gran Cristo de cartón pintado, llorando lágrimas que corrían por sus mejillas como otras tantas alegrías, el sacerdote murmuraba:

—Oh, Dios mío, no es cierto que carezcáis de piedad. Siéntolo en mí mismo, me habéis perdonado. Lo siento en vuestra gracia, que, desde hace horas, desciende en mí, gota a gota, trayéndome la salvación por modo lento y seguro... ¡Oh, mi Dios! en el momento en que os abandonaba, era cuando me protegíais con eficacia mayor. Os ocultábais de mí para mejor apartarme del mal. Dejábais que mi carne anduviere adelante, a fin de que tropezase contra su impotencia... Y ahora, ¡oh, Dios mío! veo que para siempre me habíais marcado con vuestro sello terrible, lleno de delicias, que pone a un hombre apartado de los hombres, y cuya huella es tan imborrable, que reaparece, tarde o temprano, hasta sobre los miembros culpables. Habéisme quebrantado en el pecado y en la tentación, me habéis exterminado con vuestra llama; habéis querido que ya no hubiese sino ruinas en mí, para descender con seguridad. Soy una casa vacía, en donde podéis habitar... ¡Bendito seáis, oh, mi Dios!

Se prosternaba y balbuceaba en el polvo. La iglesia salía victoriosa; permanecía en pie, por encima de la cabeza del sacerdote, con sus altares, su confesionario, su púlpito, sus cruces, sus imágenes santas. El mundo no existía ya. La tentación se había extinguido, como incendio en adelante inútil para la purificación de la carne. Entraba en la sobrehumana paz. Lanzaba este supremo grito:

—Fuera de la vida, fuera de las criaturas, fuera de todo, soy vuestro ¡oh, Señor! vuestro sólo, por toda una eternidad!

XIV

En aquella hora, Albina en el Paradou, rodaba todavía, arrastrando la muda agonía de la fiera herida. No lloraba ya; su rostro aparecía blanco y con la frente cruzada con una gran arruga. ¿Por qué padecía toda aquella muerte? ¿De qué falta resultaba culpable, porque, de repente, el jardín no le mantuviese las promesas que le tenía hechas desde la infancia? Y se interrogaba, yendo hacia adelante, sin fijarse en las avenidas en que la sombra se deslizaba poco a poco. Ella, sin embargo, había obedecido siempre a los árboles. No guardaba memoria de haber machacado una flor. Siempre había permanecido siendo la niña mimada de los verdores, escuchándolos sumisa, abandonándose a ellos, rebosante de fe en las bienandanzas que le reservaban. Cuando, en el último día, el Paradou le había gritado que se tendiese bajo el árbol gigante, habíase acostado, había abierto los brazos, repitiendo la lección inspirada por las hierbas. Entonces, si nada encontraba que reprochase, el jardín era quien la traicionaba, que la martirizaba, por el solo placer de verla sufrir.

Detúvose y miró a su alrededor. Las grandes y sombrías masas de los follajes guardaban recogido silencio; los senderos, a cuyos lados se alzaban paredes sombrías, convertíanse en tenebrosos callejones sin salida; los dilatados campos cubiertos de

sin corrientes de oro, sin los alientos de agonía llegados de la campiña. Guardaba un silencio solemne. Sola, un hábito de misericordia parecía llenarla.

Arrodillado ante el gran Cristo de cartón pintado, llorando lágrimas que corrían por sus mejillas como otras tantas alegrías, el sacerdote murmuraba:

—Oh, Dios mío, no es cierto que carezcáis de piedad. Siéntolo en mí mismo, me habéis perdonado. Lo siento en vuestra gracia, que, desde hace horas, desciende en mí, gota a gota, trayéndome la salvación por modo lento y seguro... ¡Oh, mi Dios! en el momento en que os abandonaba, era cuando me protegíais con eficacia mayor. Os ocultábais de mí para mejor apartarme del mal. Dejábais que mi carne anduviere adelante, a fin de que tropezase contra su impotencia... Y ahora, ¡oh, Dios mío! veo que para siempre me habíais marcado con vuestro sello terrible, lleno de delicias, que pone a un hombre apartado de los hombres, y cuya huella es tan imborrable, que reaparece, tarde o temprano, hasta sobre los miembros culpables. Habéisme quebrantado en el pecado y en la tentación, me habéis exterminado con vuestra llama; habéis querido que ya no hubiese sino ruinas en mí, para descender con seguridad. Soy una casa vacía, en donde podéis habitar... ¡Bendito seáis, oh, mi Dios!

Se prosternaba y balbuceaba en el polvo. La iglesia salía victoriosa; permanecía en pie, por encima de la cabeza del sacerdote, con sus altares, su confesionario, su púlpito, sus cruces, sus imágenes santas. El mundo no existía ya. La tentación se había extinguido, como incendio en adelante inútil para la purificación de la carne. Entraba en la sobrehumana paz. Lanzaba este supremo grito:

—Fuera de la vida, fuera de las criaturas, fuera de todo, soy vuestro ¡oh, Señor! vuestro sólo, por toda una eternidad!

XIV

En aquella hora, Albina en el Paradou, rodaba todavía, arrastrando la muda agonía de la fiera herida. No lloraba ya; su rostro aparecía blanco y con la frente cruzada con una gran arruga. ¿Por qué padecía toda aquella muerte? ¿De qué falta resultaba culpable, porque, de repente, el jardín no le mantuviese las promesas que le tenía hechas desde la infancia? Y se interrogaba, yendo hacia adelante, sin fijarse en las avenidas en que la sombra se deslizaba poco a poco. Ella, sin embargo, había obedecido siempre a los árboles. No guardaba memoria de haber machacado una flor. Siempre había permanecido siendo la niña mimada de los verdores, escuchándolos sumisa, abandonándose a ellos, rebosante de fe en las bienandanzas que le reservaban. Cuando, en el último día, el Paradou le había gritado que se tendiese bajo el árbol gigante, habíase acostado, había abierto los brazos, repitiendo la lección inspirada por las hierbas. Entonces, si nada encontraba que reprochase, el jardín era quien la traicionaba, que la martirizaba, por el solo placer de verla sufrir.

Detúvose y miró a su alrededor. Las grandes y sombrías masas de los follajes guardaban recogido silencio; los senderos, a cuyos lados se alzaban paredes sombrías, convertíanse en tenebrosos callejones sin salida; los dilatados campos cubiertos de

musgo, dormían a lo lejos los vientos que los desfloraban. Y le tendió las manos con desesperación, lanzando un grito de protesta.

Tres veces rogó con viva instancia al Paradou que contestase, sin que le llegase la menor explicación de las altas ramas, sin que una sola hoja le mostrase compasión. Después, cuando volvió a emprender su camino, sintióse andar en la fatalidad del invierno. Ahora que ya no interrogaba a la tierra como criatura rebelde, llegaba a sus oídos una profunda voz a ras del suelo, la voz de despedida de las plantas, que se deseaban una muerte feliz. Haber bebido el sol de toda una estación, haber vivido siempre entre flores, haberse exhalado en un continuo perfume, e irse después al primer tormento, con la esperanza de descansar en alguna parte, ¿no era una vida bastante larga, una vida bien empleada, que menoscabaría una obstinación por querer vivir un más? ¡Oh! ¡Cuán bien debería una de hallarse muerta, teniendo ante sí una noche sin término, para pensar en la efímera jornada vivida, para fijar en la eternidad los goces fugitivos!

Detúvose nuevamente, mas no volvió a protestar, en medio del gran recogimiento del Paradou. Entonces creía comprender. A no dudarle, el jardín le preparaba la muerte como un goce supremo. Era a la muerte a donde la había conducido de tan tierna manera. Tras del amor no existía sino la muerte. Y nunca el jardín la había amado tanto; habíase mostrado ingrata al acusarle, pues continuaba siendo siempre la más predilecta de sus hijas. Las silenciosas hojarasca, los senderos obstruidos de nieblas, las praderas en que el viento se adormecía, no se callaban sino para invitarla a la alegría de un largo silencio. Queríanla con ellos, en el reposo del frío; soñaban con llevársela entre sus hojas secas, con los ojos helados como el agua de los manantiales, rígidos los miembros como las desnudas ramas, durmiendo la sangre el sueño de

la savia. Viviría su existencia hasta el final, hasta su muerte. Tal vez habrían ya resuelto que a la estación venidera sería un rosal del jardín, un rubio sauce de las praderas, o un joven abedul de la selva. Era grande ley de la vida: iba a morir.

Entonces, por la postrera vez, reanudó su marcha a través del jardín, en busca de la muerte. ¿Qué olorosa planta necesitaba sus cabellos para aumentar el aroma de sus hojas? ¿Qué flor le pedía el don de su cutis de raso, la blancura inmaculada de sus brazos, el tierno barniz de su seno? ¿A qué enfermo arbusto debería ofrecer su sangre juvenil?

Habría querido ser útil a las hierbas que vegetaban al borde de las avenidas, matarse allí, para que una planta naciese de ella, soberbia, exuberante, llena de pájaros en Mayo y acariciada ardentemente por el sol. Pero el Paradou permaneció muerto por mucho tiempo aún, no determinándose a confiarle en qué postrero beso se la llevaría. Hubo de volver a recorrerlo todo, volver a emprender la peregrinación de sus paseos. La noche había sobrevenido casi por completo, y parecía que poco a poco iba penetrando en la tierra. Subió a las grandes rocas para interrogarlas, para preguntarles, si era en sus lechos de guijarros en donde debía de espirar. Atravesó la selva, esperando, con anhelo que retardaba su marcha, que alguna encina se desplomase y la envolviese en la majestad de su caída. Costeó todos los arroyos de las praderas, inclinándose casi a cada paso, mirando si en el fondo de las aguas no le estaría algún lecho preparado, entre los nenúfares. En parte alguna la muerte la llamaba, no le tendía sus frescos brazos. Con todo eso, no se equivocaba. Era el Paradou quien iba a enseñarle a morir, como le había enseñado a amar. Volvió a recorrer los matogales, más ahincadamente que en las templadas mañanas en que buscaba el amor. Y, de repente, en el instante en que llegaba al jardín, sorprendió

la muerte, en los perfumes de la noche: echó a correr y le acometió una risa de voluptuosidad. Debía de morir con las flores.

Primero corrió al bosque de rosas. Allí, en la postrera claridad del crepúsculo, fué registrando los macizos y cogió todas las rosas que languidecían a la aproximación del invierno. Cogíalas en el suelo, sin percatarse de las espinas; cogíalas a su frente, con ambas manos; cogíalas de sobre su cabeza, poniéndose de puntillas, doblegando los arbutos. Impulsábala tal prisa, que hasta desgajaba las ramas, ella, que respetaba tanto las menores briznas de hierba. Pronto tuvo los brazos llenos de rosas, un fardo de rosas, bajo el cual se tambaleaba. Por último entró en el pabellón, habiendo despojado el bosque, llevándose hasta los pétalos caídos; y así que hubo dejado caer su carga de rosas sobre el pavimento de la habitación del techo azul, volvió a bajar al jardín.

Entonces fué en busca de violetas. Hacía enormes ramilletes, que apretaba uno tras otro contra su penacho. En seguida buscó claveles rojos, semejantes a jarros de sangre. Y buscó además cuarentenas, dondiegos de noche, heliotropos, lirios; tomaba a puñados los últimos tallos floridos de las cuarentenas, cuyas tiras de encaje de raso rozaba sin piedad; devastaba las canastas de maravillas, apenas abiertas al aire de la noche; segaba el campo de los heliotropos recogiendo a montones su cosecha de flores; poníase bajo el brazo atados de azucenas, como atados de cañas. Cuando estuvo de nuevo cargada, subió al pabellón, a echar, al lado de las rosas, las violetas, los claveles, las cuarentenas, las maravillas de noche, los heliotropos, las azucenas. Y, sin cobrar aliento, volvió a bajar.

Esta vez se dirigió a aquel rincón melancólico que era como el cementerio del jardín. Un ardoroso otoño había producido una nueva florecencia primaveral. Encarnizóse sobre todo en los acirates de tuberosas y de jacintos, arrodillada en mitad de las

hierbas, recogiendo su cosecha con precauciones de avaro. Las tuberosas parecían para ella flores preciosas que habían de destilar gota a gota oro, riquezas, bienes extraordinarios. Los jacintos, alifarados con sus floridos granos, parecían como colares, cada una de cuyas perlas iba a verter sobre ella delicias ignoradas para los hombres. Y, aunque desapareciese en las brazadas de jacintos y de tuberosas que había cortado, asoló más allá un campo de adormideras, y halló todavía medio de arrasar un cuadro de caléndulas. Encima de las tuberosas y de los jacintos, las caléndulas y las adormideras, se amontonaron. Fué volando a desprenderse de todo a la habitación del techo azul, teniendo cuidado de que el viento no le arrebatase ni un pistilo. Volvió a bajar.

¿Qué era lo que ahora iba a coger? Ya había segado el jardín entero. Cuando se ponía de puntillas, ya no veía, bajo la sombra gris aún, sino el jardín muerto, despojado ya de las tiernas miradas de sus rosas de la colorada risa de sus claveles, de las perfumadas cabelleras de sus heliotropos. Sin embargo, no podía volver a subir con los brazos vacíos. Y la emprendió con las hierbas, con los verdes; arrastróse, con el pecho contra el suelo, tratando, en un supremo abrazo de pasión, de llevarse la tierra misma.

Llegó por último la siega de las plantas odoríferas, los torongiles, las mentas, las verbenas, de que se llenó el delantal. Encontró un arriate de balsamo, del que ni tan sólo dejó una hoja. Hasta llegó a coger dos grandes plantas de hinojo, que se echó al hombro, a guisa de árboles. A haber podido, habría arramblado, tras ella entre sus apretados dientes, con toda la verde alfombra del jardín. Después, en el umbral del pabellón, volvióse y lanzó una última mirada al Paradou. La obscuridad era intensa; la noche, cerrada por completo, habíale echado un manto negro sobre la faz. Y subió para no bajar más.

Pronto la gran habitación quedó engalanada. Había puesto una lámpara encendida sobre la consola. Escogía las flores amontonadas en el suelo y hacía de ellas grandes ramilletes que distribuía por todos los rincones. En primer lugar, tras de la lámpara sobre la consola, puso las azucenas, delicado encaje que atenuaba la claridad con su blanca pureza. En seguida puso puñados de claveles y de cuarentenas sobre el viejo canapé, cuya pintada tela estaba ya sembrada de ramilletes rojos, marchitos hacía ya cien años; y la tela desaparecía, y el canapé extendía contra la pared un macizo de cuarentenas, erizado de claveles. Después colocó los cuatro sillones delante de la alcoba; llenó el primero de caléndulas, el segundo de amapolas, el tercero de maravillas, y el cuarto de heliotropos; los sillones, así inundados, no dejando ver sino trozos de sus brazos, parecían linderos de flores. Por último pensó en la cama. Acercó a la cabecera una mesita, en la que puso un enorme montón de violetas. Y a grandes brazadas, cubrió enteramente el lecho con todos los jacintos y todas las tuberosas que había subido; tan cuajado quedaba de flores, que desbordaban por delante, por los pies, por la cabeza, el pasillo junto a la pared, desprendiéndose por todos lados regueros de flores. El lecho no era ya sino una gran florescencia. Entretanto las rosas no habían tenido colocación; echólas al azar, unos puñados en cada parte; no miraba siquiera a donde caían; la consola, el canapé, los sillones, todos recibieron; un rincón del lecho quedó inundado. Durante unos minutos llovieron rosas en grandes copos, un chaparrón de flores pesadas como gotas de tempestad que formaban lágrimas en los resquicios del pavimento. Mas como el montón apenas disminuía, acabó por tejer guirnaldas que colgó a las paredes. Los Amorcillos de yeso que diableaban en el techo de la alcoba, tuvieron guirnaldas de rosas prendidas al cuello, en los brazos y en torno a la cintura; sus desnudos vientres, sus desnudos

traseros quedaron todos cubiertos de rosas. El techo azul, los ovalados testers en cuadrados con lazos color de carne, las pinturas eróticas carcomidas por el tiempo se encontraron revestidos con mantos de rosas, con tapicerías de rosas. La gran habitación quedó engalanada. Ahora podía morir allí.

Por un instante permaneció en pie, mirando a su alrededor. Pensaba, investigaba si la muerte se encontraba allí. Y recogió las plantas odoríferas, los torongiles, las mentas, las verbenas, los sándalos, los hinojos; retorciólos, los dobló y construyó con ellos taponés, con ayuda de los cuales fué a obstruir las más pequeñas rendijas de la puerta y de las ventanas. Acto seguido, corrió las cortinas de indiana blanca, cosidas a grandes puntadas. Y muda, sin exhalar un suspiro, tendióse en el lecho, sobre la florescencia de los jacintos y de las tuberosas.

Aquello fué una postrera voluptuosidad. Con los ojos del todo abiertos, sonreía a la habitación. ¡Cuánto había amado en aquella estancia! y ¡cuán dichosa moría allí! En aquella hora nada de impuro llegaba ya de los Amorcillos de yeso, nada de perturbador descendía de las pinturas, en que los miembros de mujer se revolcaban. Bajo el lecho azul tan sólo quedaba el sofocante perfume de las flores. Y parecía que aquel perfume no fuese otra cosa que el aroma del antiguo amor de que siempre había quedado tibia la alcoba, una fragancia extendida, centuplicada y tan penetrante, que respiraba la asfixia. Tal vez era el aliento de la dama muerta allí, un siglo hacía. Albina se sentía arrebataada a su vez en aquel aliento. Sin moverse y juntas las manos sobre el corazón, proseguía sonriendo y aspiraba los aromas que cuchicheaban en su zumbante cabeza. Ejecutábanle una extraña música de perfumes que la adormecían lentamente, con extremada dulzura.

Primero dejóse oír un prelude alegre, infantil:

aquellas manos, que habían retorcido las olorosas verduras, exhalaban la acritud de las hierbas pisoteadas, le contaban sus correrías de muchachuela en medio de las salvajeces del Paradou. En seguida dejábase oír una melodía de flauta, pequeñas y dulcísimas notas que se desgranaban del montón de violetas sobre la mesa, junto a la cabecera de la cama y aquella flauta, bordando su melodía sobre el tranquilo aliento, acompañamiento regular de las azucenas de la consola, entonaba los primeros encantos de su amor, la confesión primera, el primer beso bajo la arboleda. Pero la respiración le faltaba más y más, la pasión llegaba hasta el brusco estallido de los claveles, cuyo penetrante olor dominaba por un instante todos los demás. Creía que iba a agonizar en la enfermiza frase de las maravillas y de las amapolas, que le recordaban los tormentos de sus deseos. Y, de súbito, todo se aquietaba, respiraba más libremente, deslizábase a una dulzura mayor, mecida por una descendente escala de las cuarentenas, retardándose, anegándose, hasta llegar a un adorable cántico de los heliotropos, cuyos efluvios de vainilla anunciaban la proximidad de las bodas. Las maravillas punteaban aquí y allá un trino discreto. Vino después un silencio. Las rosas, languidecientes, hicieron su entrada. Del techo surgieron voces, un coro lejano. Era un amplio conjunto, que Albina oyó al principio con ligero escalofrío. El coro se hinchó, y pronto se sintió vibrante con las prodigiosas sonoridades que estallaban en torno suyo. Las nupcias habían llegado, las tocatas de las rosas anunciaban el terrible momento. Y Albina, con las manos cada vez más apretadas contra el corazón, desfallecida, moribunda, jadeaba. Abría la boca, como buscando el beso que le debía ahogar, cuando los jacintos y las tuberosas despidieron humo, envolviéronla en un postrer suspiro, tan profundo, que apagó el coro de las rosas.

Albina quedaba muerta en el hipo supremo de las flores.

XV

Al día siguiente, hacia las tres, la Teuse y el Hermano Archangias, que hablaban en la escalinata del presbiterio, vieron el cabriolé del doctor Pascual atravesar el pueblo a todo galope de su caballo; de la capota baja salían violentos latigazos.

—¿A dónde corre de este modo?—murmuró la vieja sirviente.—Va a estrellarse los sesos.

El cabriolé había llegado a la parte baja de la colina, sobre la cual estaba edificada la iglesia. De repente, el caballo se encabritó y se detuvo, la cabeza del doctor, blanca y alborotada, se dejó ver bajo la capota.

—¿Está Sergio ahí?—gritó con voz furiosa.

La Teuse se había adelantado hasta el borde de la colina.

—El señor cura está en su cuarto—contestó.—Deberá de estar leyendo el breviario... ¿Tiene usted algo que decirle? ¿Quiere usted que le llame?

El tío Pascual, cuyo rostro parecía desconcertado, hizo un ademán terrible con la mano derecha, que sostenía el látigo. Y repuso, inclinándose más aún, con riesgo de venirse al suelo.

—¡Ah, lee el breviario!... No, no le llame usted. Le estrangularía, y es inútil... Tengo que decirle que Albina ha muerto, ¿oye usted? ¡Dígale usted de parte mía que ha muerto!

Y desapareció, soltando al caballo tan fuerte la-

tigazo, que el animal se desbocó. Pero veinte pasos más allá, le contuvo de nuevo, sacó otra vez la cabeza, y gritó más fuerte aún:

—¡Dígale usted también de parte mía que estaba en cinta! Esto le causará un gran placer.

El cabriolé volvió a emprender su loca carrera. Subía con peligrosos tumbos el pedregoso camino de las cuestas que dirigían al Paradou. La Teuse se había quedado sofocada y como quien ve visiones. El Hermano Archangias se chungaba, fijando en ella unos ojos en que ardía una alegría feroz. Y la Teuse le empujó, y en un tris estuvo que no le hiciese rodar por los peldaños de la escalinata.

—Váyase usted—tartamudeaba, enfurruscándose a su vez y aligerándose de un peso.—¡Acabaré por detestarle a usted!... ¿Es posible solazarse con la muerte de las personas? Por mi parte la muchacha no era santo de mi devoción. Pero cuando se muere a su edad, no es cosa divertida... ¡Lárguese usted y no se ría de ese modo, o le arrojé las tijeras a la cara.

Tan sólo allá a la una, un campesino, que había ido a Plassans a vender hortalizas, había participado al doctor Pascual la muerte de Albina, añadiendo que Jeanbernat le quería ver. Ahora el doctor sentíase un tanto aliviado por el grito que acababa de lanzar, al pasar por delante de la iglesia. Habíase apartado del camino, a fin de darse aquella satisfacción. Reprochábase aquella muerte como un crimen, en el cual había tomado parte. Durante todo el camino no había cesado de abrumarse de injurias, enjugándose los ojos para ver claro al guiar el caballo y lanzando el cabriolé sobre los montones de piedras, con el sordo deseo de volcar y romperse algún miembro. Cuando se hubo internado en el hondo camino que bordeaba la interminable pared del parque, acudióle una esperanza. Tal vez lo de Albina no sería más que un síncope. El labriego le había referido que se había asfixiado con flores.

—¡Ah! ¡Si llegase a tiempo, si pudiese salvarla! Y fustigaba ferozmente al caballo, como si a sí mismo se fustigase.

El día era espléndido. Al igual que en los hermosos días de Mayo, el pabellón le parecía bañado todo de sol. Pero la hiedra que subía hasta el techo, ofrecía hojas manchadas de herrumbre, y las abejas no zumbaban ya en torno a los alelíes crecidos entre las hendiduras. Ató más que de prisa el caballo y empujó la barrera del jardinillo. Reinaba siempre aquel gran silencio en que Jeanbernat se fumaba su pipa; sólo que el viejo no estaba allí, en su banco, ante sus hortalizas.

—¡Jeanbernat!—llamó el doctor.

Nadie contestó. Entonces, al entrar en el vestíbulo vió una cosa en que no había reparado jamás. En el fondo del corredor, bajo la negra caja de la escalera, abríase una puerta que daba paso al Paradou; el inmenso jardín, bajo el pálido cielo arrasaba sus amarillentas hojas y extendía su melancolía de otoño. Atravesó el umbral de aquella puerta y dió algunos pasos sobre la húmeda hierba.

—¡Ah! ¿Es usted, doctor?—dijo la tranquila voz de Jeanbernat.

El viejo, a grandes azadonazos, cavaba un hoyo al pie de un moral. Había enderezado su aventajada estatura, al oír los pasos. Luego reanudó su tarea, levantando con sólo un esfuerzo un gran terrón de tierra grasa.

—¿Qué es lo que está usted haciendo?—le preguntó el doctor Pascual.

Jeanbernat se enderezó otra vez, y se enjugó el sudor de la frente con la manga de la blusa.

—Hago un hoyo—contestó con sencillez.—Tuvo siempre gran amor al jardín, y estará aquí muy bien para dormir.

El doctor sintió que la emoción le oprimía la garganta. Permaneció un instante al borde de la fosa, sin poder hablar. Y miraba a Jeanbernat dar sus fuertes azadonazos.

—¿En dónde está?—dijo por último.

—Allá arriba, en su habitación. La he dejado en la cama. Quiero que usted le examine el corazón antes de echarla aquí dentro... Por mi parte, yo he escuchado, pero nada he oído.

El doctor subió. La habitación no había sufrido alteración alguna. Tan sólo una ventana había sido abierta. Las flores, marchitas, ahogadas en su propio perfume, no exhalaban ya sino el insípido aroma de su carne muerta. En el fondo de la alcoba, sin embargo, quedaba un calor de asfixia, que parecía extenderse en la habitación y escaparse en hilillos de humo. Albina, en extremo blanca, con las manos sobre el corazón, dormía sonriente, en medio de su lecho de jacintos y de tuberosas. Estaba bien muerta y debería de sentirse feliz. De pie, ante el lecho, el doctor la contempló por largo espacio, con la fijeza de los sabios que intentan resurrecciones. Después ni siquiera quiso separarle las manos; besóla en la frente, en aquel sitio que su maternidad había ya manchado con ligera sombra. Abajo, en el jardín, la azada de Jeanbernat continuaba hundiendo sus golpes sordos y regulares.

No obstante, al cabo de un cuarto de hora, el anciano subió. Había dado fin a su tarea. Encontró al doctor sentado delante del lecho, por tal modo concentrado en sus meditaciones, que parecía no sentir las lágrimas que, una a una, corrían por sus mejillas. Los dos hombres tan sólo cambiaron una mirada. Luego, tras un silencio:

—Yo tenía razón—dijo lentamente Jeanbernat, repitiendo su expresivo gesto,—no hay nada, nada, nada... Todo eso no es más que farsa.

Permanecía en pie, recogía las rosas caídas del lecho y las echaba una a una sobre las faldas de Albina.

—Las flores viven tan sólo un día—prosiguió diciendo,—mientras que las malas ortigas como yo, corroen las piedras en donde nacen... Ahora, bue-

nas noches, ya puedo reventar. Se me ha birlado mi último rincón de sol. Todo es una farsa.

Y se sentó a su vez. No lloraba; sentía la rígida desesperación de un autómata, cuyo mecanismo se descompone. Maquinalmente extendió la mano y tomó un libro de la mesita cuajada de violetas. Era uno de los libracos del desván, un volumen desaparecido de Holbach, que leía desde por la mañana, velando el cuerpo de Albina. Como el doctor continuaba sin hablar palabra, anonadado como se sentía, púsose a volver las hojas; mas una idea le asaltó de repente.

—Si usted me ayudase—dijo al doctor,—la bajaríamos entre los dos y la enterraríamos con todas estas flores.

El doctor Pascual sintió un escalofrío. Dióle a entender que no estaba permitido guardar así a los muertos.

—¡Cómo! ¡No está permitido!—exclamó el viejo.—Pues bien, yo me lo permitiré... ¿Acaso no es mía? ¿Por ventura cree usted que me la voy a dejar quitar por los curas? Que lo prueben, si quieren ser recibidos a escopetazos.

Habíase levantado y blandía furiosamente el libro. El doctor le cogió las manos, las estrechó en las suyas y le rogó que se calmara. Durante un buen rato, siguió hablando, diciendo cuanto le venía a la boca; se acusaba, dejaba escapar retazos de confesiones y volvía a hablar vagamente de los que habían matado a Albina.

—Atienda usted—dijo por último el doctor,—ya no le pertenece a usted y hay que devolvérsela.

Pero Jeanbernat movía la cabeza y se negaba con el gesto. Sentíase vacilar, sin embargo, y acabó por decir:

—Está bien. Que la tomen y que les haga astillas los brazos. Querría que saliese de la tierra de ellos, para matarlos a todos de miedo... Por lo demás tengo un asunto que ventilar allá abajo... Mañana iré... Adiós, doctor. El hoyo será para mí.

—¿En dónde está?—dijo por último.

—Allá arriba, en su habitación. La he dejado en la cama. Quiero que usted le examine el corazón antes de echarla aquí dentro... Por mi parte, yo he escuchado, pero nada he oído.

El doctor subió. La habitación no había sufrido alteración alguna. Tan sólo una ventana había sido abierta. Las flores, marchitas, ahogadas en su propio perfume, no exhalaban ya sino el insípido aroma de su carne muerta. En el fondo de la alcoba, sin embargo, quedaba un calor de asfixia, que parecía extenderse en la habitación y escaparse en hilillos de humo. Albina, en extremo blanca, con las manos sobre el corazón, dormía sonriente, en medio de su lecho de jacintos y de tuberosas. Estaba bien muerta y debería de sentirse feliz. De pie, ante el lecho, el doctor la contempló por largo espacio, con la fijeza de los sabios que intentan resurrecciones. Después ni siquiera quiso separarle las manos; besóla en la frente, en aquel sitio que su maternidad había ya manchado con ligera sombra. Abajo, en el jardín, la azada de Jeanbernat continuaba hundiendo sus golpes sordos y regulares.

No obstante, al cabo de un cuarto de hora, el anciano subió. Había dado fin a su tarea. Encontró al doctor sentado delante del lecho, por tal modo concentrado en sus meditaciones, que parecía no sentir las lágrimas que, una a una, corrían por sus mejillas. Los dos hombres tan sólo cambiaron una mirada. Luego, tras un silencio:

—Yo tenía razón—dijo lentamente Jeanbernat, repitiendo su expresivo gesto,—no hay nada, nada, nada... Todo eso no es más que farsa.

Permanecía en pie, recogía las rosas caídas del lecho y las echaba una a una sobre las faldas de Albina.

—Las flores viven tan sólo un día—prosiguió diciendo,—mientras que las malas ortigas como yo, corroen las piedras en donde nacen... Ahora, bue-

nas noches, ya puedo reventar. Se me ha birlado mi último rincón de sol. Todo es una farsa.

Y se sentó a su vez. No lloraba; sentía la rígida desesperación de un autómatas, cuyo mecanismo se descompone. Maquinalmente extendió la mano y tomó un libro de la mesita cuajada de violetas. Era uno de los libracos del desván, un volumen desaparecido de Holbach, que leía desde por la mañana, velando el cuerpo de Albina. Como el doctor continuaba sin hablar palabra, anonadado como se sentía, púsose a volver las hojas; mas una idea le asaltó de repente.

—Si usted me ayudase—dijo al doctor,—la bajaríamos entre los dos y la enterraríamos con todas estas flores.

El doctor Pascual sintió un escalofrío. Dióle a entender que no estaba permitido guardar así a los muertos.

—¡Cómo! ¡No está permitido!—exclamó el viejo.—Pues bien, yo me lo permitiré... ¿Acaso no es mía? ¿Por ventura cree usted que me la voy a dejar quitar por los curas? Que lo prueben, si quieren ser recibidos a escopetazos.

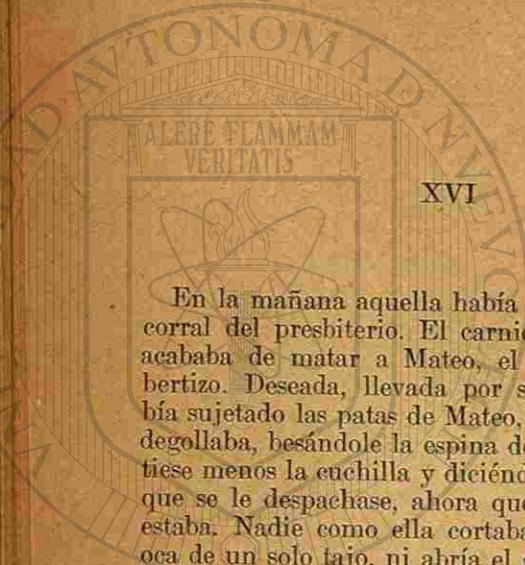
Habíase levantado y blandía furiosamente el libro. El doctor le cogió las manos, las estrechó en las suyas y le rogó que se calmara. Durante un buen rato, siguió hablando, diciendo cuanto le venía a la boca; se acusaba, dejaba escapar retazos de confesiones y volvía a hablar vagamente de los que habían matado a Albina.

—Atienda usted—dijo por último el doctor,—ya no le pertenece a usted y hay que devolvérsela.

Pero Jeanbernat movía la cabeza y se negaba con el gesto. Sentíase vacilar, sin embargo, y acabó por decir:

—Está bien. Que la tomen y que les haga astillas los brazos. Querría que saliese de la tierra de ellos, para matarlos a todos de miedo... Por lo demás tengo un asunto que ventilar allá abajo... Mañana iré... Adiós, doctor. El hoyo será para mí.

Y cuando el doctor se ausentó, volvió a sentarse a la cabecera de la difunta, y prosiguió gravemente la lectura de su libro.



En la mañana aquella había gran bullicio en el corral del presbiterio. El carnicero de los Artaud acababa de matar a Mateo, el cerdo, bajo el cobertizo. Deseada, llevada por su entusiasmo, había sujetado las patas de Mateo, mientras que se le degollaba, besándole la espina dorsal, para que sintiese menos la cuchilla y diciéndole que era forzoso que se le despachase, ahora que de tan buen año estaba. Nadie como ella cortaba el cuello de una oca de un solo tajo, ni abría el gáznate de una gallina con un par de tijeras. Su amor por los animales aceptaba de buen humor aquellas carnicerías. Era preciso, se decía, para dejar sitio a los pequeñuelos que nacían. Y se ponía muy contenta.

—Señorita—gruñía la Teuse a cada minuto,—va usted a hacerse mal. Es no tener ni un adarme de sentido común el ponerse en semejante estado porque se mata un gorrino. Está usted más colorada que si hubiese estado bailando toda la noche.

Pero Deseada batía palmas, iba de acá para allá y se ocupaba de todo. La Teuse, por su parte, decía que las piernas se negaban a llevarla. Desde las seis de la mañana rodaba su masa enorme, desde la cocina al corral. Tenía que hacer las morcillas. Ella era la que había batido la sangre, dos anchos barreños de color rojo. Y no habría terminado nunca, porque la señorita la llamaba a ca-

da triquitraque, para maldita de Dios la cosa. Hay que decir que en el punto en que el matarife degollaba a Mateo, Deseada había tenido una gran emoción, al entrar en la cuadra. Lisa, la vaca, estaba en disposición de salir de su paso. Entonces, pasto de alegría extraordinaria, había acabado de perder la cabeza.

—Uno se va y otro llega—gritaba saltando y haciendo piruetas.—Pero, ven a ver, la Teuse.

Eran las once. A intervalos, salía un canto de la iglesia. Percibíase un murmullo confuso de desoladas voces, un balbuceo de plegaria, del que se destacaban bruscamente trozos de frases latinas, lanzadas a plena vez.

—Necesito ir a tocar—murmuró la vieja sirvienta;—no acabaría nunca... ¿Qué otra cosa desea usted, señorita?

Mas no esperó la contestación. Echóse en mitad de una manada de gallinas, que se bebían ansiosamente la sangre, en los lebrillos. Hecha una furia, dispersólas a puntapiés. Luego tapó las vasijas, diciendo:

—¡Bueno! En vez de no dejarme vivir, mejor haría usted con tener cuidado con esas granujas... Si las deja campar por sus respetos, no tendrá usted moreillas, ¿comprende usted?

Deseada se reía. Aunque las gallinas se hubiesen bebido un poco de sangre, ¡vaya un mal! La sangre las engordaba. Aparte de esto, quería llevar a la Teuse, a que viera la vaca, la cual bregaba.

—Tengo que ir a tocar... El entierro va a salir. Ya usted ve.

Entonces en la iglesia las voces tomaron cuerpo y se extendieron en moribundo acento. Y con toda claridad oyóse un rumor de pasos.

—No, no—insistía Deseada, empujándola hacia el establo.—Díme lo que tendré que hacer.

La vaca, tendida sobre el heno, volvió la cabeza, mirándola con sus ojazos. Y Deseada se empeñaba en que, con seguridad, la vaca necesitaba

algo; tal vez se la habría podido ayudar, para que padeciese menos. La Teuse se encogía de hombros. ¿Por ventura los animales no sabían arreglar sus asuntos sin ayuda de nadie? No había para qué atormentarla, y asunto concluido.

Dirigiase, por último a la sacristía, cuando al pasar otra vez junto al cobertizo, lanzó un nuevo grito.

—¡Miren, miren ustedes!—dijo amenazando con el puño,—¡la muy picarona!

Bajo el cobertizo, Mateo, en espera de que se le chamuscara, estaba tendido panza arriba, con las patas al aire. El agujero que se le había hecho en el cuello, estaba fresco aún, con gotas de sangre que se desprendían. Y una gallineja blanca, de delicada apariencia, picaba una a una las gotas de sangre.

—¡Pardiez, cómo se regala!—dijo sencillamente Deseada.

Habiase inclinado y dábale palmaditas en el hinchado vientre del cerdo, agregando:

—¡Ah, rechoncho mío! Muchas veces les robaste sus sopas, para que ahora te coman a ti un poquito de cuello.

La Teuse se quitó en un santiamén el delantal, con el que envolvió el pescuezo de Mateo. En seguida apresuróse y desapareció en la iglesia. La grande puerta acababa de gemir sobre sus oxidados goznes, y una bocanada se extendía en pleno aire, en medio del tranquilo sol. Y, de repente, la campana se puso a doblar, a campanadas uniformes. Deseada, que se había quedado arrodillada delante del cerdo, siempre golpeándole el vientre, había levantado la cabeza y escuchaba, sin cesar de sonreír. Después, viéndose sola y habiendo mirado socarronamente a su alrededor, deslizóse a la cuadra, cuya puerta cerró tras de sí. Iba a ayudar a la vaca.

La pequeña verja del cementerio, que se había querido abrir de par en par, para dejar pasar el

cuerpo, apoyábase contra la pared, medio arrancada. En el vecino campo el sol dormía sobre las hierbas secas. El cortejo entró salmodiando el último versículo del *Miserere*. Y tuvo lugar un rato de silencio.

—*Requiem aeternam dona ei, Domine*—entonó con voz grave el padre Mouret.

—*Et lux perpetua luceat ei*—agregó el Hermano Archangias, con mugido de chantre.

Primero se adelantó Vicente, con sobrepelliz, llevando la cruz, una gran cruz de cobre con el baño de plata medio gastado, que alzaba con ambas manos, tal alta como podía. A seguida el padre Mouret, por demás pálido, con la casulla negra, la cabeza erguida, cantando sin un temblor de labios, con los ojos fijos a lo lejos, delante de él. El cirio encendido que llevaba, manchaba apenas la plena claridad del día con una gota rojiza. Y, a dos pasos, casi tocándole, venía el féretro de Albina, que cuatro campesinos llevaban sobre una especie de parihuelas, pintadas de negro. El ataúd, mal cubierto con un paño demasiado corto, dejaba ver, a los pies, el abeto nuevo de sus tablas, en las cuales las cabezas de los clavos despedían aceradas chispas. En medio del paño, veíanse flores sembradas, puñados de rosas blancas, jacintos y tuberosas, tomadas en el mismo lecho de la muerta.

—¡Mirad lo que hacéis!—gritó el Hermano Archangias a los campesinos, cuando estos inclinaron algo las parihuelas, para que pudiese pasar sin que se enganchara a la verja.—Váis a volcarlo todo al suelo.

Y contuvo el ataúd con su manaza. Llevaba el hisopo, a falta de otro capellán; y reemplazaba por igual modo al chantre, el guardia rural, que no había podido asistir.

—Entrad también vosotros—dijo volviéndose.

Era otro cortejo; el niño de la Rosalía, muerto el día anterior, en una crisis de convulsiones. Hallábanse allí la madre, el padre, la vieja Bricbet,

Catalina, y dos grandullonas, la Roja y Lisa. Estas dos llevaban la cajita del pequeñuelo, cada una por un extremo.

Bruscamente las voces dejaron de percibirse. Tuvo lugar un nuevo silencio. La campana continuaba tocando, sin apresurarse por modo lastimero. El cortejo atravesó todo el cementerio dirigiéndose al ángulo que formaban la iglesia y la pared del corral. Bandadas de saltamontes se ponían en fuga y los lagartos se refugiaban de prisa y corriendo en sus agujeros. Un calor, bochornoso todavía, pesaba sobre aquel rincón de tierra fértil. Los ligeros ruidos producidos por las hierbas aplastadas bajo los pies del cortejo revestían un murmullo de comprimidos sollozos.

—Eh, deteneos ahí!—dijo el Hermano atajando el paso a las dos muchachonas que llevaban al niño.—Esperad a que os toque el turno. No hay necesidad de que os metáis entre nuestras piernas.

Y entonces las buenas mozas pusieron el cadáver en el suelo. La Rosalía, Fortunato y la vieja Bricchet se detuvieron en mitad del cementerio, mientras que Catalina seguía distraídamente al Hermano Archangias. La fosa de Albina estaba abierta a la izquierda de la tumba del padre Caffin, cuya blanca losa parecía al sol sembrada de lentejuelas de plata. El hoyo abierto recientemente por la mañana, se hallaba entre grandes y espesas matas de hierba; al borde, altas plantas, a medio arrancar, inclinaban sus tallos; en el fondo, una flor había caído, manchando el negro de la tierra con sus pétalos rojos. Cuando el padre Mouret se adelantó, la blanda tierra cedió bajo sus pies; tuvo que retroceder para no rodar a la fosa.

—*Ego sum*—entonó con voz robusta, que dominaba las lamentaciones de la campana.

Y, durante la antifona, los asistentes dirigían instintivamente furtivas miradas al fondo de la fosa, vacía aún. Vicente, que había plantado la cruz al pie, frente al sacerdote, empujaba con el za-

pato montoncitos de tierra que se divertía en dejar caer; y aquello hacía reír a Catalina, inclinada tras él, para ver mejor. Los campesinos habían colocado el ataúd sobre la hierba; y estirábanse los brazos, mientras que el Hermano Archangias preparaba el hisopo.

—¡Aquí, Voriau!—llamó Fortunato.

El gran perro negro, que había ido a olfatear el ataúd, volvió a regaña dientes.

—¿Por qué han traído el perro?—exclamó Rosalía.

—¡Pardiez! Nos ha seguido—dijo Lisa, riéndose con toda discreción.

Toda aquella gente hablaba a media voz, en torno a la cajita del pequeñuelo. El padre y la madre le olvidaban a cada instante; después se callaban, cuando le veían allí, entre ellos, tendido a sus pies.

—¿El tío Bambousse no ha querido venir?—preguntó la Roja.

La vieja Bricchet alzó los ojos al cielo.

—Ayer, cuando el pequeñín murió, hablaba de hacerlo todo trizas. No, no es un buen hombre, lo digo delante de usted, Rosalía... ¿Acaso no ha estado en un tris que no me estrangulase, gritando que se le había robado, y que habría dado uno de sus campos de trigo porque el rapaz hubiese muerto tres días antes de la boda?

—No se podía saber—dijo el gran Fortunato con semblante de malignidad.

—¿Y qué va ni viene que el viejo se enfurruque?—agregó Rosalía.—Sea como sea, ahora ya estamos casados.

Y se sonreían por encima de la cajita, con los ojos relucientes. Lisa y la Roja se empujaron con el codo. Todos volvieron a ponerse muy serios. Fortunato había tomado un terrón de tierra para arrojar a Voriau, que rodaba entonces por entre las viejas losas.

—¡Ah! He aquí que ahora esto va a concluir— dijo muy bajito la Roja.

Delante de la fosa, el padre Mouret terminaba el *De profundis*. Después se acercó al féretro, a paso lento, se irguió y lo contempló un instante sin parpadear un momento. Parecía de mayor estatura y en su rostro se leía una serenidad que la transfiguraba. Inclínose y tomó un puñado de tierra, que esparció sobre la caja en forma de cruz. Y recitaba con tan clara voz que ni una sílaba fué perdida:

—*Revertitur in terram suam unde erat, et spiritus redit ad Deum qui dedit illum.*

Un estremecimiento había corrido entre los circunstantes. Lisa reflexionaba y decía con aburrimiento:

—Sea como sea, la cosa no es muy divertida, cuando se piensa que ha de llegarnos nuestra vez.

El Hermano Archangias tendió el hisopo al sacerdote, y éste lo sacudió diferentes veces por encima del féretro. Murmuró:

—*Requiescat in pace.*

—*Amen*—contestaron a un tiempo Vicente y el Hermano, en tan agudo tono y en tono tan grave, que Catalina tuvo que meterse el puño en la boca para no estallar.

—No, no, no es cosa de reirse—continuó Lisa.—A este entierro no ha venido nadie. A no ser por nosotros, el cementerio estaría vacío.

—Dícese que ella se ha matado—apuntó la vieja Bricbet.

—Sí, ya lo sé—interrumpió la Roja.—El Hermano no quería que se la enterrase con los cristianos. Pero el señor cura ha contestado que la eternidad era para todo el mundo. Yo me encontraba allí... Sea como sea, el Filósofo habría podido venir.

Pero la Rosalía les hizo callar, murmurando:

—¡Eh, mirad! ¡Allí está el Filósofo!

En efecto, Jeanbernat entraba en el cementerio. Marchó en derechura al grupo que se mantenía junto a la fosa. Llevaba su andar airoso, tan suave

todavía, que no hacía el menor ruido. Así que se hubo adelantado lo bastante, permaneció en pie, detrás del Hermano Archangias, cuyo cogote pareció comerse un instante con los ojos. Después, tan luego como el padre Mouret daba fin a sus oraciones, sacó tranquilamente un cuchillo de la faltriquera, abriólo, y de un sólo tajo, cortó la oreja derecha del Hermano.

Nadie tuvo tiempo de intervenir. El Hermano lanzó un terrible alarido.

—La izquierda será para otra ocasión—dijo con placidez Jeanbernat, tirando la oreja al suelo.

Y se volvió a marchar. El estupor fué tan grande, que ni siquiera se pensó en perseguirle.

El Hermano Archangias se había dejado caer sobre el montón de fresca tierra retirada del hoyo. Había puesto el pañuelo a guisa de tapón sobre la herida. Uno de los cuatro portadores quiso llevárselo a su casa; pero se negó con un ademán. Quedóse allí, feroz, esperando, queriendo ver bajar a Albina a la fosa.

—Ahora nos toca a nosotros—dijo la Rosalía con un ligero suspiro.

Entretanto el padre Mouret se detenía cerca del hoyo, mirando a los portadores que ataban el ataúd de Albina con cuerdas, para hacerlo deslizarse sin sacudidas. La campana continuaba doblando; mas la Teuse se debía de cansar, porque los golpes perdían su uniformidad, como irritados por la gran duración de la ceremonia. El sol se presentaba más ardiente, la sombra del Solitario se paseaba con lentitud en medio de las hierbas desiguales de las tumbas. Cuando el padre Mouret tuvo que retroceder, a fin de no estorbar, sus ojos se fijaron en la losa del padre Caffin, aquel sacerdote que había amado y que dormía allí tan apaciblemente, bajo las silvestres flores.

Luego, de repente, mientras que el féretro bajaba, sostenido por las cuerdas, cuyos nudos le arrancaban crugidos, una trapatiesta terrible su-

bía del corral, detrás de la pared. La cabra balaba. Los patos, los gansos, las pavas, castañeaban los picos, agitaban las alas. Las gallinas cacareaban los huevos, todas a un tiempo. El gallo leonado Alejandro, lanzaba su canto de clarín. Oíanse hasta los saltos de los conejos, zarandeando las tablas de sus madrigueras. Y por encima de toda la bulliciosa vida de aquel pequeño mundo de animales, una gran carcajada llegaba hasta allí. Hubo también gran roce de faldas. Deseada, con el cabello en desórden, con los brazos desnudos hasta el codo y con el rostro encendido de triunfo, apareció, con las manos apoyadas en el caballete de la tapia. Debía de haberse subido sobre el montón de mantillo.

—¡Sergio! ¡Sergio!—gritó.

En aquel instante, el ataúd de Albina se hallaba en el fondo de la fosa. Acababan de retirar las cuerdas. Uno de los campesinos echó la primera paletada de tierra.

—¡Sergio, Sergio!—gritó Deseada más fuerte aún y palmoteando.—¡La vaca ha tenido un becerrillo!

FIN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PT
E
V